



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Colegio de Letras Hispánicas

Los ciudadanos enamorados en Amalia de José Mármol y Clemencia de Ignacio Manuel

Altamirano

Tesis que para optar por el grado de

Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas

presenta:

Nayeli García Sánchez

Número de cuenta: 305108942

Asesor: Maestro José Rafael Mondragón Velázquez

México, D. F. Ciudad Universitaria

2012





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Muchas gracias a Verónica por todo su amor, su fe en mí y su apoyo incondicional, este ensayo es para ella.

Muchas gracias a todos mis maestros y amigos que me acompañaron durante la jornada de la licenciatura, especialmente a Rafael Mondragón, a Margit Frenk y a Axel Hernández, ustedes hicieron que estudiar literatura y lingüística fuera la mejor decisión de mi vida. También quiero agradecerles a mis sinodales Jorge Muñoz, Israel Ramírez, Mariana Ozuna y Sergio Ugalde por sus lecturas y comentarios.

Muchas gracias a Ian por todo.

Muchas gracias a los amigos que han estado conmigo durante este proceso, gracias por las pláticas, por el interés, por la confianza y por el cariño.

En especial, muchas gracias a los amigos del Seminario Independiente, todos ustedes están en estas páginas.

Muchas gracias a la UNAM, mi casa.

Muchas gracias también a la Academia Mexicana de la Lengua y al Consejo Nacional de la Ciencia y la Tecnología.

¿Sería discreto desanimar a los jóvenes, mostrándoles los infinitos obstáculos que tiene que salvar el estudioso para llegar a adquirir un nombre en el mundo de las letras? Fuera esto matar el entusiasmo por satisfacer un sentimiento de vanidad femenil. Los que mucho saben nos dan el ejemplo de moderación y de juicio en esta parte, y acogen con marcada benevolencia las obras de los discípulos.

Ignacio Manuel Altamirano

Presentación, 3

Introducción, 9

Capítulo I Una historia de América, 18

Capítulo II *Amalia* y *Clemencia*, novelas románticas de nuestra América, una lectura
comparada, 34

Capítulo III La patria amada, análisis literario 50

Conclusiones, 91

Bibliografía, 95

Presentación

Leer es un acto de amor. Es un viaje de ida y vuelta que nos alumbró con las palabras que otros han dicho. Acto de amor y acto de fe: creemos lo que leemos porque nos creemos a nosotros mismos, porque repetimos en oración comunitaria las palabras, tal vez olvidadas, de ese otro que las dejó en un papel para nosotros. Leer, por tanto, es el primer paso de una búsqueda que iniciamos para saber quiénes somos, cómo somos y por qué hemos llegado a serlo.

Nada mejor que, después de iniciar la búsqueda, encontrar compañeros para el viaje, interlocutores que sean movidos a la lectura por el mismo anhelo de amor, la mejor manera de emprender ese viaje es escribiendo crítica literaria, he allí la importancia de este ejercicio.

La primera vez que visualicé esta tesis fue el 11 de agosto de 2010 durante una plática con Rafael Mondragón, amigo y maestro, a quien le agradezco infinitamente la paciencia, la dedicación y el amor que ha mostrado por mi escritura. Estábamos en la cafetería de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, sentados en una mesa al fondo, y comenzamos a charlar sobre un viejo acuerdo que hicimos por allá del 2008 cuando Rafa era mi maestro de asignatura: él me asesoraría en el proceso de escritura de mi tesis de licenciatura. Desde ese día nos hemos reunido innumerables ocasiones para discurrir sobre cuál sería mi tema (*inventio*) y sobre cómo lo iba a abordar (*dispositio*).

Elegir el tema no fue difícil: el siglo XIX significó para mí el gran descubrimiento de la licenciatura porque desde que entré a la carrera, tenía la creencia firme de que la

literatura era un acto político y de que allí radicaba su principal función, esta idea se fue transformando delicadamente conforme avancé (y regresé) en las lecturas y en las clases.¹

En el tercer año de licenciatura, descubrí la literatura mexicana decimonónica, la fui conociendo con ayuda de Rafael y de otra gran maestra que, afortunadamente, ambos compartimos: Mariana Ozuna Castañeda. Así fue como en un acto detectivesco y sensible me fui dejando conquistar por esa literatura.

Este descubrimiento me inclinaría finalmente a hacer mi tesis sobre alguna novela del XIX, la primera elegida fue *Clemencia* de Ignacio Manuel Altamirano, porque allí el amor significaba algo político: allí se encontraban lo público y lo privado y el amor era el tema central que permitía la unión de los espacios opuestos.

Además del amor, hay otro motivo por el cual decidí trabajar con novelas decimonónicas: un sentimiento de reconocimiento y, para explicarlo, habrá que hacer un recuento personal.

Yo nací y he vivido todo el tiempo en la ciudad de México: la mayor parte de mi infancia, y parte importante de mi vida adulta, han transcurrido en su centro histórico, vivo enamorada de la ciudad y, sin embargo, nunca me he sentido realmente parte suya. Pero el amor que siento hacia ella no disminuye por eso.

Hace poco entendí que ese sentimiento era un amor hacia una ciudad imposible, una ciudad imaginada, nacida de la real, y en esto, desde luego, tuvo todo que ver la literatura decimonónica.

¹ Se fue fortaleciendo pues, en un sentido que puede llegar a ser considerado trivial, el arte, y en especial la literatura, es una actividad social fundamental para el hombre, en tanto que le ayuda a entender y revolucionar su entorno, actividad que me parece intrínsecamente política.

La lectura de las obras de los tiempos en que nuestro país, tal y como lo entendemos ahora, fue creado, me provocó algo parecido a lo que ocurre cuando encuentras unas fotos viejas de tus padres: esa sensación de *desconocimiento* y de *reconocimiento* simultáneos.

Comprendí en ese momento que la historia de México es, de muchos modos, su presente; que mis amigos, la mayoría de ellos interesados en los libros y en la escritura, son, de maneras inexplicables, como aquellos hombres que formaron la nación; que los problemas que nos mortifican en el presente no distan mucho de los de aquellos años; que la modernización, aunque haya ocurrido tanto en planos materiales como ideales, no logró sanar las entrañas heridas que el nacimiento de nuestra república le dejó al país.

Habiendo encontrado estas reverberaciones del pasado en mi presente, no me quedaron más dudas sobre el camino que mis estudios habrían de tomar. Al estudiar el siglo XIX no estoy solamente estudiando el XIX, sino el XX, el XXI.²

² Aunque no sea el único siglo importante para la comprensión de nuestro presente, el siglo XIX me parece fundamental porque en él se crearon y fueron transformándose varios de los conceptos políticos y, por tanto, éticos, sociales y estéticos que estructuran nuestras formas de entender al mundo. En esta tesis se intentará mostrar una manera de rastrear esto mismo en las obras literarias.

Uno de esos conceptos que menciono es el de ciudadanía y de ciudadano, tal vez sea necesario apuntar que no me refiero con estos términos exclusivamente a los habitantes de las ciudades reales, sino a un concepto más cercano a la filosofía política, referido a los integrantes activos de la nueva organización política: el Estado nacional.

Sé que la creación de este tipo de fundamentos del nuevo estado de las cosas no ocurrió sólo en la literatura, sino que tuvo muestras en otros ámbitos artísticos y culturales que, por desgracia, quedan fuera de los alcances de esta investigación.

Cabe añadir que, según explica el *Diccionario Akal de Filosofía política*. Editado por Philippe Raynaud y Stéphane Rials. Traducción de Mariano Peñalver y Marie-Paule Sarazin. Madrid: Akal ediciones. 1996. 906 pp., la conversión del hombre en ciudadano “ha de dar cuenta de la primacía de los intereses colectivos o del bien general sobre el interés particular”, así el ciudadano es “el hombre incitado a tomar en cuenta el bien público [...] y que recibe a cambio la protección pública para sus derechos.”, *sub voce* ciudadanía.

Por otro lado, el *Diccionario de política*. Bajo la dirección de Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino. Nueva edición enteramente revisada y ampliada. Redactores de la edición en español: José Aricó, Martí Soler y Jorge Tula. Traducción de Raúl Crisafio, Alonso García Miguel Martí, Mariano Martín y Jorge Tula. Decimocuarta edición. Tomo I a-j Ciudad de México: Siglo XXI Editores. 2005. 1698 pp., dice que “por polis se entiende una ciudad autónoma y soberana, cuyo cuadro institucional está caracterizado por una magistratura (o por una serie de magistraturas), por un consejo y por una asamblea de ciudadanos (*politai*).”, *sub voce* polis. Esto quiere decir que los ciudadanos son parte importante de la organización institucional de la ciudad, pues en ellos recae, en última instancia, la soberanía y autonomía del conjunto.

El primer sentimiento que me provocó la lectura de *Clemencia* fue tristeza, ¿por qué este sentimiento tras una narración en torno a la vencida intervención francesa?, porque el héroe de la novela había muerto debido a una traición, de la cual yo me sentía parte, pero ¿quién era ese *yo* que traicionó a Fernando Valle?, ¿en qué consistía la traición? Éstas fueron las interrogantes que permitieron el nacimiento de la presente investigación, para responderlas, fue necesario ampliar mi perspectiva y así, con ello, leer la novela rodeada de un contexto que permitiera desentrañar las incógnitas sembradas por el primer acercamiento.

Aquí es donde aparece *Amalia*, de José Mármol. Después de leer varias obras decimonónicas, llegué a esta extensa novela argentina, casi contemporánea de *Clemencia*, la cual, parecía, sorprendentemente, establecer un diálogo con la primera: no sólo porque las dos tienen como flujo principal historias de amor y de guerra por ideales liberales, sino porque ambas apelan a un mismo conjunto de creencias y valores compartidos por la sensibilidad de la época.

Ese conjunto al que me refiero consiste en la creencia de que existe una serie de concordancias entre la apariencia física y la forma de ser, entre estética y ética, mientras que Mármol refuerza una y otra vez la idea de que el físico es un buen indicio para saber cómo actuarán las personas: “Una fisionomía en que estaba el sello elocuente de la inteligencia, como en sus ojos la expresión de la sensibilidad de su alma”,³ Altamirano la rechaza y la rompe; pero no lo hace negándola explícitamente, sino mostrando cómo atendiendo a estos supuestos se puede traicionar los pilares más importantes de la emancipación y de la conformación de las nuevas repúblicas: la igualdad y la libertad. Una muestra de ello es que Clemencia comparte estas ideas: “Clemencia [...] adoraba la forma,

³ José Mármol. *Amalia*, edición de Teodosio Fernández. Madrid: Cátedra. 2000. P. 104.

creía que ella era la revelación clara del alma, el sello que Dios ha puesto para que sea distinguida la belleza moral”,⁴ y es ella quien provoca la muerte de Valle, creyéndolo un traidor y un mentiroso basada en su apariencia física, en su aspecto desagradable. El lector de *Clemencia* adopta los supuestos de la protagonista y desconfía de Valle hasta ya avanzada la historia.

Con este movimiento, Altamirano no sólo denuncia las traiciones y los malos comportamientos de los partidarios del partido liberal mexicano, sino que, además, cuestiona en qué consistió la victoria de este bando, llama a recordar los compromisos olvidados de un movimiento por la soberanía nacional que respondiera a los reclamos y exigencias que habían sido obvias tras las guerras de independencia a principios de siglo, peticiones relacionadas con la injusticia social y marginación.⁵

En última instancia, lo que ambas novelas hacen es una propuesta de ciudadanía, de valores cívicos necesarios para habitar felizmente las nuevas repúblicas y lo hacen a través del desarrollo de relaciones amorosas, las cuales permiten mostrar qué valores deben ser los imperantes en las nuevas sociedades y qué supuestos deben regular las relaciones entre los individuos.

Para demostrar que mis interpretaciones de *Clemencia* son apropiadas, en el primer capítulo haremos evidentes los supuestos de los que partimos en la investigación y sembraremos un buen terreno para el análisis literario. Haremos evidente que la creación de naciones está íntimamente relacionada con la identificación de un grupo cultural para mostrar cómo la política decimonónica se estaba realizando en la cultura, en el arte.

⁴ Ignacio Manuel Altamirano. *Clemencia*. 28ª edición. Ciudad de México: Editorial Porrúa. 2008. P. 26.

⁵ Hemos encontrado algunos indicios en la correspondencia de Altamirano y en el registro de ciertos sucesos históricos que señalan la posibilidad de que Altamirano tuviera en mente nombres particulares al realizar estas denuncias en sus novelas. Trabajaremos esta cuestión en un ensayo posterior. Cabe aclarar que algunos de los reclamos que mencionamos también aparecen en el Plan de Ayutla.

En el segundo capítulo abordaremos el tema del romanticismo americano para acercarnos más cómodamente a las novelas, ya que consideramos importante establecer en qué sentido existió un romanticismo en América y cuáles fueron sus características. En nuestra opinión, es el marcado carácter transformador de estructuras y de realidades políticas el principal elemento que se encuentra en las obras románticas que analizamos aquí. Después hablaremos someramente de las ventajas de usar como método de análisis la literatura comparada. Finalmente haremos una reseña de las novelas a trabajar para ir enarbolando la interpretación que sostendremos en el siguiente capítulo.

En el tercer capítulo haremos el análisis textual haciendo énfasis en la construcción de los personajes masculinos y femeninos para desentrañar el modelo de ciudadano que cada una de las obras propone; después analizaremos las relaciones amorosas: sus motivos, sus implicaciones y sus desenlaces. Con esto, pretendemos hacer evidente cómo a través de la ruptura de la relación entre ética y estética, Altamirano muestra su radicalismo político haciendo una crítica a los presupuestos del partido liberal que había triunfado en México tras la Segunda Intervención Francesa.

Por último, en las conclusiones recogeremos los puntos más importantes a los que llegamos a lo largo de la investigación y remarcaremos la importancia de hacer este tipo de reflexiones para entender, al menos discretamente, algunos de los problemas a los que nos enfrentamos hoy en México.

Introducción

El siglo XIX latinoamericano es decisivo para la conformación histórica de nuestras naciones: el gran período de transición de los regímenes coloniales a los estados nacionales.⁶ Los resultados de las revoluciones decimonónicas han impactado en las formas de entender el mundo que tenemos los latinoamericanos, es decir, el resultado de los cambios abstractos en la conformación de las estructuras de organización política, económica y social puede verse a un nivel cultural, concreto, que está presente en la vida diaria, en las formas que tenemos para relacionarnos unos con otros. Una muestra importante de esto está presente en la literatura, podemos decir que en el XIX está el origen de algunos caudales literarios que hoy siguen hidratando nuestra creación literaria.⁷

Tras la explosión de los movimientos emancipatorios que desembocaron en las revoluciones de independencia, los hombres y las mujeres tuvieron que imaginar cómo sería el nuevo mundo para comenzar a construirlo, qué modelos políticos podrían funcionar, qué organización sería la que fuera mejor aceptada por los habitantes de nuestra América. Nos parece que, para ello, fue necesario distinguir entre tres horizontes de sentido: el deber ser (obligación), el poder ser (posibilidad) y el querer ser (deseo, voluntad); cada uno de estos apuntó la mayoría de las veces, por desgracia, hacia lados

⁶ Para entender estos procesos son iluminadores “El liberalismo triunfante” de Luis González en el tomo III de *Historia general de México*, obra preparada por el Centro de Estudios Históricos. Ciudad de México: Colegio de México. 1976. Pp. 163- 281; “Una nación para el desierto argentino” de Tulio Halperin en *Proyecto y construcción de una nación. (Argentina 1846-1880)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. p. XI-CII. s.a.; *El obstinado rigor. Hacia una historia cultural de América Latina*, de José Luis Romero. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. 2002; los trabajos de Arturo Andrés Roig, y de algunos autores más, que iremos citando conforme avance el texto.

⁷ Es posible recordar aquí las reflexiones respecto a la influencia de la tradición literaria americana en las producciones propias de cada nación que compone nuestro continente, de Pedro Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, traducción de Joaquín Díez-Canedo. Primera reimpresión. Bogotá: Fondo de Cultura Económica. 340 pp.

diferentes, es en su cruce donde comenzaron a polarizarse opiniones y proyectos que, más tarde, se nombrarían conservadores o liberales.

El nuevo modelo de organización favorito fue el republicano, que debía borrar de las vidas de los americanos los esquemas propios de la monarquía y que, más adelante, resultaría en la transformación económica de una sociedad aristócrata en una burguesa. Esta transformación se vio afectada por los intentos, exitosos a principios de siglo, que la península emprendió para recuperar las colonias perdidas, y más adelante, cuando estos contrataques fueron vencidos, por las guerras civiles y las luchas por el poder que azotaron a nuestro continente dejándolo, durante algunos años, sumido en la anarquía y la desolación.

Así es como las repúblicas comenzaron a constituirse de manera que la soberanía de los nuevos estados nacionales recayera en los ciudadanos, individuos que pudieran responder y colaborar con las nuevas condiciones políticas y económicas en proceso de construcción.

Hemos evitado cuidadosamente no decir pueblo y decir ciudadanos, porque en estos tiempos, la urbanización no significó sólo una transformación del espacio, sino también de las maneras de entenderlo y de habitarlo, es decir, fue un proceso de civilización que legitimó a los grupos letrados que tomaron el poder y la dirección de los estados nacientes.⁸

⁸ Es interesante respecto a este punto el estudio “¿Democracia social o burguesa?” en *Democracia y socialismo. Aporte a la historia política de los últimos 150 años*. Traducción de Emmanuel Suda. Buenos Aires: Editorial Claridad. 1966. Pp. 43-48 de Arthur Rosenberg acerca de la división ocurrida en Francia por el año 1847 entre los partidarios de la democracia: por un lado estaba el pueblo pobre que reclamaba una revolución social y por el otro los jóvenes burgueses que deseaban conservar sus privilegios cercandando la capacidad de participación política a través de la propiedad privada, a diferencia del otro bando, encarnado en el pueblo pobre. De manera análoga, en América las élites culturales que se encargaron de organizar las repúblicas buscaron conservar privilegios económicos, sociales y políticos. “el liberalismo de izquierda hubo de sentir la cuestión de las clases como una perturbación, puesto que esta ‘democracia’ liberal-burguesa sólo puede tener derecho a la existencia, si niega la diferencia esencial de los obreros ante la rica burguesía, y ante los obreros la diferencia esencial de los capitalistas”. Pp. 46-47, y qué mejor manera de negar estas diferencias que proponiendo una igualdad teórica resguardada bajo el concepto de ciudadano.

Este proceso delimitó la “soberanía popular” por medio de una democracia representativa, en la que los electores, los ciudadanos, podrían serlo sólo si pertenecían a cierta clase económica o social, lo cual volvía invisibles a las clases marginadas que habían luchado, años antes, en las revoluciones emancipadoras por un nuevo modelo que los incluyera. Sin embargo, hubo diversos esfuerzos por hacer que la ciudadanía llegara a más individuos, uno de ellos fue el esfuerzo por la educación, la cual se convirtió en otra manera de justificar la exclusión de ciertos grupos marginados, ya que *no se podía* poner en manos de la gente inculta algo tan importante como la dirección de su propio país.⁹

Sabemos de la ingente tarea que significó la formación de nuestra América a través de los documentos que nos han alcanzado por medio del tiempo, es notable el carácter cultural del quehacer político y filosófico latinoamericano en esta época. La literatura, por ejemplo, funcionó como un recipiente ideológico cuyo contenido pudo verterse sobre los hombres para transformarlos.¹⁰

En el naciente apogeo del discurso impreso, que dio inmenso empuje al proyecto cultural modernizador, ocuparon un lugar importante los géneros textuales que fueron posibles gracias a la aparición de publicaciones periódicas, muy bien recibidas por sus lectores recién formados (con el género nace un pacto de lectura singular y a la vez un tipo de lector) debido a la mutabilidad del periódico, al acceso a las noticias y a los *sucesos de actualidad* que se hicieron asequibles.

Arturo Andrés Roig apunta que la publicación de impresiones periódicas permitió la captación y la descripción de la vida cotidiana, lo cual, evidentemente, fue material para

⁹ Véase Ángel Rama. *La ciudad letrada*, prólogo de Hugo Achuga. Montevideo: Arca. 1998. 126 pp.

¹⁰ En torno a la reflexión sobre la lectura en el siglo XIX, es muy enriquecedor el texto de Susana Zanetti. *La dorada garra de la lectura: lectoras y lectores de la novela en América latina*. Rosario: Beatriz Viterbo. 2002. 447 pp.

crear y difundir nuevos modos de vivir, además, los nuevos medios de producción impresa permitieron “la quiebra de las formas expresivas institucionalizadas, tal como venían impuestas en particular a partir de la segunda mitad del siglo XVIII y la apertura hacia una nueva institucionalización, precedida de una etapa de búsquedas sumamente novedosa y fecunda”.¹¹

La conciencia de una comunidad letrada,¹² que se autonombró como la encargada de llevar al pueblo lejos de los viejos esquemas, funcionaba como un recordatorio del nuevo estado de las cosas. Este grupo intentaba satisfacer varias necesidades, entre ellas: formar una ciudadanía que respondiera al nuevo mercado cultural.

No obstante, las comunidades lectoras enfrentaban diversos problemas materiales que iban más allá de los ideológicos, entre muchos otros: la falta de librerías, el precio de los pocos libros existentes y la censura de préstamo en las bibliotecas.¹³

Para entender cómo la práctica cultural fue logrando sus fines políticos a través de la literatura es necesario cuestionarse sobre la arquitectura de los supuestos éticos y morales que sostenían a la naciente sociedad configurados, primero, en los libros religiosos, ya que era la Iglesia como institución la única con la posibilidad de acceder a la cultura letrada; y luego, en la gama textual que permitió la imprenta, gracias, en gran medida, a la conformación de ciudades: a la ampliación del campo de batalla de la literatura.

¹¹ Arturo Andrés Roig, “El siglo XIX latinoamericano y las nuevas formas discursivas”, en *El pensamiento latinoamericano en el siglo XIX*. Ciudad de México: Instituto panamericano de geografía e historia. Comisión de historia. 1986. P. 130.

¹² Véase Ángel Rama, *op. cit. Passim*.

¹³ Respecto a este punto es muy ilustrador el primer capítulo de la tesis de Liliana Jiménez, a la cual estaremos refiriendo varias veces a lo largo de este trabajo: “*Amalia* de José Mármol, y la novela histórica del siglo XIX en América Latina”, tesis para optar por el grado de Licenciada en Estudios Latinoamericanos, elaborada bajo la supervisión de la doctora Liliana Weinberg de Magis. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Filosofía y Letras. 1998. 119 pp.

La literatura del siglo XIX es un campo abierto a análisis que nos permite, a través de la lectura crítica, ver los anhelos de emancipación y libertad de América expuestos sobre personajes concretos. Esta literatura nos deja, además, familiarizarnos con otras formas de hacer filosofía, nos invita a pensar nuestra historia de las ideas desde horizontes que, durante muchos años, se estimaban imposibles. Prueba de este cruce entre filosofía y literatura se encuentra en la no perdida relación entre muchas de las descripciones de aquellas épocas y la actual: gran parte de sus supuestos filosóficos, morales y éticos siguen regulando nuestra convivencia hoy.

La creación de la nación que hoy habitamos está narrada (de muchas maneras) en la literatura del XIX, por ello y por todo lo anterior, considero importante elaborar una lectura crítica de dos novelas que, juntas, provocan el entendimiento de nuestra realidad y aportan luz a las reflexiones en torno a la identidad de lo latinoamericano.¹⁴

¹⁴ Además, creemos que es necesario recordar el XIX para poder resolver problemas actuales que se relacionan íntimamente con la creación de las sensibilidades y de los horizontes de sentido en aquel siglo.

Cabe señalar que, a su vez, el XIX es resultado de procesos de creación y transformación de siglos anteriores, no es, de ninguna manera, nuestra pretensión proponer una supremacía de este siglo sobre todas las demás épocas en la historia de México y de Latinoamérica. Nuestro objetivo es mucho más humilde y concreto: buscamos traer a la luz, por lo menos a través de dos novelas, un siglo que la crítica literaria mexicana dejó de lado hasta apenas hace unos cuarenta años, debido a que, tras la Revolución mexicana de 1910, la literatura se imaginó otra, nacida adulta.

Mario Muñoz en su ensayo “Dos cuentos y dos novelas inconclusas de Altamirano”, aparecido en el *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, editado por Manuel Sol y Alejandro Higashi. Xalapa: Universidad Veracruzana. Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias 1997. P. 205 (Colección Cuadernos), explica este proceso:

La cultura nacionalista surgida con la Revolución Mexicana sepultó por mucho tiempo la vasta producción literaria del siglo XIX, arguyendo, entre otras consideraciones, la baja calidad de las obras, la nula originalidad de los autores y la tendencia a imitar los prestigiosos modelos europeos, siempre mal copiados cuando no mal asimilados. Cualquiera que haya sido el argumento presentado, lo cierto es que la literatura mexicana decimonónica no gozó de la simpatía ni del interés de los escritores adictos al realismo crítico y a la temática que promovió el movimiento revolucionario. Más adelante, con el cosmopolitismo y el auge de la literatura urbana, esa parte de nuestra historia cultural parecía haber quedado confinada para siempre al museo de las antiguallas de poca monta.

En mi opinión este olvido voluntario es una forma de representación del dolor que provocó el hecho de que el dorado triunfo del liberalismo cerrara con una Revolución que demostró la debilidad y la mala realización de las nuevas formas de organización.

Clemencia y Amalia

Ignacio Manuel Altamirano, escritor mexicano nacido en 1834, publicó su novela *Clemencia* en el periódico literario *El Renacimiento* (dirigido por él mismo) en 1869, la cual contó con gran éxito desde el momento de su publicación y, con el paso de la historia, se fue convirtiendo en una lectura obligada para cualquier mexicano, por ser considerada como la gran novela nacionalista y romántica del siglo XIX.¹⁵ Por otro lado, *Amalia*, de José Mármol, escritor argentino nacido en 1817, comenzó a aparecer en el suplemento literario de *La Semana* en 1851 y en 1855 empezó a circular en Buenos Aires la edición definitiva, que es la que usaremos en este trabajo. La crítica y las reflexiones más abundantes en torno a esta obra la colocan como la gran novela histórica con tintes románticos de la Argentina decimonónica.¹⁶

Propongo la lectura crítica de ambas novelas ya que, cuando *Clemencia* es leída a la luz de *Amalia*, los fines políticos, éticos y estéticos de la novela se evaporan de las páginas y aparecen en la superficie: la novela muestra esos secretos que provocan en el lector,

Otra muestra de este sentimiento al que me refiero es la forma de abordar la literatura latinoamericana de algunos “grandes” críticos de nuestra tradición, como Enrique Anderson Imbert, quien en su *Historia de la literatura hispanoamericana I*. Octava reimpression. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. 1979, dice que *Clemencia* “es una novela romántica, sentimental, psicológicamente falsa, sin relieves sobre la gran masa de novelas del mismo tipo que se producen en esos años”, p. 309, y de *Amalia*, que es “un folletín de aventuras truculentas que transcurren en Buenos Aires, en los años abominables de la tiranía de Rosas”, p. 259, y en un comentario sobre “El matadero” de Esteban Echeverría señala que: “Como cuadro de costumbres tiene una intención política y reformista: mostrar *la infame turba* que apoyaba a Rosas”, p. 242. [Cursivas mías]

Considero que estas aseveraciones son, por lo menos, descuidadas y simplistas. Es por este tipo de trabajos que creemos necesaria la aplicación de otras metodologías críticas para acercarnos a nuestra literatura.

¹⁵ Para un panorama muy general de lo que se ha dicho de esta novela, revisé la tesis de Azuvia Licón Villalpando “Género y nación. Las imágenes de lo femenino en dos novelas del siglo XIX latinoamericano: *Clemencia y Soledad*”, tesis para optar por el grado de licenciado en Estudios Latinoamericanos, asesorada por Begoña Pulido Herráez. Ciudad de México: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México. 2010. 119 pp.

¹⁶ Para un panorama muy general de lo que se ha dicho de esta novela, revisé el texto de Teodosio Fernández. “Introducción” en *Amalia*. Madrid: Cátedra. 2000. Pp. 11-62, y la erudita tesis de Liliana Jiménez que mencionamos arriba, en la cual se halla una interesante interpretación de *Amalia* como una novela histórica que resuelve a nivel simbólico conflictos políticos de la historia argentina.

discretamente, la sensación de haber leído una gran obra, aun cuando las presunciones artísticas en *Clemencia* no sean tan marcadas como en *Amalia*.

Amalia y *Clemencia*, a pesar de que sus autores, quizá, no hayan podido leerse, hablan de un mismo espíritu de la época, que, en la primera, busca reforzarse y, en la segunda, romperse, a través de distintos tratamientos de los mismos tópicos literarios, ambas tienen cauces distintos y desembocan en sendos mares; a pesar de ello, el lector atento puede entrever que la historia de Latinoamérica, no obstante su geografía heterogénea y sus nacionalismos regionales, es un solo cuerpo que ha sabido moverse en el tiempo creando ecos y ritmos que se repiten a lo largo del continente en forma de literaturas.

Partiendo de esta idea, pensemos que *Amalia* y *Clemencia* tienen un movimiento en común: el tema amoroso, y en cada una conviven dos discursos: uno interno y otro externo.

El interno busca crear una literatura propia con bases estéticas que la consoliden en el plano artístico; apela a la creación de ideas en el lector, a los sentimientos de los personajes, a la parte invisible del hombre, a lo que se ha venido considerando desde la Antigüedad como lo relacionado con el alma. Este discurso propone modos de ser para sus lectores en tanto que seres humanos.

El externo propone modos de actuar. Está más cercano a la conformación física, al cuerpo, a las pasiones exógenas. Es lo superficial, lo aparente, lo terrenal, y llama al actuar político propio de Latinoamérica.

Ambos discursos confluyen en la realización del amor, en el proceso de enamoramiento van corriendo como asíntotas una al lado de la otra. El amor se convierte entonces en la arista que acerca estos polos del discurso, que se erige como el productor de la convergencia entre el hombre y la invención de su realidad.

Clemencia representa una ruptura de los modelos de ciudadano y de enamorado que se encuentran bastante fuertes y consolidados en *Amalia*, nuestro objetivo es explicar cómo es que esto sucede y buscarle una justificación.

Mi hipótesis es que la construcción de las relaciones amorosas en *Clemencia* y *Amalia* propone modelos para la formación de ciudadanos. El amor es el basamento principal sobre el cual se cimentan los sentimientos de nacionalismo, de libertad y de perfeccionamiento del hombre en estas novelas decimonónicas, por esto las relaciones amorosas son una clave para entender los procesos de formación del Estado a partir de la creación de nuevos tipos de hombres.

Siguiendo esta línea de razonamiento podemos encontrar que el ciudadano enamorado, caracterizado en cuerpos de hombres y mujeres concretos, los personajes, es una vía para entender el proceso de conformación de dos Estados nacientes en el siglo XIX.

Por otro lado, la comparación entre ambas novelas aporta luz a las intenciones e intereses de cada una: *Clemencia* representa una ruptura de muchos de los modelos fuertes de *Amalia*, por ejemplo: del héroe letrado comprometido con la política desde su torre marmórea de pensamientos sublimes; de la doncella que encuentra en el amor casto la excelsitud de su alma; y de la correspondencia entre estética y ética, representado en este caso con los binomios belleza-bondad, fealdad-maldad. Esta última es de gran relevancia pues, en última instancia, se refiere a la correspondencia ficticia entre “raza”¹⁷ y clase

¹⁷ Recordemos el brillante ensayo de Ruy Pérez Tamayo “Bioética y raza”, en las *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*. Tomo XXXI (2004). Ciudad de México: Academia Mexicana de la Lengua. 2010, donde discurre acerca de los conceptos de raza y de bioética, y dice de la primera: “Hay algo que ha hecho al ser humano, a lo largo de toda su historia y hasta el día de hoy, aferrarse a la idea de que existen diferencias intrínsecas entre distintos grupos humanos, y que estas diferencias determinan que unos sean ‘superiores’ a otros. Naturalmente, los que siempre han resultado ‘superiores’ han sido los que poseen el poder y los medios para dominar y someter a los ‘inferiores’, sobre todo cuando ha habido encuentros entre culturas distintas.” Ruy Pérez Tamayo. P. 226.

social que los grupos privilegiados usaron, desde la conquista, para justificar por qué el poder debe estar en manos de unos y no de otros, y que sobrevivió incluso en el seno del partido liberal.¹⁸

En mi opinión Altamirano ejerce, además, una fuerte crítica al grupo liberal (del cual él formaba parte) que, en cierta manera, olvidó y traicionó parte de sus supuestos básicos al conservar grupos oligárquicos en las altas esferas políticas y al abandonar a las clases marginadas que lucharon con los estandartes de emancipación y libertad.

Los objetivos de este trabajo quedan fijados entonces, de la siguiente manera: realizar un breve estudio sobre los conflictos políticos que se vivían en América; apuntar el carácter cultural de la política latinoamericana del siglo XIX; comparar ambas novelas para ver cómo funcionan en relación mutua: cuáles son los puntos que tienen en común,

Recordemos también los trabajos de José Carlos Mariátegui respecto al problema del racismo y del indio americano, en su ensayo “El problema del indio”, presentado en el libro *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Prólogo de Aníbal Quijano. Notas y cronología de Elizabeth Garrels. Caracas: Biblioteca Ayacucho. 1970. Pp. 20-32, hay una reformulación de la forma de abordar el problema: “La cuestión indígena arranca de nuestra economía. Tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra”, p. 20, y más adelante: “La solución del problema indio tiene que ser una solución social. sus realizadores deben ser los propios indios”, p. 29, apuntando con esto a que es necesario considerar las dimensiones sociales y económicas de problemas que habían sido vistos por cierta crítica como exclusivamente étnicos, culturales y pedagógicos.

Guillermo Bonfil Batalla en su ensayo “El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial”, aparecido en los *Anales de antropología*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Antropológicas. Volumen 9. 1972. Pp. 105-124, también aporta luz a esta problemática cuando señala que es necesario trabajar interdisciplinariamente para definir el concepto de indio y evitar definirlo sólo en comparación con la cultura dominante, ya que el origen de la denominación ocurrió en la etapa colonial de nuestra América. Después, en el siglo XIX, “La estructura social de las naciones recién inauguradas conservó, en términos generales, el mismo orden interno instaurado durante los tres siglos anteriores y, en consecuencia, los indios continuaron como una categoría social que denotaba al sector dominado bajo formas coloniales, ahora en el seno de países políticamente independientes”. P. 118

Por último, queremos referir a Aníbal Quijano, quien, siguiendo el pensamiento de Mariátegui, señala que la categoría de raza surgió históricamente como una forma de legitimar relaciones de poder, en su ensayo “Colonialidad del poder y la clasificación social” en *Journal of World-System Research. Special issue: Festschrift for Immanuel Wallerstein*. Editado por Giovanni Arrighi y Walter L. Goldfrank. Volumen XI, número 2, verano-otoño. 2000. Pp. 342-386.

¹⁸ Habría sido interesante revisar qué facciones existían dentro del mismo partido liberal, que según apunta Charles A. Hale en *La transformación del liberalismo en México a finales del siglo XIX*, eran tres: el liberalismo social, que es el de Altamirano, el liberalismo anarquista, de Flores Magón, y el liberalismo positivista de Porfirio Díaz, que fue el triunfante. Sin embargo, profundizar en la clasificación de Hale superaba el tiempo y el espacio disponibles para esta tesis, por lo que retomaremos el tema en estudios posteriores.

describir cómo es que en *Clemencia* las ideas propuestas en *Amalia* mutan y descubrir en qué se transforman; cómo funciona en *Clemencia* la ruptura de esquemas presentados en *Amalia* y para qué sirve; entender los modelos de ciudadanía que proponen ambas novelas; pensar en los conceptos de amor que cada una maneja y en cuáles valores humanos proponen como fundamentales; enlazar la reflexión inspirada por las novelas decimonónicas con nuestro tiempo.

Capítulo I Una historia de América

Para comenzar, delimitemos, siguiendo a Arturo A. Roig, el periodo que entenderemos como “decimonónico” de 1810 a 1898, “esta demarcación de hitos tiende a ver a la América decimonónica desde el punto de vista de los procesos de independencia y la constitución de Estados-naciones”.¹⁹ Este inicio teórico nos es muy útil, pues nos ayuda a entender que, de los dos grandes procesos decimonónicos (la emancipación y el nacimiento de las naciones), nos avocaremos al segundo pero sin olvidar que éste sigue siendo muestra de muchos de los problemas que se suscitaron en el primero.

La emancipación

Las independencias americanas fueron fraguándose en los círculos criollos de los virreinos de manera más clara cuando llegó a América la noticia de que Napoleón Bonaparte había invadido la península ibérica y atentado contra el régimen de Fernando VII. Si ya desde tiempo atrás la ocupación de cargos relevantes en el gobierno restringida a peninsulares y la imposibilidad de regular autónomamente los tratados económicos y comerciales entre diversos territorios había causado descontento entre la población criolla, el sentimiento de usurpación del poder, en manos de aquel francés al otro lado del mundo, causó conmoción en los pechos de los hombres y regó agua en las fértiles semillas de descontento que existían desde hacía algún tiempo.

Los levantamientos libertadores no fueron unánimes, es decir, hubo, de este lado del mundo, americanos que lucharon para defender el gobierno y la legitimidad del rey, imaginemos entre ellos a un joven veracruzano, apenas con bigote sobre los labios,

¹⁹ Arturo Andrés Roig. “Presentación” de *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, editado por él mismo. Madrid: Trotta. 2000. P. 13

enlistado en las tropas reales de la Nueva España, quien más adelante se convertiría en uno de los presidentes con mayor durabilidad en el poder: Antonio López de Santa Anna.

Las luchas de emancipación fueron apoyadas en gran medida por el pueblo raso, en su mayoría indios o mestizos, que se veían afectados en los aspectos más básicos de sus vidas (comida, salud, casa) por el manejo político y económico de las élites, además de ser maltratados y discriminados por las clases dominantes. Debemos tener en claro que, según la mayoría de los estudios realizados sobre este tema, las insurrecciones campesinas se encuentran cerca de lo material y lo concreto, y que, según estos estudios, son los dirigentes de las clases privilegiadas los que nombran los problemas de fondo que sostienen las dificultades diarias en el modo de vida y que, además, aprovechan esos descontentos para usar la fuerza de los hombres en provecho de intereses desconocidos y ajenos a estos últimos.²⁰

Un nuevo horizonte. La creación de naciones

Tras los movimientos emancipatorios, la creación de los estados-nación será muy importante para la vida y la literatura de la época, pues se trata de procesos de invención de

²⁰ Cfr. John Tutino. *De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940*. Ciudad de México: Ediciones Era. 1990. (Colección Problemas de México).

En cuanto a este tema es importantísimo el trabajo de Florencia Mallon titulado *Campesino y nación: la construcción de México y Perú poscoloniales*. Traducción al español de Lilyán de la Vega. Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, El Colegio de San Luis y El Colegio de Michoacán. 2003. 584 pp.

En este ensayo la autora defiende y prueba la hipótesis de que los campesinos tuvieron gran importancia en el devenir político de los estados-nación latinoamericanos, como muestra ella analiza los casos de México y Perú. Su trabajo hace énfasis, además, en que “los ciudadanos actuales en ambos países siguen viviendo las consecuencias de los sucesos del siglo XIX”, p. 19. John Tutino, en el prólogo dice que “la participación popular fue importante en la política decimonónica que creó los estados y las naciones, en México y Perú pero también, seguramente, en cualquier otro lugar que los investigadores se comprometan a indagar con profundidad”, p. 32.

El trabajo de Mallon es un parteaguas en la forma de estudiar la historia de Latinoamérica, ya que anteriormente se consideraba que los procesos revolucionarios y emancipatorios eran creados y dirigidos por las élites urbanas, sin embargo esta autora prueba que la cuestión es mucho más compleja y que los sectores rurales han tenido un peso importante en aquellos procesos.

identidades. El nacimiento de nuestros países (y, en realidad de todo nuestro continente) tal y como los conocemos ahora es resultado de ese pasado no tan remoto.

Los que ahora pueden ser llamados países son hijos de una corriente caótica de historias y aventuras, cada una representante de una nación pero todas parte del mismo fluir que es nuestra América. Entender el devenir consonante de nuestras naciones no solo ilumina invaluablemente la historia de la literatura americana y nuestras posibles lecturas comparativas entre obras concretas, sino que, además, permite comprender cosas que suceden en los días actuales, ya que, en gran medida, y como pretendemos mostrar a lo largo de todo este trabajo de escritura y de indagación, muchos conflictos vigentes son los hilos sueltos, los hijos olvidados, de los grandes problemas decimonónicos.²¹

Para continuar la elaboración de un marco que nos ayude a entender qué es lo que sucede en las novelas que trabajaremos, ahondaremos en algunos temas que consideramos imprescindibles para la completa comprensión de nuestra investigación.

Los modelos de formación de las nuevas organizaciones políticas americanas

Hablar de la historia de América, en este caso, será hablar de la historia de Latinoamérica, debido a varias cosas; la primera: nuestro interés central está en dos lugares específicos: México y Argentina; la segunda: la historia del continente de México hacia el sur es muy

²¹ Un ejemplo concreto de esto es la actual influencia de las campañas electorales, basadas en la imagen, en las decisiones políticas de los electores. La imagen agradable, los rasgos “bellos”, de ciertos candidatos políticos, son argumento importante para muchas personas que atienden, quizás sin saberlo, a una concepción equivocada de que existe una relación proporcional entre la belleza y el bien, entre la ética y la estética. Pensemos en la campaña publicitaria del candidato presidencial del Partido Revolucionario Institucional Enrique Peña Nieto, quien ha cometido graves errores, tanto en sus decisiones políticas como gobernador del Estado de México como en sus apariciones en eventos culturales, y sin embargo, ha logrado ser, por algún tiempo, el candidato favorito debido a su exitosa campaña visual basada en el resalte de sus “agraciados” rasgos físicos.

distinta a la del norte. Esto puede explicarse porque los modelos políticos, económicos y sociales de los países europeos que colonizaron estas zonas eran muy diferentes entre sí.

Mientras que “La conquista y la colonización ibérica, fundamentalmente la española, se realizó bajo los imperativos de una monarquía feudal absolutista, imbuida de un catolicismo militante de franca vocación universalista”,²² es decir, bajo una organización que ponía énfasis en valores como la aristocracia, la pureza de sangre, y que consideraba el trabajo como algo digno sólo del pueblo bajo, “la colonización inglesa se produjo en momentos en que en Inglaterra se presentaban signos evidentes del avance de la modernidad capitalista”,²³ es decir, cuando se estaba realizando un cambio en el paradigma del poder político, que estaría más relacionado con una actividad económica intensa, esta colonización “revistió el carácter de empresa comercial privada, y estuvo marcada por la presencia del *farmer* o granjero, y de un protestantismo ferviente”.²⁴ La mentalidad de la colonización inglesa que se llevó a cabo en lo que ahora conocemos como Estados Unidos, entendió al indio como un estorbo, “estos fueron perseguidos y exterminados en la medida en que el colonizador precisó de nuevas tierras”.²⁵

Así, podemos comenzar a entrever cómo es que la historia de América abrió puertos en direcciones distintas, a manera de respuesta a lo que ocurría en Europa en los países que tuvieron actividad colonizadora.

Una vez realizadas las guerras de independencia e iniciado el proceso de emancipación, Latinoamérica enfrentó un problema al que aludimos páginas arriba: el de su nueva organización. José Luis Romero apunta que eran cuatro los modelos que se

²² Joaquín Santana Castillo. “Identidad cultural de un continente: Iberoamérica y la América sajona. Desde la doctrina Monroe hasta la Guerra de Cuba”, en *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, editado por Arturo Andrés Roig. Madrid: Trotta. 2000. P. 20.

²³ *Ibidem*. P. 21

²⁴ *Idem*.

²⁵ *Idem*.

disputaban el futuro de nuestras naciones: “el hispanocriollo de tradición igualitaria española; el inglés de la monarquía constitucional; [...] el francés, originalmente claro a la luz de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, aprobada en 1789; [...] y el modelo norteamericano”.²⁶ Cada uno tenía pros y contras y era defendido por unos y otros: el modelo hispanocriollo fue el que se intentó en México con Agustín de Iturbide, cuyo fracaso es evidente, ya que solicitaba la conservación de viejas estructuras y su legitimidad era frágil; el inglés era apoyado por grupos conservadores que deseaban romper ligas con el modelo anterior, pero conservar las formas más rescatables que encontraban en él, una de ellas era, por supuesto, la repartición del poder; el francés todavía no parecía resultar enteramente exitoso puesto que nuestras sociedades no estaban preparadas, en opinión de los mismos hombres decimonónicos para saber llevar a buen puerto la dirección de un pueblo que se autogobierna, el argumento principal contra este régimen era el riesgo de caer en una anarquía, cosa que sucedió en varias regiones americanas; por último, el modelo norteamericano parecía un puerto más o menos seguro, a continuación veremos por qué.

La independencia de los Estados Unidos y el triunfo de su modelo de organización puesto en práctica fueron, en un principio, un aliento de esperanza para el resto del continente: “Podía esperarse de Estados Unidos, acaso, apoyo militar y financiero o, al menos, respaldo político en la tensa situación mundial dentro de cuyo cuadro se producían estas revoluciones. Pero diversas circunstancias revelaron inmediatamente que el problema

²⁶ José Luis Romero. “La independencia de Hispanoamérica y el modelo político norteamericano” en *El obstinado rigor. Hacia una historia cultural de América Latina*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. 2002. P.143. Respecto a este punto, mi maestro y amigo Rafael Mondragón me hizo reflexionar sobre los cortos alcances y la poca amplitud que alcanzan análisis como éste, que intentan explicar la historia latinoamericana a partir de las influencias externas y no de procesos creativos intestinos.

planteaba ciertas dificultades”.²⁷ La opinión que los norteamericanos tenían del resto del continente y las viejas querellas venidas desde Europa entre Inglaterra y España impidieron que la situación se volviera más amable para los recién libertados.

No obstante, a pesar de esta ruptura entre los hermanos americanos, el modelo político alcanzó una especie de independencia respecto de su creador y “Dos puntos fundamentales obtuvieron respuesta suficiente a través del modelo político norteamericano, que no lo tenían apropiadamente en otros modelos. Uno fue el principio republicano y el otro fue el principio federal”.²⁸ He aquí donde podemos observar que la identidad de nuestra América se formó, también, con influencias de nuestros vecinos del norte.

Es importante apuntar que, cualquiera que fuera el camino a seguir, existía la creencia, desde tiempos anteriores a la emancipación de que “sólo los hombres ‘virtuosos e ilustrados’ –no los incultos e ignorantes que constituyen el pueblo, aunque sea en su nombre que se actúe– pueden salvar a la patria tanto del despotismo como de la anarquía”,²⁹ este punto es muy importante para entender gran parte de los problemas que analizaremos en las novelas, es una postura sostenida en *Amalia* y que parece tambalearse, de alguna manera, en *Clemencia*.

Las dimensiones culturales de la política

En el apartado anterior cerramos la revisión de los posibles modelos políticos con la reflexión sobre la importancia que tomó para los hombres del XIX ser letrado e ilustrado, la cual se justifica con la necesidad de lo que Leopoldo Zea ha llamado una “emancipación

²⁷ *Ibidem*. P.165.

²⁸ *Ibidem*. P.168.

²⁹ Carmen L. Bohórquez. “La tradición republicana. Desde los planes monárquicos hasta la consolidación del ideal y la práctica republicanas” en *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, editado por Arturo Andrés Roig. Madrid: Trotta. 2000. P. 71

mental”, tarea que era difícilmente vislumbrada recién empezado el siglo.³⁰ No sólo había que liberarse de los regímenes extranjeros y decidir qué camino seguir, sino también existía “la tarea de construir un espíritu nacional que, a diferencia de la independencia, no se impone por la fuerza de los hechos, sino que se muestra como un acto voluntario”.³¹

Podemos afirmar, entonces, que la creación de las naciones está íntimamente relacionada con la identificación de un grupo cultural que se autodenomine como tal, pues serán ellos los arquitectos de la nueva América.

El horizonte político se fue construyendo por medio de la autodelimitación del horizonte cultural, el cual, en este caso particular fue muy complejo, ya que se transformó, en algunos sentidos, pero se afianzó en otros. Monserrat Galí señala la importancia de atender al modelo cultural porque es el que conforma los horizontes de sentido y de posibilidad para pensar la realidad en determinada época:

cada época, de acuerdo con su estructura social, ve determinadas cosas de cierta manera, y hay otras que ni siquiera puede imaginar. Existe un horizonte cultural que no se puede rebasar. Sin embargo, no debe entenderse la estructura social únicamente como algo relacionado con las clases sociales o los aspectos económicos, tal y como nos había acostumbrado un marxismo simplista, sino que en la estructura social también intervienen factores culturales, de mentalidad y de sensibilidad.³²

³⁰ Vid. Leopoldo Zea. *El pensamiento latinoamericano*. Edición a cargo de Liliana Jiménez Ramírez, con la colaboración de Martha Patricia Reveles Arenas y Carlos Alberto Martínez López, diciembre 2003, edición digital basada en la tercera edición del libro (Barcelona: Ariel, 1976), consultada en <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/zea/pla/indice.htm>, vista por última vez el 3 de abril de 2012 a las 17:00 hrs.

³¹ *Ibidem*. P. 84

³² Monserrat Galí Boadella. *Historias del bello sexo: la introducción del Romanticismo en México*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Estéticas. 2002. P. 23. Respecto a este tema resulta iluminador el ensayo de Hilda Sabato “La historia intelectual y sus límites”. *Punto de vista. Revista de cultura*. Buenos Aires. Año IX, número 28. Noviembre 1986. Pp. 27-31, donde, a partir de sus comentarios acerca del libro *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, discurre sobre la llamada “*Intellectual history*”, la cual, en su opinión es una *bondadosa* metodología que permite nuevos acercamientos a las producciones culturales “vinculando las ideas a los hombres. Vínculo doble: por un lado aparece la preocupación por la producción intelectual, atendiendo a quiénes y a cómo se generan las ideas –siempre en el ámbito de las ideas expresadas de manera sistemática–, a cómo se difunden y se transforman”. P. 29.

Un excelente ejemplo de la aplicación de esta metodología es la tesis de licenciatura de Rafael Mondragón: “Reflexión y metáfora en la tradición filosófica de Nuestra América. El pensamiento de Nuestra América en el siglo XIX en su dimensión literaria. Ensayo de Historia de las Ideas a partir de la obra de Francisco Bilbao”, tesis para optar al grado de licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, asesorado por

Con esta reflexión justificamos nuestra lectura política de *Amalia* y *Clemencia*, ya que consideramos que las formas de hacer política estuvieron completamente determinadas por los modelos culturales y viceversa; si bien no creemos que este proceso dinámico y dialéctico entre cultura y política sea exclusivo del siglo XIX, sí consideramos que es crucial tenerlo en mente cuando emprendemos la lectura de alguna obra del periodo.

La creación de las nuevas naciones como proceso de creación de identidades tuvo que ver con el nacimiento de una identificación de los habitantes de extensos territorios como “comunidades imaginarias”, concepto enriquecedoramente trabajado por Benedict Anderson, quien afirma que “la nacionalidad, o la ‘calidad de nación’—como podríamos decirlo, en vista de las variadas significaciones de la primera palabra—, al igual que el nacionalismo, son artefactos culturales de una clase particular”,³³ esto es, son procesos inconscientes de reconocimiento y pertenencia a grupos limitados que se distinguen de *otros grupos*; Benedict Anderson justifica esta creación de lo *propio* y el consiguiente alejamiento del *otro* explicando que el concepto nació en un momento en el que era necesario deslegitimar el régimen monárquico; las naciones, además de únicas, se entienden como comunidades donde las relaciones entre sus integrantes se suponen horizontales y fraternales.

Es importante remarcar la característica cultural del surgimiento de naciones porque esto conlleva a que “el nacionalismo debe entenderse alineándolo, no con ideologías

el doctor Federico Álvarez Arregui. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Filosofía y Letras. 2006. 164 pp.

³³ Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, traducción de Eduardo L. Suárez. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. 1993. P. 21.

políticas conscientes, sino con los grandes sistemas culturales que lo precedieron, de donde surgió por oposición”.³⁴

Anderson apunta que hubo tres condiciones de posibilidad para que comenzara a surgir la idea de comunidades basadas en las naciones; estas condiciones giran en torno a la pérdida de conceptos unificadores que ayudaran a entenderse como parte de algo más grande: la primera es la pérdida de la creencia de que había lenguas especiales capaces de conectarnos a lo divino, que, a la vez, eran sustento de las religiones; la segunda, la renuncia al sistema monárquico, este sistema implicaba la elección divina de un hombre que podría gobernar varios pueblos sin importar los orígenes de éstos; y la tercera es la concepción de la temporalidad, donde los orígenes del hombre y del mundo son los mismos: “el pensamiento cristiano medieval no tenía una concepción de la historia como una cadena interminable de causa y efecto o de separaciones radicales entre pasado y presente”.³⁵ La idea de simultaneidad es moderna en el sentido de que podemos imaginar a seres pertenecientes a una misma comunidad que saben de la existencia de los otros y de su pertenencia al mismo grupo sin, siquiera, haberlos visto jamás. Una de las claves más importantes para que estos tres paradigmas de entender al mundo se transformaran fue el auge de la cultura impresa.

Nuestros ejemplos de Argentina y México responden perfectamente a las tres condiciones señaladas por este pensador, habríamos de agregar que si la cultura impresa fue un sustento importantísimo para la creación de naciones, es porque el discurso nos ayuda a formar comunidades y a alimentar el imaginario de la pertenencia a cierto lugar. Por ejemplo, *Amalia* y *Clemencia* hablan de momentos históricos muy cercanos a sus fechas de

³⁴ *Ibidem.* P. 30.

³⁵ *Ibidem.* Pp. 44-45.

publicación y se preocupan por describir cómo y quiénes eran o deberían ser los habitantes de Argentina y de México, al menos en las ciudades importantes; es posible identificar a las naciones con las apelaciones y los guiños que las novelas tienen para sus lectores, artificios que los hacían formar parte de la comunidad imaginada.³⁶

Comprobamos así que tener el poder cultural significaba ejercer poder político, es por ello que los grupos culturales eran, además, los grupos que se encontraban en el pico de las jerarquías económicas y sociales. Ser intelectual significaba gestionar el poder.

La ciudad letrada

El lugar que fungió como el corazón de los grupos intelectuales que fueron los padres de la configuración de los estados nacientes fue, desde luego, la ciudad; esto se debió a la importancia administrativa que ciertas zonas habían adquirido desde los tiempos de la colonia.

Las ciudades fundadas tras las conquistas en América fueron la representación de las *utopías ordenadas y civilizadas* de los europeos. La creación de ciudades significaba el establecimiento de un orden ideal que mantendría al nuevo mundo organizado jerárquicamente, de tal manera que romper la subordinación fuera algo impensable y ajeno al pueblo americano que ahora se veía bajo un cierto esquema racional que mantendría el

³⁶ Con la mención de las comunidades imaginarias de Anderson, vienen a la memoria los conceptos de “México imaginario” y “México profundo” de Bonfil, que son muy esclarecedoras para nuestra investigación.

Bonfil sostiene que el México imaginario es aquél que funciona como legitimación y como explicación de la repartición actual de privilegios y poderes políticos, económicos y sociales, es el México que se presenta como resultado de un afortunado proceso de mestizaje y unión cultural entre la comunidad poscolonial (indios, criollos, etcétera). El México profundo, por otro lado, es el México de los dominados, de los indios (categoría difusa e inexacta que usamos para referirnos a aquellas comunidades que comparten la experiencia de la situación colonial), este México ha sido el dominado, el negado, el otro.

Bonfil señala la existencia de los dos Méxicos, el visible e imaginario, el invisible y profundo, la conciencia de estos dos hará más fácil la comprensión de nuestro presente y de nuestra historia.

Creemos que el Fernando Valle de Altamirano es una muestra del México profundo.

nuevo estado social: el ser ciudadano. “Más que una fabulosa conquista, quedó certificado el triunfo de las ciudades sobre un inmenso y desconocido territorio, reiterando la concepción griega que oponía la *polis* civilizada a la barbarie de los no urbanizados”.³⁷

Según explica Ángel Rama, los planos de las nacientes ciudades americanas se diseñaban de tal manera que los signos de la ciudad, la estructura de las calles y la organización de los lugares importantes, fueran los signos de la sociedad; sin embargo, la ciudad no sólo significaba en su materialidad o en la planeación de ésta, sino en la configuración literaria que adoptaba en las novelas.³⁸

Teniendo en cuenta que la ciudad era un signo de la organización impuesta por la Corona en América, es posible hablar sobre otras de sus funciones a nivel tanto material como ideal y localizar cuál fue el nacimiento de estas sedes de poder.

Con el paso de una ciudad estamental (virreinal) a una ciudad burguesa (republicana) se desarrolló un proceso de laicización del poder que ejercía la iglesia durante el periodo colonial que comenzó a ser tomado por los criollos adinerados, hijos de una educación humanista y jesuita que tuvo su apogeo en el siglo XVII antes de la expulsión de América de estos últimos en 1767. Así fue como, antes incluso de los movimientos emancipadores, surgió la *ciudad letrada* compuesta por “Una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder”,³⁹ que más adelante entregarían la estafeta a hombres civiles que, con otros medios distintos que la religión, legitimarían su poder.

³⁷ Ángel Rama, *op.cit.* P. 25.

³⁸ Así sucede en *Amalia*, donde la ciudad se vuelve el foco principal de rebelión, el padre protector de las provincias que debían unirse a Buenos Aires para luchar juntas contra el dictador Rosas.

³⁹ Ángel Rama. *Op. cit.* P. 32.

La función de esta ciudad sería la de formar naciones y educar a los pueblos, la de civilizar, concepto estrechamente ligado a la concepción de urbe. Esta tarea se realizaría en múltiples niveles, por un lado, en un nivel físico con la construcción de nuevas ciudades y el mejoramiento de las existentes; en uno menos material, se pretendía erradicar a la *barbarie* originaria de los territorios, ya sea educándolos, ya matándolos.

La ciudad letrada se elevó por encima del pueblo llano, el cual fue considerado por muchos intelectuales decimonónicos, si obediente, como un rebaño calmado, un *buen salvaje*; si revolucionario, como *una plaga*, es en este caso cuando el pueblo es visto como una manada de bestias salvajes incapaces de estimar qué es lo mejor para ellos mismos.

Liberales y conservadores

Cerraremos este capítulo con el inicio de un pensamiento que atravesará el análisis realizado más adelante y que reencontraremos en las conclusiones. Queremos centrar nuestra atención en la conformación de los grupos letrados, cuya importancia ya apuntamos ampliamente en los apartados anteriores.

Sabemos que hubo una pluralidad de posturas e ideologías difícilmente abarcable en los límites de esta investigación, por lo que nos encargaremos sólo de esbozar las líneas generales del pensamiento de los grupos conservadores y liberales para poder enfrascarnos en la reflexión en torno al grupo liberal reflejado en *Clemencia* y en *Amalia*.

En la opinión de Yamandú Acosta “Liberalismo y conservadurismo fueron pues, las ideologías articuladoras de los sujetos históricos de diferente densidad que de modo fuerte

marcaron el espacio político-social de su época”,⁴⁰ mencionamos la opinión de este autor para reforzar nuestro punto de partida sobre la importancia del cuestionamiento sobre la composición y actuación de estos grupos.

Sin embargo, enfrentarse al problema de delimitación de los grupos no es tarea fácil. Podemos empezar, siguiendo a José Luis Romero, por establecer que la diferencia fundamental entre los grupos son los impulsos de cambio o de conservación, según sea el caso. Los conservadores se distinguen por querer la permanencia de las estructuras tradicionales, son los “celadores de la preservación de las estructuras básicas”,⁴¹ los partidarios de esta ideología consideran que el estado de las cosas debía ser inmóvil y estable, ya que las estructuras habían sido establecidas de la mejor manera posible desde el principio y debían permanecer así: “[el grupo conservador] consideraba que la realidad era algo dado y establecido en un pasado remoto, por obra divina, o acaso, por un pacto social, que debía mantenerse inmutable o con el menor cambio posible”.⁴² Hubo, sin embargo, diversidad entre los mismos colegas, porque algunos, al ver que el cambio ya había comenzado a hacerse, se nombraron restauradores; y otros aceptaron la mutabilidad de las estructuras, pero abogaron por la lentitud que debía caracterizarla; a estos últimos se les llama conservadores liberales, y es con estos conceptos que empieza a surgir una niebla que confunde y borra los límites entre las nomenclaturas teóricas. Acosta aporta luz sobre estas confusiones cuando dice que:

El liberalismo se tornó predominantemente conservador en dirección a la conservación de un nuevo orden también excluyente. El liberalismo conservador y el

⁴⁰ Yamandú Acosta. “El liberalismo. Las ideologías constituyentes. El conflicto entre liberales y conservadores” en *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, editado por Arturo Andrés Roig. Madrid: Trotta. 2000. P. 343.

⁴¹ José Luis Romero. “El pensamiento conservador latinoamericano en el siglo XIX” en *El obstinado rigor. Hacia una historia cultural de América Latina*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. 2002. P. 194.

⁴² *Ibidem*. P. 201.

conservadurismo liberal desdibujaron las fronteras ideológicas entre liberalismo y conservadurismo, por lo que la línea divisoria entre liberales y conservadores pasaba más bien por sus actitudes pragmáticas, en relación con una tendencia general que apuntaba o a la apertura hacia la modernidad y el progreso o a la conservación de tradiciones y situaciones procedentes del mundo colonial.⁴³

Una postura similar es la de José Luis Romero, pues él explica que hubo una facción conservadora que aceptó algunos principios liberales pero consideró que debían ser limitados en sus puestas en práctica, y que “podían ser traducidos en hechos políticos o institucionales de una manera lenta y progresiva”.⁴⁴

Por otro lado el mismo autor toca un punto fundamental para nuestro trabajo cuando habla de los liberales conservadores, quienes ponían en duda si los principios de igualdad y de libertad, propuestos por ellos mismos, debían actualizarse en todos los hombres: “la condición de las etnias sometidas y, por derivación, el tema siempre candente de si los principios liberales –principalmente los de la libertad y la igualdad– debían aplicárseles, aun a riesgo de conmovier los fundamentos económicos y sociales del orden vigente”.⁴⁵

La pregunta sobre la conveniencia de aplicar de manera general el proyecto liberal significó, para los más radicales, una traición a las causas mismas que habían movido a la emancipación, sin embargo, importantes pensadores libertadores, vieron en la formación de las repúblicas que pusieran al alcance de todos el poder de la representatividad el riesgo de caer en la anarquía, apoyados también en la idea de “la inadecuación [del proyecto liberal] a la realidad de los nuevos países”⁴⁶ por aquello de la necesidad de una emancipación mental.

Finalmente, fue la facción conservadora del partido liberal la que resultó triunfante en la mayoría de los países americanos, ya que era la “filosofía predominante entre las

⁴³ Yamandú Acosta. *Op. cit.* P. 349.

⁴⁴ Romero, “El pensamiento conservador...”. P. 202.

⁴⁵ Romero, “El liberalismo...”. P. 253.

⁴⁶ *Idem.*

clases cultas y la fuente más o menos reconocida de las opiniones generalizadas sobre el sentido de la vida, la moral y la convivencia”.⁴⁷

El plan liberal liderado por letrados y militares tenía como fin pacificar, organizar y homogeneizar los países para sembrar las bases del “progreso nacional”. Se tenía un vasto interés por hacer efectivas las constituciones de mitad de siglo; sin embargo la empresa era difícil por las condiciones de crisis, separación y desinterés que albergaba la bélica población acostumbrada más a riñas que a *orden y progreso*.

La modernización material de las ciudades era la condición necesaria para la realización completa del plan liberal, a partir de ella fue que se pudo emprender el proceso de producción y explotación de la materia prima contenida en los países americanos para atraer extranjeros e ir logrando que Latinoamérica tomara posición a escala mundial, lo cual ayudaría, en teoría, al crecimiento interno en los niveles económico y social. Así la teoría dorada del siglo XIX fue entendida en el siglo posterior como “una política que convenía a las metrópolis industriales, pero que distorsionaba las economías locales poniéndolas al servicio de los intereses extranjeros”.⁴⁸

En lo que ahora llamamos Argentina, el partido liberal tuvo importantes transformaciones tras la llega de Juan Manuel de Rosas al poder. Los unitarios salieron del Río de la Plata hacia otras provincias para resguardarse de las censuras del dictador y para construir trincheras desde las cuales fuera posible luchar contra el régimen dictatorial y conservador que se impuso.

La dictadura y su marcado carácter populista parecieron demostrar que el pueblo era bárbaro, estaba muy alejado de la civilización y tenía que ser guiado por un puñado de

⁴⁷ *Ibidem*. P. 255.

⁴⁸ *Ibidem*. P. 263.

hombres inteligentes, al menos eso es lo que se entrevé en *Amalia*, muestra representativa del pensamiento liberal de la época. Estas creencias abrieron espacio a una “jerarquización, derivada de la importancia social o de la calidad de los sentimientos [...] Cuando la hostilidad del régimen se acentuó, esa jerarquización social alcanzó matices decididamente políticos, cuando no racistas”.⁴⁹ Muestra clara de ello está en *Amalia*:

Fue Buenos Aires la primera que en el continente de Colón cubrió con la mano de la libertad la frente del africano, pues donde estaba el agua del bautismo no quería ver la degradación de la especie humana. Y la libertad que así la regeneró y rompió de sus brazos la cadena de siervo, no tuvo en la época del terror ni más acérrimo, ni más ingenuo enemigo que esa raza africana.

Nada sería que hubiese sido partidaria de Rosas; hasta natural sería que hubiese soportado por él todo género de privaciones y sacrificios, desde que ninguno como él lisonjeó sus instintos, estimuló sentimientos de vanidad hasta entonces desconocidos para esa clase, que ocupaba por su condición y por su misma naturaleza el último escalón de la gradería social.⁵⁰

Repetidamente encontraremos en la novela una relación inequívoca, en opinión del narrador y de algunos personajes, entre la “raza” y la clase social. El partido liberal abogaba por los ideales de emancipación en torno a la libertad y a la igualdad; sin embargo planteaba restricciones no sólo económicas o sociales sino incluso físicas para otorgar los beneficios de la liberación a los habitantes de la naciente Argentina.

Por otro lado, en *Clemencia*, como hemos dicho, Altamirano muestra su radicalismo respecto a su propio partido político, postura tal vez nacida a partir de la separación de Ignacio Comonfort y Juan Álvarez tras la revolución de Ayutla contra el dictador Santa Anna:

Con su reclamo de supresión del ejército santanista, [...] se enfila hacia la línea ‘dura’ de las propuestas liberales, la que sostenía Melchor Ocampo, y que sería motivo de enfrentamiento y de ruptura entre Juan Álvarez, líder de los liberales ‘puros’, y su ministro de guerra Ignacio Comonfort. Divergencias que acabarían con la aparente unidad del ‘gran partido liberal’ y alejarían del mando político a su principal líder

⁴⁹ Teodosio Fernández. “Introducción” en *Amalia*. Madrid: Cátedra. 2000. P. 28.

⁵⁰ Mármol, *Op. cit.* P. 721.

radical, dejando así el gobierno en manos del grupo que no quería enfrentarse al ejército, adherido en apariencia al Plan de Ayutla pero no sometido a la revolución.⁵¹

A la luz de la postura liberal de Río de la Plata, podemos entender mejor el reclamo que Altamirano realiza contra su partido a través de los reclamos de abolición la mencionada correlación entre ética y estética, bastante fuerte entre algunos representantes de la doctrina liberal.

En este primer capítulo hemos dibujado a grandes trazos el contexto histórico en el que se mueven las novelas que analizaremos; hicimos evidentes algunos de los supuestos de los que partimos para la investigación poniendo énfasis en la relación existente entre la identificación de grupos culturales y la realización de la política en el arte.

En el siguiente capítulo nos avocaremos a la revisión del romanticismo americano para determinar en qué sentido existió un romanticismo en América y cuáles fueron sus características. Revisaremos los pensamientos y opiniones de algunos críticos que se han interesado en el tema. Después hablaremos sobre la concepción de literatura comparada que ampara nuestro análisis literario. Por último, haremos un pequeño resumen de las novelas que nos interesan para aclimatar al lector que desconozca estas obras en el posterior análisis literario que realizaremos.

⁵¹ Cristina Barros. "Altamirano: aproximación a una iconografía". *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*. Editado por Manuel Sol y Alejandro Higashi. Xalapa: Universidad Veracruzana. Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias. 1997 (Colección Cuadernos). P. 42.

Capítulo II *Amalia y Clemencia*, novelas románticas de nuestra América, una lectura comparada

Romanticismos americanos. Imaginar una historia de las ideas en América

Nombrar lo que nos rodea es una manera de apropiación, es una de las formas que tiene el sujeto para demostrar el amor hacia lo otro: de hacer evidente la cercanía de los *fenómenos* que, a su vez, crean la identidad del sujeto que nombra. Otorgar un nombre es una actividad creadora muy cercana a lo sagrado que, mientras describe el entorno, lo inventa. Los nombres hacen a la cosa y la cosa al nombre, ambos mantienen una relación dialéctica de existencia y de toma de sentido. Todo lo que es significativo para el hombre posee una marca que lo designa, que lo *llama*. Sin embargo, los nombres tienen caducidad, es decir, se actualizan en el tiempo, existen en momentos determinados rodeados de situaciones concretas: la vida, el transcurrir del tiempo, es entendida por el hombre en términos de narración,⁵² cosa posible sólo a través el acto de nombrar. Por esto es importante elegir la palabra que convocará el entorno.

He aquí uno de los problemas fundamentales en la historia del pensamiento americano: ¿cómo *renombrar* nuestra realidad con las lenguas extrañas que llegaron al continente desde tierras muy lejanas?; el portugués, el francés, el inglés, pero sobre todo el español son idiomas extranjeros que América acogió en su ser, que la constituyeron en el devenir histórico.

⁵² Vid. Luz Aurora Pimentel. “Sobre el relato. Algunas consideraciones” en *Antología de textos literarios en inglés*, coordinada por Emilia Rébora Togno. Ciudad de México: Facultad de Filosofía y Letras, Dirección General de Asuntos del Personal Académico, Universidad Nacional de México. 2007. Pp. 15-36.

Tras los grandes y complejos movimientos de independencia en el siglo XIX, nuestras tierras conservaron la lengua de los *otros* y la volvieron propia. La realidad se reconfiguró a través de los nuevos nombres que utilizamos para invocarla.

La historia del pensamiento americano, aquella que comienza a configurar una identidad a través de su literatura, ha sido escrita, en su mayoría, en español. Pero, ¿cómo situar categorías filosóficas preexistentes con nuestra voz?, ¿cómo hacer un proceso de formación, cómo *nacer* a partir de las palabras de quien largo tiempo fue enemigo común?

Esta cuestión empapa la ingente cantidad de documentos oficiales y obras literarias que salieron de América no sólo en el siglo XIX, sino en el XX y en el XXI. La literatura americana, hija, a la vez, de Europa y de las culturas prehispánicas, fluyó de manera peculiar tras las independencias. Los nexos irrompibles que nos unen a esos pasados atraviesan y construyen nuestras letras; por ello es imposible *olvidar* los nombres *ajenos*, es decir, ignorarlos, rechazarlos, así como también lo es *rellenarlos* o *imitarlos* “a la perfección”. Lo que queda es fabricar lo propio con las herramientas que están a nuestro paso.

Para superar estos problemas, existen varias opciones: crear categorías propias, es decir, etiquetas nuevas para los fenómenos que deseamos nombrar, o entender las categorías como sucesos históricos que se actualizan según su uso.

Aquí estas cuestiones aparecen una y otra vez. Aunque los escritores que nos ocupan muy probablemente tuvieron acceso a la literatura europea (y a otras literaturas), sus creaciones no son (y no *pretenden* ser) imitaciones fieles de las manifestaciones artísticas anteriores, sino que, a través de la escritura, de ese *rellenar* o *recrear* las categorías, pretenden, a la vez, tomar un lugar en el mundo (hacer escuchar su voz más allá de mares y fronteras) e inventar identidades nacionales, *crear naciones*, por medio de la

elaboración de una cultura propia: una tradición literaria y filosófica peculiar. A este ímpetu forjador de naciones y de identidades, que ocurre en la literatura decimonónica (así como también, en la música, en la pintura, o incluso en la moda para vestir) le llamaremos romanticismo. De esta manera, repoblamos un término que ha sido definido y documentado en infinidad de textos tanto académicos como no especializados y en diversos países de Europa y de América.

A decir de Pedro Henríquez Ureña, el romanticismo en América Latina, que en un primer momento fue meramente mimético, pretendía ser no un pastiche o una copia de los modelos europeos, sino un eco de aquella actitud de liberación frente a la escuela neoclásica, lo cual, podría traducirse en nuestro continente como un afán de liberación cultural consonante a la liberación política de las independencias americanas. “El movimiento romántico adquirió fisonomía propia en la América hispánica. Antes que nada, en su ruptura con todo el bagaje de reglas neoclásicas, nuestros románticos intentaron realmente deshacerse de todo canon”.⁵³

Sin embargo, Federico Álvarez, en un ensayo acerca del tema, dice que, a pesar de las opiniones que consideran románticos, “el pasado prehispánico, la vida colonial, las guerras de independencia y, por supuesto, todo el siglo XIX”,⁵⁴ “la verdadera historia de las ideas en el nuevo continente va, sin embargo, por muy otros caminos”.⁵⁵ Álvarez concluye, tras una breve revisión histórica del romanticismo europeo y de las independencias americanas terminadas (con excepción de Cuba y Puerto Rico) en 1824, que el movimiento romántico, que en Europa significó una renuncia al neoclasicismo francés y a las ideas

⁵³ Henríquez Ureña. *Op. cit.* P. 130.

⁵⁴ Federico Álvarez. “Romanticismo” en *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina*, director general José Ramón Medina. Caracas: Biblioteca Ayacucho y Monte Ávila Editores Latinoamericana. 1995. P. 4197.

⁵⁵ *Idem.*

ilustradas, fue para América una “subliteratura ‘clásica’ o ‘romántica’ [...] copias de pastiches, carecía y carecen de significación literaria y no participan, en modo alguno, en la definición de las corrientes literarias de ningún país”⁵⁶ y salva de esta categorización sólo a algunos autores entre los que se encuentra el mexicano Ignacio Rodríguez Galván.

Álvarez niega rotundamente la importancia del romanticismo en América que cierta crítica literaria ha querido ver como definitoria en nuestro continente y afirma que “las cumbres de la literatura latinoamericana, lo más significativo y universal del siglo XIX, no fue ni romántico ni clásico”,⁵⁷ él prefiere designar como ecléctico al grupo representativo de nuestra literatura decimonónica.

Es interesante contrastar esta postura con la que citamos arriba de Pedro Henríquez Ureña, quien, si bien, no hace una equivalencia entre romanticismo europeo y americano, sí rescata cierta actitud *creativa* de aquel para caracterizar al propio. Este autor explica cómo en los años más agitados de la formación de las naciones americanas (1820-1870), la literatura proliferó gracias al descubrimiento y a la explotación de su fructífera función pública como formadora de identidades y de ciudadanos. Con los proyectos de reorganización independiente, hubo en América la necesidad de instruir a un pueblo que se había acostumbrado al modo de vida virreinal; las regiones estaban padeciendo un proceso de modernización que solicitaba habitantes distintos y educados para la nueva vida en sociedad, es allí donde entra uno de los principales papeles de la literatura.

En medio de la anarquía, los hombres de letras estuvieron todos del lado de la justicia social, o al menos del lado de la organización política contra las fuerzas del desorden. [...] Y los dos movimientos nacionales más importantes del siglo, la Reforma en México (1855-1874) y la lucha contra Rosas (1837-1852), seguida de la reconstrucción orgánica del país (1853-1880), en la Argentina, se llevaron adelante con la ayuda de una enorme cantidad de literatura.⁵⁸

⁵⁶ *Ibidem*. P. 4200.

⁵⁷ *Ibidem*. P. 4201.

⁵⁸ Henríquez Ureña. *Op. cit.* P. 119. [Subrayados míos]

Esta cita es reveladora en cuanto a las cuestiones que nos ocuparán en este capítulo, cuando Henríquez Ureña dice que “los hombres de letras estuvieron todos del lado de la justicia social, o al menos del lado de la organización política contras las fuerzas del desorden” está apuntando el carácter cultural y artístico del quehacer político decimonónico, de lo cual son muestras claras *Amalia* y *Clemencia* que proponen modelos de ciudadanía diversos (concepto fundamental en los nuevos estados nacionales, puesto que en él recaía la soberanía). A esta acción transformadora de realidades políticas característica del arte literario decimonónico es a lo que creemos que se refiere este autor, y nosotros con él, cuando habla de romanticismo latinoamericano.⁵⁹

¿Cómo podemos hacer que ambas opiniones funcionen en esta investigación armoniosamente? Pensemos en que los dos están apuntando hacia distintas intenciones: Álvarez está reconociendo la independencia intelectual americana respecto de Europa y haciendo una invitación tácita a romper con las categorías europeas para analizar nuestra literatura; Henríquez Ureña plantea una teoría crítica más conciliadora que, si bien no niega

⁵⁹ Mientras que Federico Álvarez dice que “Es un error común suponer que este romanticismo liberal europeo llega por primera vez a América en las maletas de Esteban Echeverría (1805-1851)”, p. 4199; Henríquez Ureña dice que es este mismo hombre el que “Descubrió el romanticismo como revolución espiritual que abría a cada grupo nacional o regional el camino de su expresión propia, de la completa revelación de su alma, en contraste con la fría y ultrarracional universalidad del clasicismo académico”. P. 121. Aquí encontramos opiniones encontradas respecto a la introducción del romanticismo en América, por un lado están quienes consideran a Esteban Echeverría el introductor de este movimiento en nuestro continente, y por otro los que creen que el proceso de inserción fue más complicado y no recayó en una sola persona.

Para enriquecer esta discusión es pertinente mencionar a Emir Rodríguez Monegal, quien en un brillante ensayo titulado “Menéndez Pelayo y el romanticismo americano” en *Obra selecta*. Selección, prólogo, bibliografía y cronología: Lisa Block de Behar Caracas: Biblioteca Ayacucho. 2003. Pp. 42- 52, dice: “Sin querer disminuir en nada la importancia de Echeverría puede asegurarse que el romanticismo ya había llegado a América mucho antes de su viaje”. P. 46; sin embargo, el hecho de que el romanticismo haya llegado a nuestro continente con anterioridad no implica para el autor la negación de la existencia de dicho movimiento en América; por el contrario, Rodríguez Monegal propone un estudio cuidadoso, basado directamente en las obras y no en su crítica, sobre los orígenes del romanticismo americano: “Fuera del Río de la Plata son innumerables los testimonios de una lenta preparación del romanticismo durante la segunda mitad del siglo XVIII y primeros treinta años del siglo XIX”, p. 46. Rodríguez apuesta por una lectura cuidadosa que nos permita estudiar la influencia de Echeverría “junto a la de quienes, antes que él y a veces con mayor sazón que él, introdujeron el romanticismo en América. Uno de estos fue Andrés Bello”. P. 49

la clasificación, la interpreta de manera más amplia, es decir, considera al romanticismo no sólo como una corriente filosófica, sino como una especie de impulso liberador frente a una tradición extranjera que fomentó la invención de lo propio.

Nosotros compartimos la opinión de Henríquez Ureña, pues consideramos que es posible pensar que un movimiento estético cultural cuya principal característica es la innegable fe en la libertad del hombre haya sido leído, entendido y apropiado por los intelectuales americanos para iniciar los proyectos de construcción de los nuevos estados nacionales.

La literatura comparada como método de estudio para la literatura latinoamericana

Hemos elegido trabajar *Amalia* y *Clemencia*, muestras del romanticismo literario americano en los términos en que nos referimos arriba, con un enfoque de literatura comparada,⁶⁰ ya que la consideramos una herramienta de interpretación muy útil cuando las obras a comparar tienen un alto grado de intertextualidad indirecta, quiero decir, una intertextualidad que no es explícita pero que aparece como piel hinchada entre los tejidos de una obra literaria. Las obras que analizaremos hablan de un mismo espíritu de la época y, aunque lo hacen en distintas direcciones, podemos decir que narran una realidad compartida.⁶¹

En una primera lectura intuimos que *Clemencia* apelaba a ciertos tópicos y estructuras típicos de la novela romántica, pero el hecho de que sus alusiones no fueran explícitas, sino que, por el contrario, se activaran como guiños al lector de la época, dificultó la tarea de investigación, pero a la vez nos brindó libertad de elegir a la luz de qué obra sería bueno leerla, elegimos *Amalia* porque la consideramos un ejemplo paradigmático de novela romántica en Latinoamérica, además de que ambas se insertan dentro de, aparentemente, la misma corriente ideológica que, a falta de un mejor nombre, llamaremos liberalismo.

La búsqueda del cable entre las literaturas de Argentina y México resultó ser un puente supranacional y no sólo internacional, ya que “Apenas salimos de un ámbito nacional y nos dirigimos a otro, surge no sólo la posibilidad de la diferencia sino también de la confirmación de valores o interrogaciones o voluntades comunes. Es decir, de la

⁶⁰ Véase Claudio Guillén *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada (Ayer y hoy)*. Barcelona: TusQuets. 2005. 499 pp.

⁶¹ Recuérdese el concepto de comunidad imaginada que trabajamos en el capítulo 1, en la página 25 de este trabajo.

supranacionalidad”.⁶² Así, entre ambos países encontramos preocupaciones comunes y valores compartidos, que permiten entender el movimiento crítico que Altamirano emprende con su obra.

Por lo anterior, pensamos que un trabajo comparatista entre novelas del siglo XIX pertenecientes a diversas nacionalidades puede ayudarnos a defender la idea de una identidad latinoamericana, lo cual nos ayudaría a repensar nuestra historia leyéndola a la luz de la de nuestras naciones hermanas.

⁶² *Ibidem.* Pp. 68-69.

Resúmenes de las obras

Hemos decidido hablar en primer lugar de *Amalia* puesto que su lectura ayudará a una mejor comprensión de *Clemencia* en los términos que nos hemos propuesto y que quedaron expresados en la Presentación y en la Introducción.

Amalia

Amalia “comenzó a publicarse por entregas en el suplemento literario del periódico *La semana* de Montevideo en 1851. En esta primera etapa sólo llegarán a publicarse las tres primeras partes y doce capítulos de la cuarta. [...] La novela quedaría inconclusa hasta 1855”,⁶³ en esa fecha, la Imprenta Americana de Buenos Aires editó la novela completa, que consta de ocho partes.

La novela de Mármol es una “adopción de un modelo extraído de los relatos sentimentales que en aquel momento triunfaban en Europa”,⁶⁴ pensemos, por ejemplo en *Julia o la nueva Eloísa* de Jean-Jacques Rousseau, la cual “se convirtió en el gran *best-seller* del siglo, en la fuente más importante de la sensibilidad romántica”.⁶⁵

La historia de *Amalia* se centra en las vidas de dos jóvenes argentinos en los años de 1840, que están en contra de la dictadura rosista, pero mientras uno de ellos (Daniel Bello) cree en el cambio la mayor parte de la novela (pues al final cambiará de opinión), en la mejora del sistema político a través de la revolución armada, el otro (Eduardo Belgrano), desencantado de los hombres de su época, cree en la lucha desde el exilio. Ambos están

⁶³ Álvaro Salvador Jofré, en *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina*, director general José Ramón Medina. Caracas: Biblioteca Ayacucho y Monte Ávila Editores Latinoamericana. 1995. P. 188.

⁶⁴ *Idem.*

⁶⁵ Pilar Ruiz Ortega. “Prólogo”. *Julia o la nueva Eloísa* de Jean-Jacques Rousseau, traducida por ella misma, Madrid: Ediciones Akal, 2007. P. 32.

enamorados de Florencia Dupasquier y Amalia Sáenz de Olavarrieta, respectivamente; sus amores se verán directamente afectados por el fracaso de sus ideales libertadores.

El tema principal de la novela es la lucha contra el dictador Juan Manuel de Rosas. Los personajes buscan la construcción de un espacio libre, bello y autónomo cuya existencia permitiría la creación de amores felices. De esta manera, el eje central de la obra une los ámbitos público y privado a través del amor, además la sustentación de la lucha por independizarse de Rosas toma cuerpo en las amadas Florencia y Amalia.

Al final de la obra, los objetivos personales de los personajes no se alcanzan; sin embargo, que no se logren en la ficción tal vez sea un anuncio de que se pueden lograr en la vida real. La utopía debe quedar irrealizada en la literatura para que no cobre ella misma un carácter de imposibilidad: una vez que falla en la ficción, es posible que triunfe en la realidad, dado que personajes y lectores compartían una época y una historia en común.

Al principio de la obra puede leerse: “La mayor parte de los personajes históricos de esta novela existe aún, y ocupa la posición política o social que al tiempo en que ocurrieron los sucesos que van a leerse. Pero el autor, por una ficción calculada, supone que escribe su obra con algunas generaciones de por medio entre él y aquéllos”.⁶⁶

El problema principal de los personajes es impedir que las fuerzas rosistas descubran las intenciones de Belgrano tras un intento fallido de huida. Mientras Daniel intenta organizar la revolución con sus amigos unitarios y mantiene comunicación con Montevideo sobre los movimientos de las tropas libertadoras comandadas por el general Lavalle, Eduardo se enamora de la prima de su amigo: Amalia, una joven tucumana y viuda que vive en las afueras de la ciudad y que le da asilo al joven para que no sea descubierto por el bando federal. Este romance es, consideramos, el nudo central de la historia puesto

⁶⁶ Mármol. *Op. cit.* P. 61.

que es una alegoría de los problemas nacionales de la época, en especial, de la invención y descripción del tipo de hombre que debía ser el nuevo *argentino*, ciudadano por excelencia.

Daniel también es un joven enamorado, su novia es Florencia Dupasquier, sin embargo, su relación ya existe al comienzo de la historia y el lector no es testigo de su nacimiento. Por el contrario, el amor entre Amalia y Eduardo se va configurando a lo largo de la narración hasta llegar a la cumbre: una boda que es el triste preludio de la muerte de Eduardo y de la posible muerte de Daniel.

Este romance se teje a la vez que el lector va entendiendo el problema político en Argentina: los unitarios deseaban una organización centralizada de la República y los federales pretendían la organización del país en una Federación de las provincias que componían el territorio argentino.

La novela de Mármol tiene una estructura compleja en la cual tanto los personajes como las situaciones, configuradas en una visión aparentemente maniquea, se van transformando a lo largo de la obra a través de puentes tejidos entre los *contrarios*.

A la par de la presentación del mundo joven, libertador, civilizado y luminoso de estos jóvenes, aparece el del dictador Juan Manuel de Rosas y sus amigos federales, que se configura como lo opuesto al anterior, Mármol “imperceptiblemente irá estableciendo una comparación entre el ‘mundo rosista’ y el mundo de ‘sus opositores’”.⁶⁷ Rosas es un hombre llano e inteligente que maneja a sus allegados y a la sociedad entera a través del miedo, de la intriga y de las apariencias. El mundo de este hombre es oscuro y difícil de entender, además de que es visualmente feo. La puesta en escena de la situación argentina en estos años a partir de los contrarios que la configuran obliga al lector, de alguna manera, a una toma de partido, en la que la mejor opción es el bando unitario.

⁶⁷ Salvador. *Op. cit.* P. 189.

Clemencia

Por otro lado, tenemos a *Clemencia*, escrita por Ignacio Manuel Altamirano y publicada en el periódico literario *El Renacimiento* en 1869, el desarrollo de las acciones en esta novela (al igual que en *Amalia*) ocurre de manera casi simultánea con el tiempo histórico que atravesaba México. La novela habla de la Intervención francesa, que había concluido unos años atrás. En la opinión de Licón Villalpando, *Clemencia* “debe leerse como un relato sobre la defensa de la patria ante el extranjero invasor; sin embargo, y a pesar de haberse escrito una vez conseguido el triunfo sobre los franceses, éste no es un discurso de victoria”⁶⁸ y no lo es porque Altamirano está criticando a su propio partido: el partido liberal, ya que está poniendo en tela de juicio la legitimidad de la victoria liberal y, más aún, la calidad de dicha victoria y, en últimos términos, cuestiona quiénes son los que ganaron, no sólo la guerra contra los franceses, sino la independencia y la libertad.

Esta crítica no es sólo contra su partido, sino también contra los posibles lectores (suponemos que se trataría de una naciente clase media), a través de la ruptura de las expectativas que Altamirano siembra en el lector usando los tópicos y las estructuras comunes en el discurso literario de la época, provoca el sentimiento de culpa que causa todo descubrimiento de pretensiones vanas. Quien lee *Clemencia* toma partido por los liberales, siente odio por los traidores y, al final, se identifica involuntariamente, con los últimos. El enemigo no vencido no son los franceses, sino los propios malos mexicanos.

El personaje principal de *Clemencia* es Fernando Valle, joven militar que se enamora de una muchacha, originaria de Guadalajara, la ciudad donde descansa su regimiento, esa mujer es Clemencia; a la par de este romance ocurre otro entre Enrique Flores, compañero de armas de Valle, e Isabel, prima de Fernando.

⁶⁸ Licón. *Op. cit.* P. 81.

Ambos romances, al igual que en *Amalia*, fracasan; sin embargo, esta historia no es la puesta a prueba de una utopía que podría realizarse fuera de la ficción sino que es más bien una propuesta de reestructuración de los valores del ciudadano a través de la transformación de los símbolos de *lo bueno y lo malo*, y de *lo bello y lo feo*.

Fernando Valle es un héroe romántico que muere en aras de la libertad de nuestro país y de la libertad sublime de un hombre alcanzada a través del amor. El joven fallece habiendo aceptado ser responsable de una traición que no cometió con tal de propiciar la felicidad de su amada: “no hubiera yo querido morir así. Yo soñaba con la gloria; yo anhelaba derramar todavía más mi pobre sangre en los altares de la patria; yo me hacía la ilusión de sucumbir con la muerte de los valientes, a la sombra de mi bandera republicana”.⁶⁹

La novela de Altamirano es un *darse cuenta*, es una provocación para hacer obvios muchos presupuestos de lectura que uno pone en ejecución al enfrentarse al texto (presupuestos que, pensamos, no sólo se echaban a andar al leer, sino al tomar las decisiones políticas). Aquí es donde radica la excelencia de esta obra. Los presupuestos que menciono están presentes en *Amalia*, es por esto que el análisis simultáneo de las obras nos ayudará a entender mejor cómo es que funcionan.

La novela comienza con una pequeña narración independiente⁷⁰ sobre un doctor que invita a unos amigos que están de paso a permanecer en su casa hasta que pase el mal clima

⁶⁹ Altamirano. *Op. cit.* P. 123.

⁷⁰ Es necesario aclarar que hemos encontrado dos narradores en *Clemencia*, el primero es aquél que comienza el relato de la historia: “varios amigos del doctor L... tomábamos el té”, Altamirano. *Op. cit.* P. 3, y que introduce al segundo narrador y le cede la voz, que es la que, predominantemente, leeremos en el resto de la novela: “El doctor sirvió a cada uno su respetable dosis de la caliente y sabrosa mixtura [...] y viéndonos atentos e impacientes, comenzó su narración”. *Ibidem.* P. 5.

Es este personaje, llamado Doctor L... en la primera narración quien será el narrador del resto de la historia: “Estábamos a fines del año de 1863, año desgraciado en que, como ustedes recordarán, ocupó el ejército francés a México”. *Idem.* Ambos narradores se encuentran en la misma diégesis pero en distintos

que los aquejaba una noche, escena típica de los cuentos románticos europeos. El doctor, para amenizar la velada, decide contarles la historia de Fernando Valle, comandante del ejército mexicano, perteneciente a una división liberal que luchó contra el ejército francés.

La historia, que se desarrolla en 1864, trata sobre el enamoramiento entre los militares y las provincianas; Fernando Valle y Enrique Flores, comandante de la misma división, se enamoran de Clemencia e Isabel, prima de Fernando. Los jóvenes se conocen tras la llegada del ejército mexicano a Guadalajara y, de inmediato, se establecen relaciones sentimentales entre los cuatro.

Tras el intento fallido de enamorar a su prima, Valle es seducido por Clemencia; mientras que Flores intenta deshonorar a Isabel jurándole un amor mentido. Una vez que Clemencia logra enamorar a Fernando y que Isabel descubre los verdaderos planes de Enrique, las relaciones se transforman y se descubre un amor que había venido fraguándose en secreto desde el inicio entre Enrique y Clemencia, quien había intentado darle celos a éste por medio de Fernando.

Cuando esta situación acaba de ser descubierta por Fernando, llega el ejército francés a la ciudad y la división tiene que huir, así como las familias liberales que se

tiempos. Sería muy interesante indagar sobre este tema, pues creemos que la cesión de la voz narrativa ocurre por la conveniencia de que sea un médico militar el que avale la historia de Fernando por el prestigio con el que contaban ambas profesiones en la época, además de que el Doctor L... cambia su punto de vista sobre Fernando, provocando con ello un quiebre en el filtro que está presente entre el lector y el texto, pues ese filtro es él mismo. Más adelante retomaremos someramente este punto.

En una nota final, firmada por “El autor”, se dice que “no hay que tomar formalmente la ficción de que el doctor relate esto en una noche [...] necesitaba yo que el doctor narrara, como testigo de los hechos, y no creí que debía tener en cuenta el tamaño de la narración”. *Ibidem.* p. 129, con esta nota ¿Altamirano? (¿o será el primer narrador, o uno tercero?) justifica la duración de la novela y, además se introduce en una tradición narrativa compuesta por Víctor Hugo, Dickens, Erkmann Chatrian, Enrique Zschokke, y Hoffman, autores que se mencionan en esa nota.

Con esta digresión pretendemos subrayar que tenemos conciencia de la complejidad y de la riqueza de *Clemencia* desde un punto de vista narratológico y de la necesidad de un estudio que pusiera más atención en el seguimiento cercano del narrador y sus cambios de perspectiva y focalización, así como en los paratextos que rodean la novela. Estas necesidades quedan fuera de la presente tesis porque quisimos hacer énfasis en otros puntos, sin embargo, nos proponemos abordar estos cabos sueltos en otra ocasión.

llamaran patriotas. De esta manera, tras la salida del ejército mexicano, las familias de las jóvenes parten también, pero en el camino una rueda de la carroza se troza. Con este giro de fortuna se descubre la traición de Enrique, quien transmitía información confidencial a los franceses.

En cuanto Valle se entera del accidente con la carroza, se aparta unas horas de sus compañeros y hace las diligencias necesarias para conseguirles y enviarles a las familias un nuevo transporte. Cuando regresa al cuartel, Valle es llamado por su superior quien le informa que lo han acusado de traición: Fernando entiende que fue Enrique el que lo hizo y demuestra que el verdadero traidor es este último, quien había estado informando al enemigo sobre las órdenes generales dadas a las tropas mexicanas. Fernando lo demuestra con un pliego que logró quitarle a un sirviente de Flores cuando iba a encontrarse con los franceses.

Mientras tanto, Clemencia y compañía creen que es Flores el que les envió el carruaje, así que le mandan regalos y cartas de agradecimiento.

Al poco tiempo, Flores es sentenciado a muerte por traicionar a la patria; Clemencia e Isabel se vuelven locas de dolor por la noticia y hacen lo posible para evitar el triste final de Enrique, a quien no creen capaz de cometer el crimen por el que se le acusa.

Clemencia pone en marcha todas sus fuerzas para impedir la muerte de Flores, una de ellas es irle a reclamar a Fernando la *falsa* acusación y amenazarlo con que provocará la muerte de ella si Flores muere. Ante esto Valle se rinde y cambia de lugar con Flores, en la mañana, el general en jefe se da cuenta del intercambio y Fernando acepta su condena de muerte.

La última charla de su vida ocurre con el Doctor, quien narra la historia desde el inicio,⁷¹ en esta conversación nos enteramos de que el liberalismo de Fernando había sido causa, en alguna medida, de sus sufrimientos. Sus ideas políticas opacaron ante su familia adinerada toda su nobleza, su honor y su lealtad, causando un destino funesto que se realiza con la muerte del joven en el paredón.

Enrique llega a la casa de Clemencia, confiesa su crimen y parte hacia Guadalajara para unirse a los franceses. Ella se arrepiente de sus actos e intenta corregir los errores, pero es demasiado tarde. Fernando muere fusilado, el Doctor cumple su última voluntad: avisa a su familia de su fallecimiento. Clemencia se convierte en monja y sufre por el resto de sus días.

La voz narrativa de *Clemencia* se transforma⁷² conforme avanza la novela: construye una historia que crea ciertas expectativas que, al final, van cayendo destrozadas y con la deliciosa culpabilidad del lector que ha hecho suyas las opiniones y la estructura ética que, tras su detallada fabricación, se rompe a sí misma.

En mi opinión, la riqueza compleja de *Clemencia* reside en la anulación o afirmación de los pactos de credibilidad entre el narrador y un lector ideal.⁷³ Dichos pactos tienen sus fundamentos en las expectativas que van siendo sembradas en la tierra del relato por un narrador que cambia su manera de pensar y sus impresiones a lo largo de la narración, lo cual apunta hacia un afán de *hacer creer* al lector cosas que el narrador Doctor sabe que son falsas, por ejemplo, la supuesta maldad de Fernando; y apunta también hacia

⁷¹ Véase nota 69 de este trabajo.

⁷² Me refiero al narrador Doctor L...

⁷³ He encontrado a bien nombrar lector ideal a un sujeto supuesto que colabora con el narrador en tanto que sigue las pistas que este le otorga y crea, con esta base, inferencias durante su lectura. El problema teórico de este lector puede complejizarse si, además, se considera una teoría de la recepción enfocada en los hábitos de lectura y las formas de leer de lectores concretos en el XIX. Recordemos, por ejemplo, que *Clemencia* fue entregada en diversos fascículos del *Renacimiento*, así que su lectura no se realizaba de corrido, lo cual podía acrecentar con la espera las expectativas dejadas por el fascículo anterior.

el deseo de que el lector se apropie de los supuestos y las expectativas que el Doctor y varios personajes tienen de Fernando al inicio de la historia, para que la transformación que ocurre hacia el final no quede sólo dentro de la diégesis sino que, de la misma manera que ocurrió al principio, el lector la padezca.⁷⁴

⁷⁴ El narrador Doctor L... cuenta la historia tiempo después de que ésta ocurrió y por medio de una ficción calculada lleva al lector a caer en los mismos errores que él cometió al conocer a Valle, por ejemplo, reforzando con su aprobación la mala impresión que, se nos dice, causaba el joven militar: “Francamente hasta nosotros los médicos, hombres de caridad y que no consultamos nuestras simpatías para ser útiles a los que sufren [...] repugnábamos acercarnos a él, porque sentíamos una invencible antipatía viendo a ese pequeño oficial con su mirada ceñuda, su color pálido e impuro y su boca despreciativa”. *Ibidem*. P 11, fijémonos que el rechazo está provocado, básicamente, por la apariencia de Fernando; y más adelante: ¡Qué me importa que te lleve el diablo oficialillo grosero!”. *Idem*.

Sin embargo, hacia el final de la novela, tras la hermosa charla entre Fernando y el Doctor, en la que el joven le revela sus tristezas y malas experiencias en la vida al Doctor, éste dice: “Yo sofocaba mis gemidos. Le estreché en mis brazos y le dije tartamudeando: –Usted merecía vivir y ser grande”. *Ibidem*. P. 124, con estas palabras podemos asegurar que el narrador Doctor ya no tiene la misma opinión sobre Fernando, pues ha podido superar su apariencia para apreciar su verdadera forma de ser.

Capítulo III La patria amada

Tras haber hablado de los supuestos de los que partimos; haber discurrido sobre el romanticismo; haber mencionado algo sobre la literatura comparada; y, por último, haber hecho la relación somera de las novelas, en el presente capítulo procederemos a elaborar un análisis textual que probará que la construcción de las relaciones amorosas en *Clemencia* y *Amalia* propone modelos para la formación de ciudadanos.

En *Amalia* y *Clemencia*, el amor entre los personajes juega un papel importantísimo en las historias: por un lado, en la primera, es el amor entre Eduardo y Amalia y entre Daniel y Florencia el que mueve a los personajes a querer cambiar la forma de gobierno y la organización de Argentina; en la segunda es el amor de Fernando por Clemencia y el de esta por Enrique el que provoca que Valle se responsabilice de la traición de Enrique.

Por otro lado, la patria es el gran personaje en ambas historias: en *Amalia* porque representa los afanes de libertad, de autonomía y de progreso; en *Clemencia* porque representa lo propio que no debe ser violado por lo ajeno y porque el amor que Fernando profesa hacia ella es lo que lo enaltece y hace que sus sentimientos sean sublimes.

Para entender cómo es que los temas del amor y de la patria, que recorren la mayoría de las producciones literarias del siglo XIX, funcionan en nuestras novelas es necesario que tengamos en mente el romanticismo, movimiento estético cultural cuya principal característica es la innegable fe en la libertad del hombre.

El surgimiento del romanticismo ocurrió, básicamente, en Alemania, aunque es posible encontrar semillas en el Rousseau posterior al *Contrato social*, obra plenamente ilustrada. Sucedió a la par de las otras dos grandes revoluciones entre siglos: la Revolución Industrial y la Revolución Francesa. Este movimiento cultural representó una transformación en la manera de entender el mundo, “Para 1820 surge una perspectiva en la

que el estado mental, *el motivo*, es más importante que la consecuencia; en la que la *intención* supera en importancia al *efecto*".⁷⁵ Los hombres, herederos de la Ilustración, acostumbrados a una versión de la realidad, a una verdad universal y totalizadora, se vieron conmovidos por la multiplicidad de verdades que eran tan válidas unas como las otras en cuanto su defensor, *su creyente*, se mostrara totalmente entregado a la defensa de sus ideas.

En *Amalia*, así como en *Clemencia*, hay una oposición entre los personajes principales a pesar de que pertenecen al mismo bando político: todos son liberales y, en el caso específico de *Amalia* son, además, unitarios o centralistas.

Daniel y Eduardo, a pesar de ser muy buenos amigos, representan dos corrientes de pensamiento: Daniel es un hombre ilustrado, que cree en la organización, en el pensamiento racional, en aquella "propuesta del siglo XVIII, y de los siglos anteriores también, [...] que había una naturaleza de las cosas, un *rerum natura*, una estructura del mundo. Para los románticos esto era absolutamente falso",⁷⁶ muestra de ello la siguiente cita:

-No hay nada, mi querido Eduardo, que se explique con más facilidad que mi carácter, porque él no es otra cosa que una expresión cándida de las leyes eternas de la Naturaleza. Todo en el orden físico como en el orden moral es inconstante, transitorio y fugitivo: los contrastes forman lo bello y armónico en cuanto ha salido de la mano de Dios; y en nada se ostenta más esa variedad infinita que reina en el Universo, que en el alma humana. En un día, en una hora, en un minuto, Eduardo, el corazón, la inteligencia y el espíritu se modifican y cambian tan improvisamente como los colores sobre la superficie del ópalo. Al lado de un gran pensamiento, la pluma con que lo escribimos, el fuego o el libro en que tenemos fijos los ojos al meditar, la risa de un niño, el ala de un insecto, la mínima cosa hace que aparezca al lado de aquel gran pensamiento una pequeñísima idea que se apodera tanto de la mente como otra cualquiera de mayor importancia.⁷⁷

Daniel explica sus sentimientos como una consecuencia de "las leyes eternas de la Naturaleza", es decir, como resultado de algo esencial y eterno que es fácil de entender en

⁷⁵ Isaiah Berlin. *Las raíces del romanticismo*. Conferencias A. W. Mellon en Bellas Artes, 1965. The National Gallery of Art, Washington DC. Edición de Henry Hardy, traducción de Silvana Marí. Segunda edición. Madrid: Taurus, Alfaguara. 2000. P. 29. [Cursivas mías]

⁷⁶ *Ibidem*. P.154.

⁷⁷ Mármol. *Op. cit.* Pp. 330-331.

tanto que es ley, sin embargo, muestra su sensibilidad añadiendo más adelante que un principio fundamental del orden físico es el movimiento, los contrastes. Al decir que lo conmueven tanto los pensamientos trascendentes como las cosas pequeñas y materiales que habitan el mundo y que lo *modifican* está abriendo las puertas al cambio, ya que una concepción científicista muy estrecha e inmóvil de la realidad sería inútil para justificar sus propios fines políticos, esta sensibilidad es la condición de posibilidad para el cambio que el mismo personaje mostrará a lo largo de la historia.

No solo Daniel, ejemplo del unitario ejemplar, es ilustrado, sino que en opinión del narrador, todo el movimiento que buscaba la unión entre las provincias contra el enemigo en común lo es también, es decir, todo *buen ciudadano* debe ser, si no ilustrado, cuando menos letrado:

"Los unitarios son demasiado ilustrados, relativamente a nuestros pueblos", decían los federales en tiempo del debate constitucional; "y no pueden mandarlos porque los pueblos no entenderían su civilización".

Pero los federales al mismo tiempo pedían que esos pueblos se gobernasen y legislasen por sí solos...

¡Como si el pueblo, atrasado para comprender la ilustración ajena, pudiera a la vez ser bastante civilizado para darse lo más difícil de la existencia pública: su legislación, y sus principios de gobierno!⁷⁸

El pueblo es visto por el narrador como un puñado de personas ignorantes que serían incapaces de autogobernarse, el pueblo queda entonces fuera de la categoría de ciudadano, en tanto que hombre capaz de participar activamente en los procesos políticos del estado, con esto, la participación política se restringe a un grupo cerrado que debe alcanzar ciertos estándares culturales y, por tanto, económicos y sociales, para poder ejercer su derecho de ciudadanía. Descubriendo que las características de un ciudadano capaz son las características del joven Bello, la vara para alcanzar el mote se eleva muy por encima de la

⁷⁸ *Ibidem.* P. 555.

mayoría de la población argentina. (¿Será por esto que con frecuencia encontramos en textos políticos al *desierto argentino* que está esperando a ser habitado?)

Eduardo, por otro lado, es la representación del hombre romántico, tiene un carácter sensible entregado constantemente a las pasiones que lo gobiernan y conoce la victoria imposible de sus deseos, es él quien, desde el inicio deseaba salir de Buenos Aires para luchar desde Montevideo por la libertad de la dictadura:

Señores -dijo Eduardo Belgrano, luego que se restableció el silencio-, no hay una sola palabra de las que ha pronunciado el señor Bello que no esté perfectamente en armonía con mis opiniones, y, sin embargo, yo he sido uno de los que han querido emigrar del país, y aun no sé todavía, si de un momento a otro renovaré mi resolución. Os revelo, pues, una contradicción entre mis opiniones y mi conducta, y en este caso, os debo una explicación que voy a dárosela [...].⁷⁹

Eduardo confiesa ante el grupo que Daniel ha reunido para conspirar contra Rosas que él ha deseado ser un exiliado, pero que, al mismo tiempo, cree en lo que dice su amigo, quien está completamente en contra del exilio, con la afirmación de sus contradicciones Eduardo se constituye un modelo de ciudadano más falible pero igual de escaso que Daniel, ya que sus titubeos conceptuales no significan una falta de cultura o de ilustración, sólo enseñan un espíritu romántico que nos hace pensar en un genio artístico que se deja llevar por el momento y por la improvisación, cosa que iba más acorde con la época caótica que se vivía.

Este personaje anhela el cambio de gobierno y la libertad, pero sabe que no es fácil que esto ocurra, e incluso, que está más cerca de lo imposible. El hecho de que Eduardo sea consciente de esto y al mismo tiempo quiera intentarlo hasta las últimas consecuencias le da, además de un carácter romántico, uno heroico, ya que, como apunta Rafael Argullol:

⁷⁹ *Ibidem.* P. 321.

“La comprensión de lo limitado de la condición humana deviene resignación o nihilismo si no está acompañada por la voluntad heroica de lo ilimitado”.⁸⁰

La contradicción de Eduardo se debe a que no cree que los argentinos realmente lleguen a asociarse, cree que son hombres individualistas que no estarían dispuestos a luchar juntos por un bien común, sabe que incluso los pocos que podrían considerarse verdaderos y útiles ciudadanos no están dispuestos a unirse por una idea en común, ya que, uno de los problemas que azotaba, no sólo a Argentina sino a toda América, era la falta de un consenso sobre el camino que debería seguirse. No obstante, esta falta de fe en sus compatriotas no impide que, inspirado por Daniel, intente convencerlos de lo que sería mejor para todos.

Para la antigüedad, “la tragedia se funda en lo inevitable, o tal vez, en alguna carencia humana que podría ser evitada —el conocimiento, la destreza, la firmeza moral, la habilidad para vivir, la ejecución de lo correcto en el momento propicio o lo que fuere—”,⁸¹ es decir, se entendía que la tragedia era inevitable como condición para ser considerada como tal. Por otro lado, en los siglos XVIII y XIX se consideraba que el hombre trágico sería “un hombre que se ha dedicado a un ideal, que ha dejado el mundo a un lado y que representa las cualidades más heroicas, más espléndidas, de mayor sacrificio de sí mismo que un ser humano pueda poseer”.⁸² Por estas razones, Eduardo es también un héroe trágico: entiende el poder del hombre así como sus limitaciones y ve al “hombre como unidad de poder y de impotencia”.⁸³

⁸⁰ Rafael Argullol. *El héroe y el único. El espíritu trágico del romanticismo*. Barcelona: Acantilado. 2008. P. 19.

⁸¹ Berlin. *Op. cit.* P. 31.

⁸² *Ibidem.* P.33.

⁸³ Argullol. *Op. cit.* P. 29.

Este hombre asiste a las reuniones convocadas por Daniel para acordar cómo sería el ataque a la dictadura y aunque no tiene la fe en los hombres que sí tiene el otro, honorablemente y lleno de valor apoya a sus amigos, sabiendo que el final no será el esperado:

La fisonomía de Daniel estaba radiante, sus ojos chispeaban, sus labios gruesos, y rosados habitualmente, estaban encendidos como el carmín. Las miradas de todos estaban fijas sobre él. Solamente Eduardo, pensamiento profundo y filosófico, y corazón altivo, franco y valiente, tenía apoyado el codo sobre la mesa y su frente reposaba en su mano.⁸⁴

Esta descripción confronta a los amigos: pinta a uno como un hombre extrovertido que muestra la excitación que le causa pensar en el mejoramiento de su patria; y al otro como un introvertido que reflexiona y se contiene aún en los momentos de emoción ante las promesas de un futuro mejor.

Conforme avanza la historia, seremos testigos de las transformaciones de los personajes, mientras que Eduardo se irá convenciendo de la posibilidad de un futuro mejor, conmovido por lo que presencia al convivir con los otros jóvenes que comparten ideas unitarias; Daniel avanzará hacia la convicción de que lo mejor en aquellos momentos era la lucha desde el exilio.

Durante ese discurso, Daniel habíase levantado poco a poco de su asiento, y, como arrebatados por la energía de sus palabras, todos los jóvenes habían hecho lo mismo. La última palabra se escapó de los labios del joven orador, y los brazos de Eduardo lo estrecharon contra su corazón.

-Mirad, señores -dijo Belgrano, paseando sus ojos por la reunión de sus amigos, y conservando su brazo izquierdo sobre el hombro derecho de Daniel-, mirad: *mi semblante está bañado de lágrimas*, y los ojos que las vierten habían con la niñez perdido su recuerdo. ¿Las adivináis? No. *La sensibilidad de todos vosotros está conmovida por las palabras de mi amigo, y la mía lo está por el porvenir de nuestra patria*. Yo creo en su regeneración, creo en su grandeza y su futura gloria; pero esa asociación que las ha de germinar en el Plata no será, no, la obra de nuestra generación, ni de nuestros hijos; y mis lágrimas nacen de *la terrible creencia que me domina de que no seré yo ni vosotros los que veamos levantarse en el Plata la brillante aurora de nuestra libertad civilizada, porque nos falta para ello naturaleza, hábitos y educación para formar esa asociación de hermanos* que sólo

⁸⁴ Mármol. *Op. cit.* P. 324.

la grandeza de la obra santa de nuestra independencia pudo inspirar en la generación de nuestros padres.⁸⁵

Mármol pinta aquí la conmoción provocada por el gran orador que es Daniel, quien les habla a sus amigos sobre los planes de organización centralista, el narrador muestra a todos los jóvenes dejando sus asientos impulsados por la emoción del discurso a permanecer de pie frente al hombre que admiran; Daniel mismo pierde el aliento por la profundidad de sus palabras y Eduardo estalla en lágrimas mientras lo abraza, toda esta escena siembra en el lector la emoción ante los planes futuros, pone esperanza en el ánimo afectado por la escena y entonces, llega el momento cumbre, Eduardo (al igual que el lector) se convence de que es posible que exista el cambio deseado por él y Daniel, adquiere fe en sus paisanos, pero lo hace con la consciencia de que será necesario el paso de varias generaciones para que ocurra y todavía así, sigue dispuesto a pelear por él.

Al entender lo inevitable de su derrota pero lo necesaria que es para que los del futuro tengan tierra donde construir la nación, el hombre llora y comparte sus sentires con los que lo escuchan hasta que Daniel le pide silencio: es necesario engañar un poco a los presentes con la promesa de que alcanzarán a ser ellos quienes formen la nueva nación para que el cambio comience y pueda heredarse a los que deban seguir realizándolo. Consideramos que esto no significa que Daniel y Eduardo abandonen sus planes y, de modo alguno, “superen” la dicotomía unitarios-federales de su época, creemos más bien que ellos creen que la mejor manera de aplanar el terreno y hacerlo fértil para el futuro es atacando el régimen federal y apelando por el control económico y político de Buenos Aires sobre las demás provincias de la actual Argentina.

⁸⁵ Mármol. *Op. cit.* Pp. 325-326. [Cursivas mías]

Los amigos, sin llegar a constituirse como contrarios en la narración, son dos tipos de hombre, que coinciden en lo fundamental para ser ciudadano de la nueva patria: la creencia en que la instrucción, la lucha por los ideales y la acción son las vías para cambiar el mundo y que, además, estos elementos no están disponibles para todas las personas, sino que una élite letrada, inserta en la cultura de las letras y las bellas artes debe ser quien convierta al pueblo en ciudad, pues la asociación de un pequeño grupo organizado adecuadamente, resultará en la hermandad de los hombres de una nación.

Daniel, al inicio de la historia tiene la esperanza de alcanzar la derrota de Rosas desde Buenos Aires, sin embargo, sus planes se van transformando al ser testigo de la desorganización y de la falta de unión entre los que deseaban lo mismo que él; y al avanzar los hechos, se convence de que lo mejor es la lucha desde el exilio, así se lo dice a sus amigos en otro conmovedor discurso:

Será siempre mentira la libertad; mentira la justicia; mentira la dignidad humana; y el progreso y la civilización, mentiras también, allí donde los hombres no ligen su pensamiento y su voluntad para hacerse todos solidarios del mal de cada uno, para congratularse todos del bien de cada uno, para vivir todos, en fin, en la libertad y en los derechos de cada uno [...] Gracias, amigos míos, honrosas excepciones de nuestra raquífica generación, que tiene de sus padres todos los defectos sin ninguna de las virtudes. Gracias otra vez. Ahora ya no hay patria para mañana, como la esperábamos. Pero es preciso que la haya para dentro de un año, de dos, de diez, ¡quién sabe! Es preciso que haya patria para nuestros hijos siquiera. Y para esto, tenemos desde hoy que comenzar bajo otro programa de trabajo incesante, fatigoso, de resultados lentos, pero que dará su fruto con el tiempo. El trabajo de la emigración [...] Las lágrimas corrían por el semblante de todos, pocos momentos antes tan llenos de esperanzas y sueños de libertad y triunfo, y un momento después sólo quedaba en aquel lugar de tan tristísimo desengaño el encargado de cerrar las puertas y guardar las armas.⁸⁶

Daniel invalida como mentiras los ideales de la emancipación y los del proyecto liberal: la libertad, la justicia, la dignidad humana, el progreso y la civilización, a condición de que los hombres sigan separados y sin asociarse; con esto se sigue construyendo en la novela el

⁸⁶ Mármol. *Op. cit.* Pp. 761- 763. [Cursivas más]

tipo de ciudadano que debería ejercer sus derechos en la futura nación argentina, y este tipo responde a los fundamentos de la formación de estados liberales, en donde: “primero está el individuo con sus intereses y necesidades, que toman la forma de derechos en virtud de una hipotética ley de naturaleza, y luego la sociedad”.⁸⁷

La imposibilidad de la victoria en el momento actual se debe a que los “hombres no ligan su pensamiento y su voluntad para hacerse todos solidarios del mal de cada uno”; la desunión, la falta de fraternidad provoca que la libertad, la justicia, la dignidad, el progreso y la civilización sean sueños irrealizables. Esta asociación era muy importante, además, porque para la realización del modelo liberal es necesario que haya un grupo de personas letradas que puedan llegar a acuerdos entre sí para poder ser representantes de una mayoría iletrada que no sabe autogobernarse, muestra de ello es que, en otras esferas liberales se pensaba que la democracia no debía recaer en el pueblo mayoritario, sino en los representantes que *los ciudadanos*, es decir, quienes tuvieran ciertas características económicas y sociales, eligieran:

Tanto los autores del *Federalista* como los constituyentes franceses estaban convencidos de que el único gobierno democrático apropiado para un pueblo de hombres fuese la democracia representativa, que es la forma de gobierno en la que el pueblo no toma las decisiones que le atañen, sino que elige a sus representantes que deben elegir por él; pero de ninguna manera pensaban que instituyendo una democracia representativa degenerase el principio del gobierno popular.⁸⁸

La transformación de Daniel comienza tras su viaje a Montevideo, donde se entrevista con los dirigentes de los grupos que anhelaban la caída de Rosas, en su travesía de regreso somos testigos de los pensamientos del joven:

“Sí; tengo fe; pero fe en tiempos muy lejanos de los nuestros. ¡Patria! ¡Patria! ¡La generación presente no tiene sino el nombre de sus padres!

⁸⁷ Norberto Bobbio. *Liberalismo y democracia*. Traducción de José F. Fernández Santillán. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. 1989. P. 16.

⁸⁸ *Ibidem*. P. 35.

¡Y tú, Florencia, ídolo amado de mi corazón; tú, ángel conciliador de mi alma con la vida, de mi corazón con los hombres, de mi destino con mi patria; tú, hebra de luz que me pones en la relación con Dios, extendida desde el cielo al lodo terrenal en que me ahogo; tú, tú eres el único ser de todos los que he visto sobre la tierra a quien quisiera volver a hallar en el cielo, para que nuestras almas volviesen de cuando en cuando, entre los rayos pálidos de la luna, a contemplar la tierra que fue testigo de nuestro amor, como es testigo de tanto desengaño, de tanta virtud mentida; de tanto crimen y miserias reales!"

La luna escondió en este momento su faz de nácar entre los velos de una parda nube, y Daniel inclinó su cabeza sobre el pecho, embriagado en el éxtasis de su espíritu, y cerró sus ojos, arrullado por las olas del poderoso Plata, soñolientas y perezosas bajo el tranquilo e iluminado pabellón del cielo.⁸⁹

Este monólogo refuerza la idea trágica y romántica que esbozamos arriba: la victoria sólo será vista por generaciones futuras y aparece el motor más grande que Daniel tiene para querer mejorar la situación de su nación: el amor por Florencia, quien es nombrada tras el largo discurrir de pensamiento de Daniel en el que se desencanta de sus charlas con los de Montevideo y entiende hacia donde lo llevará su hazaña.

Ella es lo que lo une tanto con el mundo terrenal como con el divino, ella lo que le permite conciliar su destino con su patria, su vida con su alma y su corazón con los hombres, es Florencia, en resumidas cuentas, la razón por la cual puede seguir luchando y por la que añora la felicidad, aunque sólo pueda vivirla en la muerte. La imagen de Daniel cerrando los ojos mientras el río lo arrulla le da fuerza a lo poético de la escena y también otorga profundidad a las palabras del joven, pues si con su discurso probó que su amor es sublime, con la comunión de sus ojos cerrados y lo soñoliento del río, esa sublimidad alcanza límites estéticos, es decir, el amor, además de mover a los hombres al quehacer político, embellece la relación entre la naturaleza y el hombre.

Así como su amor por Florencia lo mueve a construir un mundo mejor para vivir felices, es este mismo amor el que alimenta el miedo que irá consumiendo a nuestro héroe, sentimiento que fue consumiendo también al pueblo argentino durante el periodo rosista.

⁸⁹ Mármol. *Op. cit.* P. 408.

Vemos esto en el viaje a caballo que los amigos emprenden para hacer que Florencia y su madre emigren a Montevideo momentos antes del desenlace de la historia:

En una de estas idas y venidas, Daniel, al llegar a su amigo [Eduardo], acercando mucho su caballo, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

-¿Quieres que te haga una revelación que a cualquiera otro le daría rubor hacerla?

[...]

-Que tengo miedo.

-¡Miedo!

[...]

-¡Pues es un lindo modo de ser valiente! ¿Para cuándo quieres el valor sino para los peligros?

-Sí; *pero peligros para mí; pero no para Florencia, no para su madre. No es el miedo de perder mi vida. Es miedo de hacerla derramar una lágrima, de hacerla sufrir los tormentos horribles porque pasaría su corazón, si nos rodease de repente un conflicto.* Es miedo de que quedase sola, con su padre ausente, con su madre casi expirando, y sin mi apoyo en esta tormenta de crímenes que se cierne sobre nuestras cabezas. Es miedo por la desgracia de ser amado, que sólo sienten ciertos corazones, ciertos caracteres en la vida. ¿Me comprendes ahora?

-Sí, y lo peor es que me has inoculado ese miedo en que no había pensado, a fe mía: *miedo de morir, no por morir, sino por los que quedan vivos. ¿No es eso?*

-Sí, Eduardo; cuando uno tiene la conciencia de que es amado, cuando uno ama de veras, la vida se reparte, se encarna con otra vida, y al morir queda un pedazo de uno mismo en la tierra, y esto es lo que se siente.

-Pero, en fin, ya estamos cerca, Daniel; dentro de diez minutos estaremos allí. ¡Pobrecita [Amalia]! Tu Florencia siquiera viene con nosotros; pero ella, ella está sola desde ayer. ¡Ah, pensar que pasado mañana, mañana tal vez, puede cesar esta horrible vida que llevamos! ¡Prófugos, parias en nuestro propio país, en nuestra misma casa!... Mira, Daniel, creo que cuando respire el olor a la pólvora, cuando sienta el primer escuadrón de Lavalle, y salgamos los veinte que ya somos, con nuestros fusiles, creo, te digo, que voy a empezar a tirar tiros al aire por respirar pólvora, si ese canalla de Rosas no quiere que se los tiremos al pecho. ¿Crees que estén aquí pasado mañana?⁹⁰

Si en un primer momento, fue el amor el que los impulsó a buscar un espacio mejor, es el mismo sentimiento el que atormenta a los muchachos hacia el final de la historia; si el amor daba las fuerzas necesarias para tener esperanza y fe en la mejoría, es este mismo el que hacia el final destapa la derrota que ha estado latente durante largas páginas. Los personajes enamorados justifican su miedo a morir con el miedo de que sus amadas queden abandonadas en un mundo terrible, este mismo ardid hace que la muerte de los héroes al final de la historia resulte mucho más lamentable, pues en estas líneas se apela al convencimiento en el lector de que su muerte no es importante únicamente porque ellos

⁹⁰ *Ibidem.* Pp. 732-734. [Cursivas mías]

dejarán de existir, sino porque entonces, seres bellos y buenos como Amalia y Florencia quedarían perdidos en la dictadura rosista.

Mientras tanto, en *Clemencia*, los personajes principales masculinos sí constituyen opuestos, Fernando Valle es el héroe romántico con sentimientos sublimes que ama a la patria y Enrique Flores es un soldado garboso cuyo único móvil es la ambición: “—El patriotismo tiene sus móviles de diferente especie; para unos es cuestión de temperamento, para otros es la simple gloria, ese otro platonismo de los tontos. Para mí es la ambición. Yo quiero subir”.⁹¹ Recordemos que el nudo central de *Clemencia* es la traición: Flores comparte información del ejército mexicano con los enemigos franceses y Valle acepta que se le culpe de esto para hacer feliz a Clemencia, quien en un primer momento ama a Flores y luego a Valle.

En esta historia la apariencia física juega un papel importantísimo. En *Amalia* la correspondencia entre belleza física y calidad moral es inequívoca, es decir, los seres buenos son bellos, la belleza es la impronta externa a través de la cual, con un simple vistazo podemos saber que el comportamiento de una persona será bueno, es decir, será *civilizado* y *educado*; por el otro lado, los malos son feos y el movimiento apuntado es el mismo pero en dirección contraria: si alguien tiene una apariencia desagradable, su manera de actuar estará orientada hacia la maldad.

Es importante pensar que el prototipo de belleza y fealdad, tanto en *Amalia* como en *Clemencia* está muy bien definido y está completamente apegado a un canon estético que deja afuera a la masa en general. En nuestra opinión esta agua sirve para alimentar varios molinos: por un lado, es una manera de marginar a la mayoría popular, que, es de suponerse, tenía rasgos mestizos o nativos que no satisfacían completamente los estándares

⁹¹ Altamirano. *Op. cit.* P. 34.

de belleza occidentales, es una manera de *dejar de lado*, de afeer en el discurso escrito a ciertos grupos no favorecidos ni social ni económicamente; y por otro lado, es una manera de legitimar el poder de los grupos criollos y peninsulares que buscaban el control político de las regiones.

Es posible encontrar múltiples pruebas de estas ideas tanto en voz de los personajes, como del narrador:

Este joven, de veinte y cinco años de edad; de mediana estatura, pero perfectamente bien formado; de tez morena y habitualmente sonrosada; de cabello castaño, y ojos pardos; frente espaciosa, nariz aguileña; labios un poco gruesos, pero de un carmín reluciente que hacía resaltar la blancura de unos lindísimos dientes; este joven, de *una fisonomía en que estaba el sello elocuente de la inteligencia, como en sus ojos la expresión de la sensibilidad de su alma*, era el hijo único de Don Antonio Bello, rico hacendado del Sur [...].⁹²

Daniel es un hombre joven y encantador, a pesar de que en su descripción no abundan adjetivos que denoten su belleza, sí hay algunas marcas textuales que nos hacen pensar en lo agradable de su apariencia física: “*perfectamente bien formado*”, “labios [...] de un *carmin reluciente* que hacía resaltar la blancura de unos *lindísimos* dientes”. La concordancia entre pensamientos buenos y belleza física es obvia en la caracterización de cada uno de los personajes principales, el cuerpo revela el interior de las personas y es posible, mediante la observación atenta del exterior, conocer los pensamientos y sentimientos.

Otra muestra de lo mismo:

[Daniel y Amalia]

-Entonces, a los blancos por blancos, y a los negros por negros, es necesario que los despidas mañana en cuanto se levanten.

-¿Pero, lo crees tú?...

-Si no lo creo, dudo. Oye, Amalia: tus criados deben quererte mucho, porque eres buena, rica y generosa. Pero en el estado en que se encuentra nuestro pueblo, de un orden, de un grito, de un momento de mal humor se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. Se les ha abierto la puerta a las delaciones, y bajo la sola

⁹² Mármol. *Op. cit.* P. 104. [Cursivas mías]

autoridad de un miserable, la fortuna y la vida de una familia reciben el anatema de la Mashorca. Venecia, en tiempo del consejo de los Diez, se hubiese condolido de la situación actual de nuestro país. Sólo hay en la clase baja una excepción, y son los mulatos; los negros están ensoberbecidos, los blancos prostituidos, pero *los mulatos, por esa propensión que hay en cada raza mezclada a elevarse y dignificarse, son casi todos enemigos de Rosas, porque saben que los unitarios son la gente ilustrada y culta, a que siempre toman ellos por modelo.*⁹³

Parecería que estas líneas contradicen lo que sostenemos arriba: que la relación entre ética y estética (bello-bueno, feo-malo) era una forma de legitimar el poder de algunos grupos; sin embargo, no es así, detengámonos en el *rescate* de los mulatos que hace Daniel, ellos “saben que los unitarios son la gente ilustrada y culta, a que siempre toman ellos por modelo”, no son quienes deben autogobernarse, sino que más bien son quienes saben en manos de quién deben dejar el poder de las decisiones. El proyecto liberal que subyace a la obra de Mármol apunta hacia el modelo de democracia representativa, el cual, llevado a la práctica en Argentina, permitiría que los dignos representantes del pueblo fueran, evidentemente, los ilustrados y adinerados liberales (recordemos que el mismo Daniel, al igual que los demás personajes principales, tienen posiciones económicas bien acomodadas).

Encontramos en estas líneas, además, el reforzamiento de una idea que se ha esbozado arriba: los unitarios son personas letradas, aquí, Daniel los adjetiva como *gente ilustrada y culta*, y además, remarca que esta opinión está extendida no sólo entre los unitarios (que se consideran superiores –al menos intelectualmente– que el resto) sino también entre los mulatos, quienes por una inclinación natural en su raza, son enemigos de Rosas y saben quiénes son los *buenos*.

Habría que pensar las ventajas que esto significaba para el grupo social y cultural de José Mármol, tal vez esta concepción en *Amalia* tenga que ver con los conformantes del

⁹³ *Ibidem*. Pp. 91-92. [Cursivas mías]

grupo letrado de Buenos Aires que, en años cercanos a la publicación de la novela, luchaban por construir una nación cimentada en las buenas ideas de los estudiosos y no en las decisiones mal tomadas por un pueblo *raso e inculto*. Liliana Jiménez apunta que, aunque Mármol se hallaba no muy comprometido con el grupo *Asociación de Mayo*, debido a su exilio en Brasil, sí tenía afinidades con ellos, por ejemplo, con Esteban Echeverría.⁹⁴

Recordemos además los ataques personales que había recibido este grupo por el dictador:

Los primeros años de su régimen [de Rosas] se caracterizan por el destierro de los intelectuales argentinos más destacados de aquella época. Entre ellos se encuentran Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento, que se refugiaron en Montevideo y en Chile respectivamente.⁹⁵ José Mármol era estudiante de cuarto año en la facultad de Derecho de la universidad, cuando el 1° de abril de 1839 fue preso y conducido a la policía de Rosas. Pasó siete días en el calabozo con barra de grillos e incomunicado.⁹⁶

Estos ataques muestran que la lucha contra Rosas no era nada más en defensa del pueblo oprimido, sino también en defensa del grupo intelectual fuertemente atacado por el dictador.

Un ejemplo más de las ideas desarrolladas arriba sobre la correspondencia entre ética y estética está en voz del narrador:

El lacayo obedeció inmediatamente, y luego de presentarse en la puerta de la sala le dijo la joven:

-Llama a la puerta que da al segundo patio de esta casa, y di que pregunten a la señora doña María Josefa si puede recibir la visita de la señorita Florencia Dupasquier.

El tono imperativo de esta orden y ese *prestigio moral que ejercen siempre las personas de clase sobre la plebe*, cualquiera que sea la situación en que estén colocadas, cuando saben sostenerse a la altura de su condición, influyó instantáneamente en el ánimo de los seis personajes que, *por una ficción repugnante de los sucesos de la época, osaban creerse, con toda la clase a que pertenecían, que la sociedad había roto los diques en que se estrella el mar de sus clases oscuras, y amalgamándose la sociedad entera en una sola familia.*⁹⁷

⁹⁴ Jiménez. *Op. cit.* P. 48.

⁹⁵ Sonia Karsen. “Una interpretación del fondo histórico de *Amalia*”. en *Actas X de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Centro Virtual Cervantes. 1989. P. 746.

⁹⁶ *Ibidem*. P. 746, nota 3.

⁹⁷ Mármol. *Op. cit.* P. 179. [Cursivas mías]

La dominación de Florencia y el trato servicial que *deben* ofrecerle los que nos son de su clase se justifica en estas líneas como un acto natural basado en el prestigio moral, ya que “la altura de su condición” así se los manda. Más adelante hay una crítica a la creencia en la igualdad entre los hombres sin importar la clase a la que pertenecieran que, según el mismo narrador, era “una ficción repugnante de los sucesos de la época”. ¡Sorprende leer en una novela liberal una crítica a una igualdad que no atiende a las clases (de ningún tipo)!, el lector actual pensaría que quien defiende la igualdad la defiende hasta sus últimas consecuencias... sin embargo, no es así, en *Amalia* la clase se entiende como una característica intrínseca a la naturaleza de los hombres reflejada en el físico y en el origen genético de las personas, esto se puede ver fácilmente en la metáfora del imposible *amalgamiento* de toda la sociedad en una familia. Son alarmantes los tintes racistas que adquiere la novela cuando esta correspondencia ética-estética llega a sus últimas consecuencias. Cabe señalar que esta correspondencia tiene claro sello romántico:

La realidad es concebida, según un arquetipo también caro al Romanticismo, como un árbol en el que todas las cosas confluyen a través de las ramas, formando una solidaridad orgánica que es, al mismo tiempo, unidad estética [...] De ahí que Shaftesbury herede y legue la creencia neoplatónica florentina de la prioridad de la conciencia estética con una identificación entre Belleza y Bien que abrirá paso a la radical expresión keatsiana de que *Beauty is truth, truth beauty, that is all/ Ye know on earth, and all ye need to know* [La belleza es Verdad, la Verdad, Belleza, esto es todo/ lo que sabemos en la tierra, y todo lo que necesitamos saber].⁹⁸

La descripción de Rosas llama la atención por el contraste que hace con la de Daniel y Eduardo. El narrador dice que el conjunto de Rosas era *más bien agradable pero chocante a la vista*, lo cual pesa aún más que si sólo dijera que era desagradable, ya que podemos entender entonces que la falta de gracia no era plenamente natural en el dictador, sino que algo tal vez en su expresión causaba desagrado al espectador. En opinión de Liliana

⁹⁸ Argullol. *Op. cit.* P. 39.

Jiménez, este artificio de no negar su belleza pero describir su impacto desagradable en las personas se debe a que el general Rosas era innegablemente atractivo.⁹⁹ El sombrero que tapa a momentos el rostro del dictador vuelve su fisionomía oscura y misteriosa, incluso atemorizante. Por último, dos de los hombres que lo acompañan, *excesivamente pálidos y ojerosos*, dan la impresión de un aire enfermo y poco salubre:

El primero era un hombre grueso, como de cuarenta y ocho años de edad, *sus mejillas carnudas y rosadas, labios contraídos, frente alta pero angosta, ojos pequeños y encapotados por el párpado superior, y de un conjunto, sin embargo, más bien agradable pero chocante a la vista*. Este hombre estaba vestido con un calzón de paño negro, muy ancho, una chapona color pasa, una corbata negra con una sola vuelta al cuello, y *un sombrero de paja cuyas anchas alas le cubrirían el rostro, a no estar en aquel momento enroscada hacia arriba la parte que daba sobre su frente*.¹⁰⁰

El narrador dice que en esos años, el federalismo se podía medir por la apariencia de las personas; en la novela, tanto la vestimenta, como el físico, jugaban un papel importante para conocer las ideas de la gente y, por tanto, para decidir de un solo vistazo quiénes podrían ser ciudadanos y tener derechos políticos (por ejemplo de elección de representantes o de postulaciones para ser representante).

En *Clemencia* esta concepción romántica se rompe en favor de una defensa de lo propio, en una crítica al liberalismo que, de alguna manera, traicionó sus propios ideales en aras del beneficio cercano y común de sus integrantes.

El narrador Doctor dibuja a los personajes de manera que un lector acostumbrado a los esquemas éticos-estéticos presentes en *Amalia* crea que el héroe de *Clemencia* es Enrique Flores, sin embargo, conforme avanza la lectura se dará cuenta de que el verdadero héroe es Fernando; con esto Altamirano subraya y pone en evidencia los presupuestos racistas presentes en *Amalia* y que eran parte del imaginario colectivo de la época.

⁹⁹ Jiménez. *Op. cit.* P. 86.

¹⁰⁰ Mármol. *Op. cit.* Pp. 119-120. [Cursivas mías]

“Me he detenido en la descripción del carácter del primero de mis personajes, porque tengo en ello mi idea: deseo que ustedes le conozcan perfectamente y comprendan de antemano la razón de varios sucesos que tengo que narrar [...]”,¹⁰¹ la descripción de Enrique Flores, cuyo nombre sabemos porque es el título del apartado que lo introduce, está dispuesta en varios niveles, por ejemplo el de su procedencia: “Mandaba uno de los escuadrones otro oficial, el comandante Enrique Flores, joven perteneciente a una familia de magnífica posición [...]”,¹⁰² estos datos van construyendo desde su origen a Enrique como alguien de confianza y que, desde antes de nacer, pertenecía a un círculo bueno de la sociedad, tanto en términos materiales, como en, puede suponerse dado que la *buena posición* suele referirse a ambos aspectos, términos morales.

Después, el narrador Doctor habla de la personalidad de Flores aumentando las expectativas de que él será el héroe de la historia:

[...] gallardo, buen mozo, de maneras distinguidas, y que a las prendas *de que acabo de hablar* agregaba una *no menos valiosa*, la de ser absolutamente simpático. Era de esos hombres cuyos ojos parecen ejercer desde luego en la persona en quien se fijan un dominio irresistible y *grato*.¹⁰³

Hay en estas líneas una intención marcada del narrador Doctor por convencer al lector de apropiarse de su punto de vista.¹⁰⁴ Además, la idea de que Enrique Flores es un personaje que produce placer, que es amado y apreciado por quienes le rodean tiene como fin convencer al lector de la información y de lograr que comparta la opinión general sobre el Comandante, quien, además se supone patriota, liberal y buen ciudadano puesto que ocupaba, tal y como lo indica su título, un importante cargo en el ejército que peleaba en la defensa de México frente a la invasión francesa.

¹⁰¹ Altamirano. *Op. cit.* Pp. 8-9.

¹⁰² *Ibidem.* P. 7.

¹⁰³ *Idem.* [Cursivas mías]

¹⁰⁴ Véase la nota 73 de este trabajo.

En el fragmento citado queda Flores como ejemplo de cierto *tipo de hombre* seductor y dominante. También la percepción que los demás tienen de él apunta hacia las cosas, presuponemos buenas, que podríamos esperar de alguien así: “Además, y esto es de suponerse, Flores era peligroso para las mujeres, era irresistible y *mil relatos de aventuras galantes* y que revelaban su increíble fortuna en asuntos de amor *circulaban de boca en boca*”.¹⁰⁵ A pesar de que no se especifica en qué consiste ese peligro que representa Flores para las mujeres, el lector, basado en las opiniones anteriores, podría considerar que es una especie de peligro lúdico de ser seducida, el narrador Doctor parece querer apuntar a una picardía que nos invita a la complicidad con el Comandante, al cual perdonamos de antemano sus deslices amorosos por la aparente candidez que le podemos atribuir dados su hermosura y su atractivo naturales.

Finalmente, llegamos al aspecto físico de Enrique: “No: y debo confesar a ustedes que Flores era seductor, su fisionomía era *tan varonil como bella*; tenía grandes ojos azules, grandes bigotes rubios, era hercúleo, bien formado, y tenía *fama de valiente*”.¹⁰⁶ Toda la atracción que ejerce Flores en su entorno tiene consonancia en su físico agradable que se corresponde con su carácter: “Gastador, garboso, alegre, burlón, altivo y aun algo vanidoso, tenía justamente todas las cualidades y todos los defectos que aman las mujeres y que son eficaces para cautivarlas”;¹⁰⁷ estas declaraciones no van introducidas por ningún indicador que marque la presencia de una subjetividad narrativa, hecho que aumenta la verosimilitud de las descripciones.

Por otro lado, Fernando es construido a partir de Enrique, la comparación entre ellos es la base primera para la fabricación del nuevo personaje: “Era justamente lo contrario de

¹⁰⁵ *Idem.*

¹⁰⁶ *Idem.*

¹⁰⁷ *Idem.*

Flores, el reverso del simpático y amable carácter que acabo de pintar a largas pinceladas”.¹⁰⁸

Tras sugerir el punto de partida para conocer a Valle, el narrador Doctor habla de su físico:

Valle era un muchacho de veinticinco años como Flores, pero de cuerpo raquítico y endeble; moreno, pero tampoco de ese moreno agradable de los españoles, ni de ese moreno oscuro de los mestizos, sino *de ese color pálido y enfermizo que revela o una enfermedad crónica o costumbres desordenadas*.

Tenía los ojos pardos y regulares, nariz poco aguileña, bigote pequeño y negro, cabellos lacios, oscuros y cortos, manos flacas y trémulas. Su boca regular tenía a veces un pliegue que daba a su semblante un aire de altivez desdenosa que ofendía, que hacía mal.¹⁰⁹

El desdén que el narrador Doctor demuestra por el físico de Valle se basa en que la causa de su fealdad es oscura y tiene relación con una enfermedad o con malos hábitos, el narrador Doctor se muestra desconfiado respecto a este personaje desde el primer acercamiento y, al mismo, tiempo juega con los presupuestos que un lector del género debía hacer. En nuestra propia lectura pensamos que podemos adivinar desde los primeros momentos las malas acciones que Fernando realizará en la historia, toda su caracterización es la de un villano, veamos un ejemplo más de esto, la piel del joven era: “de ese color pálido y enfermizo que revela o una enfermedad crónica o costumbres desordenadas”. A través de su apariencia creemos saber su *forma de ser*, pues el narrador Doctor hace inferencias morales a partir de muestras físicas.

Taciturno, siempre sumido en profundas cavilaciones, distraído, metódico, sumiso con sus superiores, aunque traicionaba su aparente humildad el pliegue altanero de sus labios, severo y riguroso con sus inferiores, económico, laborioso, reservado, frío, este joven tenía aspecto repugnante y, en efecto, era antipático para todo el mundo.¹¹⁰

¹⁰⁸ *Ibidem*. P. 9.

¹⁰⁹ *Idem*. [Cursivas mías]

¹¹⁰ *Idem*.

La enunciación de estas características se contradice, puesto que la mayoría de cualidades son, en efecto, virtudes: “sumiso con sus superiores”, “severo y riguroso con sus inferiores, económico, laborioso, reservado”; no obstante, la afirmación final parece anularlas: hay algo en su timidez y en su carácter taciturno que provoca la desconfianza y el desagrado, pongamos atención en lo sutil que es la repugnancia de Flores, un pliegue de labios es suficiente para considerarlo altanero y por lo tanto, antipático. Además de la opinión del narrador Doctor que, prontamente, se vuelve la del lector, se nos presenta la de sus compañeros del ejército para corroborar que todos quedemos de acuerdo en lo maligno que es el soldado:

–Evidentemente, este muchacho escondía un proyecto siniestro, [...]. *No era, pues, un patriota, sino un ambicioso, un malvado encubierto.*
Esto se decían los oficiales en voz alta, esto se decía el coronel, esto se decía el mismo Flores, [...].¹¹¹

En la elaboración de Valle a partir de lo que los demás dicen de él hay un énfasis en citar diálogos que el narrador Doctor no había mostrado al construir a Flores, pareciera que, cuando a Flores se le conoce con verle, a Valle no se le llega a conocer por completo y queda en el lector cierto sentimiento de que hay algo oculto, una parte que la gente no se explica: el rechazo hacia el muchacho es como una coraza que lo protege de ser realmente descubierto.

Por otro lado, aparece aquí explícitamente, en voz de otro personaje, una pista falsa sobre el desenlace de la historia: “No era, pues, un patriota, sino un ambicioso, un malvado encubierto”, con estas bases podríamos hablar de un narrador Doctor juguetón que está mostrando una descripción de Fernando que refiere a la *forma de ser* de Enrique, pues al

¹¹¹ *Ibidem*. P. 10. [Cursivas más]

final cada una de estas opiniones le quedan perfectamente a este personaje. Con las líneas siguientes se refuerza la expectativa de las malas acciones:

Francamente, hasta nosotros los médicos, hombres de caridad y que no consultamos nuestras simpatías para ser útiles a los que sufren, hasta nosotros, digo, repugnábamos acercarnos a él, porque sentíamos una invencible antipatía [...]
–Realmente hay algo de misterioso en la fuerza de espíritu de este muchacho –nos dijimos–.
–¿Será un héroe futuro?
–¡Bah! *Tiene más aspecto de traidor que de héroe; él medita algo, no hay duda –se me contestó.*¹¹²

Finalmente es Flores el traidor y Valle el héroe, si bien no en lo público, sí en lo privado. La novela termina con el fusilamiento de Fernando, quien momentos antes “con la mirada serena y con una ligera y triste sonrisa elevando los ojos al cielo, esperaba la muerte”¹¹³ y con Enrique glorioso al entrar a la ciudad de México: “Llegaba frente a nosotros un cuerpo de caballería, y a su frente venía un gallardo coronel que caracoleaba en su soberbio caballo, y veía con ese aire de don Juan que acostumbraban usar los militares buenos mozos. Era Enrique Flores [...]”¹¹⁴

Veamos ahora cómo es que el amor de Valle por Clemencia provoca que el descubrimiento de la verdad sólo lo haga una minoría conformada por el lector y algunos cuantos personajes, lo cual tiene fines estéticos a la vez que políticos, debido a que le suma fuerza a la novela pues, poseedores de un valioso pedazo de verdad, al terminar la lectura, además del arrepentimiento por dudar del soldado bueno y de ser cómplices de los que le hicieron mal no sólo a él, sino a México, nos queda un ansia de justicia.

Si en *Amalia*, el amor de Eduardo y de Daniel por Amalia y Florencia es la fuerza que los lleva a luchar por la libertad, en *Clemencia* será la causa de que Valle no reciba los

¹¹² *Ibidem*. P. 11. [Cursivas más]

¹¹³ *Ibidem*. P. 126.

¹¹⁴ *Ibidem*. P. 127.

honores que merecía y de que no pueda seguir luchando por México, como a él le hubiera gustado; a pesar de esto, el amor se mantiene como un sentimiento bello y sublime pues es lo que permite que Fernando sea coherente consigo mismo hasta el final.

Veamos lo primero:

Pero en este sentido Daniel era feliz. Él, el más devorado por el deseo de la libertad de su patria, el más dolorido por sus desgracias, el más activo por su revolución, podía, sin embargo, a los veinticinco años de su vida, respirar paz y felicidad en el aliento de su amada y ver a su lado esa luz divina, *recuerdo o revelación del paraíso*, que se derrama en la mirada tierna y amorosa de ese ángel de purificación y de armonía que se encarna en la mujer amada de nuestro corazón.

Así Daniel entró contento a su casa; pues pronto debía salir de ella para volar al lado de su Florencia.¹¹⁵

En este pasaje se reitera que el amor de Daniel por Florencia lo hace resistir las vicisitudes de su época y mantiene su felicidad a pesar de las desgracias que lo rodean. El amor es un acercamiento a lo divino, un sentimiento puro, armónico y bello que da fortaleza y resistencia a los hombres, es un “recuerdo o revelación del paraíso”, de un lugar mejor que puede estar aquí en la tierra, esperando a ser descubierto a través del amor, por eso, una vez que Daniel lo ha hecho, una vez que ha reconocido la posibilidad del paraíso en la tierra, debe pelear por conseguirlo. Consideramos que ésta es la justificación *humana*, individual, de la lucha política representada por Bello.

Hay varias trincheras desde las que se puede luchar: en lo privado se prepara el terreno para soportar lo público; en el interior están las herramientas para enfrentar el exterior e intentar cambiarlo. Así lo vive también Eduardo:

-Lo creo, y creo más: creo que antes de un año habrá cuatro personas verdaderamente felices en Buenos Aires: Amalia y tú, Florencia y yo.

-Sí, Daniel, *yo la amo*. Tú conoces mi vida, sabes esa existencia árida en que ha vegetado mi corazón; este corazón tan rebelde a las vulgaridades de la vida; este corazón que parecía guardar toda su savia, toda la virginidad de sus afectos, *para alguna mujer privilegiada que yo creía que existía solamente en los sueños de mi imaginación; este corazón la ha hallado y la ama*, Daniel, con el entusiasmo que se

¹¹⁵ Mármol. *Op. cit.* P. 273. [Cursivas mías]

ama la gloria, con la sensibilidad que se ama a una hermana, con la adoración que se ama a Dios. *Mi naturaleza abatida, amortiguada por el desencanto de mi época, ha revivido en todo el esplendor de mi juventud, y mi vida parece extenderse en el celeste espacio de la felicidad.* Mi sueño es poseerla; vivir a su lado, cubrirla con mis manos para que la luz del día no marchite la delicada flor de su hermosura; descubrir en el cristal de sus ojos los deseos recónditos de su alma para complacerla. Como mortal, yo llegaré por ella hasta el límite donde no hay más allá para la inteligencia humana, y buscaré gloria y nombre para que se abrillante su destino en el mundo; y si fuera un Dios, yo escogería el más radiante de mis astros y le diría: Amalia, reina aquí...

[...]

-Sí, Eduardo, y más que ésa todavía, oye: *dentro de poco tendremos libertad, y con ella un campo inmenso a los trabajos de la inteligencia. La felicidad la buscaremos en nuestra familia, la gloria la buscaremos en la patria.* Viviremos juntos. Haremos en Barracas una magnífica casa, en una parte de ella vivirás tú y Amalia; en la otra mi Florencia y yo; y cuando necesitemos extraños ojos para que admiren nuestra felicidad, los buscaremos recíprocamente entre nosotros cuatro.

-¡Perfecto, perfecto plan, Daniel! Nosotros mismos educaremos nuestros hijos ¿no es verdad? *Y olvidaremos esos días pálidos de nuestra juventud; esa época terrible en que hemos vivido con el puñal al pecho, viendo deshojarse las mejores ramas de la existencia de la patria y...*¹¹⁶

El amor entre Eduardo y Amalia está completamente confirmado y se constituye como una forma de amor más sublime que el amor común. Eduardo se siente salvado de un mundo terrible por el amor de Amalia y, al igual que Daniel, considera a su amada un ser divino que llegó a su vida para enseñarle que puede haber cosas bellas incluso en el caos aterrador que los muchachos viven por la dictadura; con el hallazgo de estas divinidades terrenales, el ansia por el bienestar patrio se vuelve una necesidad y una condición para alcanzar el máximo esplendor del amor. Ese sentimiento es otra manera de legitimar sus afanes políticos, su idea de ciudadanía e incluso su racismo.

Estos hombres aman y no se conforman con ello, sino que están dispuestos a luchar por el cambio que ellos estiman necesario para el mejoramiento de su situación. El amor que sienten es una de las razones principales para querer crear un espacio mejor donde vivir con sus amadas. Eduardo habla de que Amalia es una idealización encarnada cuyo amor lo ha sanado del desencanto de su época, que lo afecto íntimamente, quitándole fuerza a su

¹¹⁶ *Ibidem.* Pp. 332-333. [Cursivas mías]

vida. Daniel dice que, teniendo libertad, la inteligencia tiene espacio abierto para trabajar. Al decir que: “La felicidad la buscaremos en nuestra familia, la gloria la buscaremos en la patria” encontramos la felicidad como algo íntimo que ocurre en un contexto privado, cerrado entre familiares, y la gloria como un sentimiento que necesita, forzosamente el reconocimiento exterior y la fama pública; el amor es el gozne entre la felicidad y la gloria.

En *Clemencia*, el amor de Fernando, desde el principio se anuncia con un sentimiento terrible:

Valle sintió, al encontrarse con la mirada de Clemencia, que se le oprimía el corazón. Evidentemente en los ojos negros y lánguidos de aquella hermosura terrible había algo más que el brillo de la languidez. Había un agujero, *quien sabe si feliz o desgraciado*; y sea que tengamos todos una sibila en el alma que nos hace presentir la influencia que ejercerá en nuestro destino la persona a quien vemos por primera vez, o sea que Valle, poco acostumbrado a acercarse a las mujeres bellas, se encontrase turbado y confuso, el hecho es que se estremeció visiblemente y que tuvo una sensación *de miedo y de dolor*.¹¹⁷

La hermosura de Clemencia se anuncia como un mal presagio. Aunque el narrador Doctor duda de las causas de ese “miedo y dolor” que siente Valle, lo terrible se vuelve una certeza conforme la historia va siguiendo su curso. El amor se configura en esta novela como un sentimiento mucho más complicado que en *Amalia*, puesto que no es el símbolo de la felicidad y la gloria terrenales, sino del peligro de ser herido, la hermosura de Clemencia es terrible porque inmoviliza, porque oprime y domina. Aquí empieza la ruptura de las correspondencias entre belleza y bondad; que llegarán a tal punto que quedarán no sólo invertidas, sino invalidadas. El enamoramiento entre Clemencia y Fernando tiene que ocurrir para poder llevar este movimiento a sus últimas consecuencias, pero al principio de la historia no parece que sucederá así, lo cual es congruente con los demás juegos que hace el narrador Doctor con las expectativas de los lectores.

¹¹⁷ Altamirano. *Op. cit.* P. 24. [Cursivas mías]

En un primer momento, podría pensarse que Isabel y Fernando comparten ideas sobre el amor y, por tanto, acabarán juntos; y que Clemencia y Enrique están en la misma situación. Sin embargo, Enrique intenta seducir a Isabel y Clemencia a Fernando: ambos seductores son movidos por sentimientos impuros, él por ambición: “el amor no debe ser más que el embellecimiento del camino de la ambición”¹¹⁸ y ella por curiosidad, por el despecho de que Isabel le guste a Enrique y por el placer de seducir a alguien indefenso: “por un juego de coqueta que le había parecido insignificante respecto de Fernando, aunque había tenido por objeto vencer la indiferencia de Enrique, había demostrado demasiado cariño al primero [...]”.¹¹⁹

Por otro lado, Fernando considera al amor la causa suprema de la existencia, sabe que este sentimiento es superior a hombres y mujeres y puede ser sentido por algo más lejano y difuso como la patria, podemos afirmar entonces que estamos frente a un héroe romántico “ya que una vez que adquirimos la noción de que existe algo más amplio fuera de nosotros, algo inasible, algo inalcanzable, o bien sentimos amor por ello, tal como lo proponía Fichte, o sentimos temor”.¹²⁰ Fernando ama desde antes de conocer a Clemencia pero encuentra en ella el objeto máximo de su expresión, en las líneas siguientes somos testigos de sus sentimientos previos al enamoramiento de la mujer:

—Me espanta usted... Yo creía que el amor era uno de los grandes objetos de la existencia; yo creía que la mujer amada era el apoyo poderoso para el viaje de la vida; yo creía que sus ojos comunicaban luz al alma, que su sonrisa endulzaba el trabajo, que el fuego de su corazón era una savia vivificante que impedía desfallecer. —¡Poesía! ¡Poesía! Deje usted de creer en eso, y mire usted, que le estoy hablando como no le hablaría a nadie, porque es peligroso revelar las opiniones íntimas de uno, como le es peligroso a un espadachín descubrir el cuerpo a los ojos de un contrario hábil. Esto le probaré a usted que le quiero.

¹¹⁸ *Ibidem*. P. 33.

¹¹⁹ *Ibidem*. P. 107.

¹²⁰ Berlin. *Op. cit.* P. 146.

–Pero dígame usted, Flores, con semejantes ideas, cuyo origen me es desconocido ya ¿cómo es que sirve usted en el ejército, y en un tiempo como éste, en el que la República anda de capa caída?¹²¹

Con estas palabras se ilustra lo que comenzamos a desarrollar arriba, para Valle el amor de una mujer es el apoyo que un hombre necesita para salvar a su patria del enemigo, no la justificación de la lucha ni la legitimación de sus posturas, sino una ayuda necesaria para “endulzar el trabajo”, para embellecer la vida y aumentar la felicidad. Notamos que aquí *Clemencia* se aleja de la idea de amor que revisamos en *Amalia*, para Fernando el amor no es el fin de la construcción de un lugar donde puedan existir la felicidad y la gloria, es algo anterior, un motivo, algo más imprescindible para la existencia misma, por eso este sentimiento justifica la pelea contra la invasión en un plano nacionalista, de amor no a la amada, sino a la patria.

Por otro lado, para Enrique el amor es sólo un adorno de la ambición por una gloria pública y vacía sostenida en el reconocimiento de las apariencias, Flores está en el ejército para ser superior en un sentido banal y superficial:

–El patriotismo tiene sus móviles de diferente especie, para unos es cuestión de temperamento, para otros es la simple gloria, ese otro platonismo de los tontos. Para mí es la ambición. Yo quiero subir.

–¿Y todo para hundirse después en los goces?

–Es claro; en todos los goces, del orgullo, del poder, de la riqueza, del amor, de la gloria. Todos juntos se saborean cuando está uno colocado muy arriba de sus semejantes. Sin lograr esto, se tendrá uno de ellos o dos, pero no todos, y mi ambición los busca todos.¹²²

Fernando, quien amaba a su patria por sobre todas las cosas (“el austero joven no vacilaba un momento en preferir la patria a su amor y en consagrarse todo entero a la defensa de su país”¹²³) se sacrifica para no traicionar sus sentimientos por esta ni por Clemencia: es esta

¹²¹ Altamirano. *Op. cit.* P. 33.

¹²² *Ibidem.* Pp. 33-34.

¹²³ *Ibidem.* P. 65.

calidad moral la que lo lleva a urdir el plan final para ser inculpado del castigo que se había granjeado Enrique tras la traición a la patria que consistió en darle información al ejército francés para facilitarle la invasión. Fernando sostiene su lealtad hasta el final:

–Pero en fin –concluyó Fernando– yo le acusé; y la causa indirecta de su condenación soy yo. Tengo remordimientos por esto, y la muerte de usted emponzoñaría con su recuerdo mi vida entera. Quiero ahorrarme esta pena y, además, hay una mujer que moriría si lo fusilasen a usted. Quiero que viva y que sea feliz; ella lo ama y a su amor deberá usted su salvación. He aquí lo que vengo a proponerle. Usted se vestirá en este momento con mi uniforme, se ceñirá mi espada y mis pistolas; he dicho que voy a salir a ver al general, con el objeto de que nadie extrañe verle a usted atravesar la puerta. Se echará usted el capuchón sobre la cabeza, y nadie podrá reconocerle. Se dirigirá usted a la casa de Clemencia [...].¹²⁴

Nuestro héroe elige el suicidio para salvar a Enrique y, con esto, a Clemencia, aceptando así su destino trágico que se había venido anunciando en la obra desde el primer cruce de miradas con Clemencia, quien en una ocasión dijo a Isabel: “[...] yo no sé precisamente lo que quiero, no acierto a expresarte mi pensamiento, se me figura que un proscrito, perseguido por todo el mundo, un mártir, un hombre que subiera al cadalso por su fe y por su causa, abandonado de todos, hasta del cielo... ese sería el hombre a quien yo amase [...]”.¹²⁵

Fernando es un héroe romántico porque acepta su destino, en pocos momentos cree que la fortuna le sonreirá, pero la mayoría del tiempo sabe que su final será terrible y lo acepta con tal de seguir fiel a sus ideales.

La infortuna de Fernando es ser liberal en una familia de conservadores, ser leal y amar a la patria en un ejército de traidores, enamorarse con el corazón puro de una mujer que no se da cuenta de quién es él hasta que ya es demasiado tarde. La misión de Valle, su deseo, era proteger al país de una invasión extranjera, que destrozaba sus valores más

¹²⁴ *Ibidem*. P. 113.

¹²⁵ *Ibidem*. P. 69.

arraigados: el honor, la nobleza de corazón y la lealtad; Fernando busca la libertad de su espíritu para vivir en un mundo donde él fuera aceptado y querido, pero al final descubre que esto es imposible. La propuesta política es amor y lealtad.

¿Qué está diciendo Altamirano, quien se identifica con Flores tanto en el físico como en los ideales? Que México abrazaba en su seno al extranjero por ambición, que no había lugar en el país para hombres fieles y capaces de entregar su vida por amor a la patria, por amor a la independencia y a la autonomía. La descripción de lo que sería un buen liberal está dada con el ejemplo de Fernando, hombre leal, amoroso, honorable y valiente, que es marginado por el resto de los personajes y, por supuesto, por el lector, esos son, entonces, los malos ciudadanos, los que son capaces de venderse al enemigo extranjero con tal de conseguir reconocimientos superfluos. Altamirano critica a sus colegas liberales poniendo en el seno del ejército liberal y en el de una familia con las mismas afinidades políticas a los que, basados en las apariencias, desdeñan a los verdaderos liberales, los marginan y los destruyen.

En *Amalia*, la lucha de Daniel y Eduardo es por la creación de un gobierno nacido en las mentes preclaras de la élite letrada y no en el corazón de un pueblo inculto; el enemigo de sus anhelos era Rosas y su régimen popular; la pelea principal es contra el gaucho que llegó al poder, contra la masa que busca autogobernarse y que se desarrolla de maneras aberrantes ante los protagonistas. El narrador acusa al miedo en que estaba basado el régimen como el principal vicio a vencer, sin embargo, considero que en un segundo plano, el descontento es hacia lo salvaje de la masa, contrapuesta a lo sublime de la civilización. La propuesta política unitaria es llamada asociación:

[Habla Eduardo] Un partido no es poderoso por el número de sus hombres, sino por la asociación que lo compacta. Un millón de hombres individualizados no vale más,

señores, que dos o tres hombres asociados por las ideas, por la voluntad y por el brazo.

Estúdiense como se quiera la filosofía de la dictadura de Rosas, y se averiguará que la causa de ella está en la individualización de los ciudadanos. Rosas no es dictador de un pueblo; esto es demasiado vulgar para que tenga cabida en hombres como nosotros: *Rosas tiraniza a cada familia en su casa, a cada individuo en su aposento; y para tal prodigio no necesita por cierto, sino un par de docenas de asesinos.*

Sociedades pequeñas, sin clases, sin jerarquías; sin prestigio en ellas la virtud, la ciencia y el patriotismo; ignorantes a la vez que vanas, susceptibles a la vez que celosas, *las sociedades americanas no tienen entre sí y para sí mismas otros principios de asociación, que el catolicismo y la independencia política.*

Sin comprender todavía las ventajas de la asociación en ningún género, en los partidos políticos es en los que ella existe menos.

Un espíritu de indolencia orgánica de raza viene a complementar la obra de nuestra desorganización moral, y los hombres nos juntamos, nos hablamos, nos convenimos hoy, y mañana nos separamos, nos hacemos traición, o cuando menos, nos olvidamos de volver a juntarnos.

Sin asociación, sin espíritu de ella, sin esperanza de poder organizar improvisadamente *esa palanca del poder y del progreso europeo que se llama asociación* ¿con qué contar para la obra que nos proponemos? [...].¹²⁶

Eduardo opina que el poder de Rosas se debe a que este ha sabido atormentar al pueblo desde las células más pequeñas de la sociedad, es decir, desde la familia o desde lo individual; y que las sociedades americanas son desorganizadas, ignorantes, susceptibles y celosas, cuyos únicos principios de asociación son la religión y la independencia política. Creo que está aquí una referencia que lo excluye a él y a sus amigos, es decir, a la clase letrada, al menos él y Daniel quieren una organización distinta y que el poder de decidir qué ocurrirá con la mayoría esté en sus manos, ya que ellos tienen mejores parámetros y conocimientos para decidir qué es lo más benéfico para el pueblo, según consideran ellos mismos. Pareciera entonces que esa asociación, es una unión de las voluntades de cada individuo que deberán quedar en las manos de unos pocos, que debido a su instrucción y a su *naturaleza* sabrán qué es lo mejor para la mayoría, creemos que esta asociación apela a un concepto más oligárquico que democrático, cosa no poco frecuente entre los proyectos liberales de la época.

¹²⁶ Mármol. *Op. cit.* Pp. 321-322. [Cursivas más]

Eduardo recalca en un pasaje que la insensibilidad propia de la raza se complementa con la desorganización moral. Dicho en otras palabras, ya si la naturaleza no le ayudó, la consciencia y la instrucción tampoco han hecho efecto en el pueblo argentino. Eduardo cree que la asociación es el *motor del poder y del progreso europeo*.

Creo que *Clemencia*, leída desde *Amalia* es una reclamación de lo propio, un llamado al amor de la patria; y *Amalia* leída desde *Clemencia* es la muestra de un proyecto liberal que estaba dispuesto a aceptar la intervención extranjera, que la fomentaba a niveles íntimos (como la moda o la decoración de las casas), a niveles ideológicos, y que incluso la solicitaba a niveles económicos y políticos:

Daniel, decíamos, *era el hombre más puro de aquella reunión, y el hombre más europeo que había en ella*. Pero él quería buscar en esas gotas de sangre la ocasión de que la *Francia, la Europa entera, descargase un golpe mortal sobre la frente del poderoso bandido de la Federación*, para contener de este modo el río de lágrimas y sangre que veía pronto a desbordarse sobre toda una sociedad cristiana e inocente: *era la aplicación de esa terrible, pero en muchos casos imprescindible ley de la filosofía y la moral, que autoriza el sacrificio de los menos para la conservación de los más*: era un holocausto de intereses individuales en las aras de la salvación general, lo que buscaba aquel joven consagrado con toda su conciencia a la liberación de su patria, y a reivindicar la humanidad tan ultrajada en ella.¹²⁷

Daniel sabe que la invasión extranjera, incluso para sacar al enemigo sería terrible para muchos, pero considera que es lo mejor para la mayoría; sin embargo, por esos años “otras dos intervenciones europeas –de España en la República Dominicana, y de Francia, Inglaterra y España en México– reavivaron el antiguo antagonismo europeo-americano”.¹²⁸ El proyecto liberal argentino se veía gravemente modificado por la presencia del dictador en el poder y apuntaba hacia una reestructuración movida por la asociación de los

¹²⁷ *Ibidem. Op. cit.* Pp. 352-353. [Cursivas mías]

¹²⁸ Estela María Fernández Nadal. “El proyecto de unidad continental en el siglo XIX. Realidad y utopía”, en *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, editado por Arturo Andrés Roig. Madrid: Trotta. 2000. P. 52

ciudadanos que entregaran su representatividad y su soberanía a una oligarquía de hombres letrados, representada por Daniel Bello y Eduardo Belgrano en la novela de José Mármol.

Si el amor es uno de los ejes fundamentales de esta investigación, porque la presencia de relaciones amorosas y la forma de llevarlas a cabo evidencia los proyectos políticos propuestos en cada una de las muestras literarias, es necesario que abordemos también la parte femenina de la relación, procederemos a continuación al análisis de los personajes femeninos de *Amalia* y *Clemencia*.

En la primera, las mujeres juegan papeles bastante pasivos, son más una inspiración, que un personaje; en la segunda hay una parodia de esto: mientras que Clemencia es aguerrida y activa, encantadora y seductora; Isabel es un ser *angelical* que la mayor parte del tiempo solo sufre por las deshonras a las que se ha visto expuesta.

Veamos, para ilustrar lo anterior y dibujar primero, como lo hicimos con los personajes masculinos, el esquema a romper. Las siguientes líneas narran el primer encuentro entre Amalia y Eduardo:

–No pierdas un segundo, Amalia, abre en este momento en que está solo el camino; me va la vida, más que la vida, ¿lo entiendes ahora?

[...]

–¡Entra! –pronunciando esta palabra con ese acento de *espontaneidad sublime* que sólo las mujeres tienen en su *alma sensible y armoniosa* cuando ejecutan alguna acción de valor, que siempre es en ellas la *obra*, no del raciocinio, sino *de la inspiración*.

–Todavía no– dice Daniel, que ya estaba en tierra con Eduardo sostenido por la cintura, y de ese modo, sin soltar la brida del caballo, llega a la puerta.

–Ocupa mi lugar, Amalia; sostén a este hombre que no puede andar solo.

Amalia, sin vacilar, toma con sus manos un brazo de Eduardo, que, recostado contra el marco de la puerta, hacía esfuerzos indecibles por mover su pierna izquierda, que le pesaba enormemente.

–¡Gracias, señorita, gracias! –dice con *voz llena de sentimiento y de dulzura*.

–¿Está usted herido?

–Un poco

–¡Dios mío! –exclama Amalia, que sentía en sus manos la humedad de la sangre.¹²⁹

¹²⁹ Mármol. *Op. cit.* P. 83. [Cursivas mías]

Cuando Daniel llega con Eduardo herido, Amalia es movida a hacer una acción de valor por la inspiración, condición *natural* de las mujeres, cuya alma es *sensible* y *armoniosa*. Esta caracterización las coloca de inmediato en un plano distinto al de los hombres: las mujeres son seres con capacidades epistémicas diferentes a las de ellos, lo cual a la vez que es bello, las deja fuera de la actividad política, pues como ya hemos visto arriba, para realizarla es necesario cierto grado de ilustración y cultura.

Las primeras palabras entre los amantes son de cordialidad, no de perturbación del espíritu en específico. La situación es muy estimulante para ella; aunque en estos momentos no se declara el amor de los amantes, hay ya elementos que nos ponen alerta, Eduardo responde con voz “llena de sentimiento y dulzura” a las palabras de Amalia, además hay un contacto físico importante: Amalia siente en sus manos la sangre de Eduardo.

A pesar de lo apresurado del encuentro, Eduardo puede ver la belleza de la joven, y, podemos decir atendiendo a la descripción del narrador focalizado en Belgrano, que queda encantado:

los rizos de su cabello castaño claro, echados atrás de la oreja pocos momentos antes, no estorbaron a Eduardo descubrir, en una mujer de veinte años, una fisionomía encantadora, una frente majestuosa y bella, unos ojos pardos llenos de expresión y sentimiento, y una figura hermosa, cuyo traje negro parecía escogido para hacer resaltar la reluciente blancura del seno y de los hombros, si su tela no revelase que era un vestido de duelo.¹³⁰

Eduardo mira a Amalia en el éxtasis provocado por su belleza, que el recibe en un estado de debilidad por sus heridas que le permite apreciar de otro modo la figura de la muchacha, quien además de que está llena de sentimiento y encanto, esconde una pena misteriosa que el joven sólo adivina por el negro de sus ropas.

¹³⁰ *Ibidem*. P. 84.

Más tarde, ese mismo día encontramos muestras de la correlación entre belleza exterior y belleza interior de la que hemos hablado líneas arriba:

Pálida, bella, oprimida por las sensaciones que habían invadido su espíritu esa noche, se echó en un sillón y empezó a separar con sus pequeñas manos los rizos de sus sienes, cual si quisiese de ese modo despejar su cabeza de la multitud de ideas que habían puesto en confusión su pensamiento. Hospitalidad, peligros, sangre, abnegación, trabajo, compasión, admiración, todo esto había pasado por su espíritu en el espacio de una hora; y era demasiado para quien no había sentido en toda su vida impresiones tan imprevistas y violentas; y a quien la naturaleza, sin embargo, había dado una sensibilidad exquisita, y una imaginación poéticamente impresionable, en la cual las emociones y los acontecimientos de la vida podían ejercer, en el curso de un minuto, la misma influencia que en el espacio de un año, sobre otros temperamentos.¹³¹

La descripción de Amalia empieza por su físico que, en la mayoría de los casos, es espejo de sus sentimientos. Incluso sus movimientos corporales se sincronizan con otros más elevados, al separar sus cabellos de su cabeza, parece que quisiera separar algunas ideas de su mente, la cual, en seguida, se identifica con su espíritu, que es lo que recibe las impresiones del mundo exterior. Los sucesos de aquella noche se agrandan en el texto a través de la descripción de la sensibilidad de Amalia, a quien turban en abundancia, aun cuando ella poseía ya desde siempre “una sensibilidad exquisita, y una imaginación poéticamente impresionable”, por donde se ve que aquella noche de verdad significó *algo* para ella. La construcción de Amalia poco a poco la revela como un ser elevado que ha llegado a este mundo para enseñarle a Eduardo que, movidos por amor, pueden rehacer el paraíso aquí en la tierra, el contraste de esa posibilidad con la realidad política de la dictadura mueve a la empatía a los lectores a la vez que enaltece las causas de los unitarios.

Las descripciones del narrador demuestran la fascinación por esta mujer que no es del todo terrenal, sino que parece pertenecer a una especie divina “sólo el Hijo de Dios, que la escuchaba, sólo la mirada de Dios, derramada en el aire y en la luz del universo, pudieron oír las palabras sentidas de aquella alma, y leer la verdad del sentimiento, de la fe y la

¹³¹ *Ibidem*. P. 97.

esperanza, en aquella purísima conciencia”;¹³² su belleza inefable, que va aumentando conforme avanzan los hechos; su pronta comprensión de sucesos sobrenaturales; su sensibilidad frente a la naturaleza y a los designios del destino, nos hacen pensar que Amalia es la representación de un alma pura y sublime a la que los hombres buenos deben aspirar.

Cuando ella y Eduardo aceptan su amor y deciden casarse, las descripciones de ella son pastiches formados de personajes bíblicos:

Había algo en aquella mujer que remontaba la imaginación en el ala misteriosa de las edades, y la transportaba a las criaturas de Israel. Y aquí un perfil de María, la hermana de Moisés; allí el ojo y la mirada de la tímida Ruth; allá el talle y las formas de la gentil Rahab; el cuello y la piel trasparente de Abigail; las cejas como el arco del amor, y los cabellos como el manto de la noche, que daban sombra al rostro y a la espalda de Bethsabé; la gentileza y el lujo de la reina de Saba; y la noble frente de la esposa de Abraham. Y en medio a este conjunto de bellezas, trasparente en el rostro la lágrima del alma, como Sara, la bellísima esposa de Tobías.¹³³

La muchacha se vuelve inefablemente hermosa a esta altura de la novela, muy cerca ya del desenlace y es imposible describirla con adjetivos, es por ello que el narrador la delinea a base de comparaciones con personajes de los que va dando algún adjetivo para reforzar la evocación y para alimentarla en caso de que el lector no tenga claramente presentes las referencias, este tipo de ardid deja en claro las intenciones de mostrar que Amalia no pertenece, al menos no enteramente, a este mundo. Muestras de esta sobrenaturalidad de la doncella hay en otros momentos también, por ejemplo en el baile del 25 de mayo, celebrado por los federales, al cual asiste acompañada de Florencia:

De improviso cesó la música, y de improviso, como paradas por una voluntad superior, las dos jóvenes cesaron en su rápido movimiento, y las dos, al brazo de su compañero, dieron una vuelta por el salón, tan tranquilas, como si acabasen de levantarse de su asiento.
Florencia tenía pintadas de rosas sus mejillas.

¹³² *Ibidem*. P. 782.

¹³³ *Ibidem*. P. 815.

Amalia estaba bañada de la palidez del nácar.
Florencia estaba bellísima.
*Amalia, divina.*¹³⁴ [cursivas más]

Ambas son hermosas, pero mientras que Florencia pertenece más claramente a este mundo; Amalia, a otro.

Esto no se debe a una falta de gracia en Florencia, sino a que su belleza es distinta, más terrenal en cierto sentido, con todo, esta joven, en opinión del narrador es la idealización de un poeta, su descripción se forma a partir de comparaciones entre la naturaleza y la muchacha, como veremos en la cita siguiente:

Y era esta joven de diez y siete a diez y ocho años de edad, y *bella como un rayo del alba*, si nos es permitida esta tan etérea comparación. Los rizos de un cabello rubio y brillante como el oro, deslizándose por las alas de un sombrero de paja de Italia, caían sobre *un rostro que parecía haber robado la lozanía y colorido de la más fresca rosa*. Frente espaciosa e inteligente, *ojos límpidos y azules como el cielo que los iluminaba*, coronados por unas cejas finas, arqueadas y más oscuras que el cabello; una nariz perfilada, casi trasparente, y con esa ligerísima curva apenas perceptible, que es el mejor distintivo de la imaginación y del ingenio; y por último, *una boca pequeña y rosada como el carmín*, cuyo labio inferior la hacía parecer a las princesas de la casa de Austria, por el bello defecto de sobresalir algunas líneas al labio superior, completaban lo que puede describirse de aquella fisonomía distinguida y bella, en que *cada facción revelaba delicadezas de alma, de organización y de raza*, y para cuyo retrato la pluma descriptiva es siempre ingrata.

[...]

Había algo de aéreo, de vaporoso en esta criatura, que esparcía en torno suyo un perfume que sólo era perceptible al alma –alma de los que tienen el sentimiento de la belleza.

Fisonomía de perfiles, formas ligerísimamente dibujadas por el pincel delicado de la Naturaleza, más parecía la idealización de un poeta, que un ser viviente en este prosaico mundo en que vivimos. La joven pisó el umbral de aquella puerta y tuvo que recurrir a toda la fuerza de su espíritu, y a su pañuelo perfumado, para abrirse camino por entre una multitud de negras, de mulatas, de chinas, de patos, de gallinas, de cuanto animal ha criado Dios, incluso una porción de hombres vestidos de colorado de los pies a la cabeza, con toda la apariencia y las señales de estar, más o menos tarde, destinados a la horca, que cuajaba en el zaguán y parte del patio de la casa de doña María Josefa Ezcurra, cuñada de don Juan Manuel Rosas, donde la bella joven se encontraba.¹³⁵

Florencia revela sus “delicadezas de alma, de organización y de raza” a través de su físico que sólo halla iguales en la naturaleza, sus formas no son descriptibles en términos

¹³⁴ *Ibidem*. Pp. 339, 340.

¹³⁵ *Ibidem*. Pp. 177 y 178. [Cursivas más]

anatómicos, sino que requieren del esfuerzo de un poeta por encontrar símiles que puedan poner en palabras lo indescriptible de la bella joven, y, desde luego, todas estas cualidades físicas tienen su complemento en sus cualidades éticas y son reflejo de ellas.

Por esto mismo Florencia es el pensamiento de un artista, su organización sigue patrones estéticos de perfección y, como vemos hacia el final de la cita, contrasta con el tipo de gente que componía al pueblo y que era cercano al gobernador, las mujeres negras, mulatas y chinas que la joven se encuentra en la entrada de la casa de la cuñada del gobernador se enlistan junto a los patos, las gallinas y “cuanto animal ha criado Dios”, es decir, quedan al mismo nivel. Florencia tiene que recurrir a “toda la fuerza de su espíritu y a su pañuelo perfumado” para poder atravesar ese lugar. Ahí la prueba de que ella, y por supuesto Amalia, pertenecen a otro mundo y merecen la creación de uno donde puedan vivir felices, un mundo que no incluya o que, por lo menos, no deje a la luz de la mirada a la gente que no pertenece a la misma cepa que ellas.

En *Clemencia* la belleza de las protagonistas se presenta también como un anuncio de lo que ellas *son*, y aunque hay un giro de las correspondencias que ya conocemos porque Clemencia y Enrique son bellos y malvados, al final, consideramos que la intención de la obra, más que restablecer o rehacer las relaciones entre ética y estética trata de romperlas.

Veamos ahora las descripciones contrastantes de Clemencia e Isabel:

La una era blanca y rubia como una inglesa. La otra morena y pálida como una española. Los ojos azules de Isabel inspiraban una afección pura y tierna. Los ojos negros de Clemencia hacían estremecer de deleite. La boca encarnada de la primera sonreía, con una sonrisa de ángel. La boca sensual de la segunda tenía la sonrisa de las huríes, sonrisa en que se adivinan el desmayo y la sed. El cuello de alabastro de la rubia se inclinaba, como el de una virgen orando. El cuello de la morena se erguía, como el de una reina.¹³⁶

¹³⁶ Altamirano. *Op. cit.* P. 25.

Isabel es la rubia y Clemencia la morena, ellas se construyen, como Enrique y Fernando, a partir de contrarios; pero, a diferencia de aquellos, sus acciones a lo largo de la historia concuerdan con lo que el lector, familiarizado con los presupuestos que hemos analizado ampliamente arriba, espera de estas descripciones.

En los momentos críticos en que Enrique está condenado a muerte y Clemencia e Isabel están abatidas de dolor por su amado intentando salvarlo de su condena, hallamos cómo sus maneras de actuar son coherentes con las expectativas creadas: “Sólo que Isabel se contentaba con llorar y rezar, y Clemencia trabajaba con energía. La una invocaba al cielo llena de esperanza; la otra, sin desesperar de la protección divina, contaba con su fortuna, con su belleza y con el prestigio de su padre”.¹³⁷ Isabel responde al estereotipo de mujer pasiva que vimos en *Amalia*; Clemencia es un nuevo tipo de heroína romántica, un poco masculinizada en tanto que actúa de maneras impropias para su género, según la tradición literaria de la época.¹³⁸ Creemos que esto es una crítica más del autor hacia la creación de ese imaginario cultural que dejaba fuera a inmensos grupos marginados desde la Colonia, como los mestizos, los indios y los negros, y también a las mujeres.

Cabe señalar, sin embargo que, en el último momento de la historia, Clemencia se acerca a lo divino, pues se hace monja para pagar, de algún modo, los errores que cometió: “En cuanto a Clemencia, la hermosa, la coqueta, la sultana, la mujer de grandes pasiones, pudieron ustedes conocerla el año pasado. Era hermana de la Caridad en la Casa

¹³⁷ *Ibidem*. P. 108.

¹³⁸ Podríamos hablar también de una orientalización del personaje, en tanto que construcción de *lo otro*, basados en algunas palabras que usa el narrador Doctor para referirse a Clemencia (hurí, sultana) y a su descripción física.

Central”.¹³⁹ A manera de arrepentimiento, se entrega a un mundo alejado del ajetreo público y político que caracterizaba a nuestro país en aquellos años.

En *Amalia* vemos cómo la protagonista del mismo nombre también recurre al rezo para pedir por el bienestar de su amado y de su primo: “Media hora después, Daniel se recostaba sin desvestirse en el aposento de Eduardo; y Amalia oraba de rodillas delante de su crucifijo de oro incrustado en ébano, y rogaba al Dios de las bondades eternas por la seguridad de los que amaba y por la libertad de su patria”.¹⁴⁰

Así como Amalia pide por la libertad de su patria y tiene un pequeño, pero importante, papel en la vida pública de los hombres (recordemos que es ella quien esconde a Eduardo durante el tiempo que tarda en recuperarse de la herida en la pierna y que un federal se enamora de ella y encarniza más la persecución de Eduardo), Clemencia también siente amor hacia la patria, en ella este sentimiento es mucho más grande, al menos en boca del narrador Doctor: “El exaltado patriotismo de Clemencia le hacía considerar a su amante como víctima de una atroz calumnia, pues conocía perfectamente el carácter de Enrique y sabía que prefería morir antes que traicionar a sus banderas y hacer causa común con los enemigos de su patria”.¹⁴¹

Clemencia es una mujer confundida que se deja llevar por las apariencias y cree en la bondad de Enrique; ella misma traiciona su patriotismo con creencias falsas y acciones imbéciles, como conseguir, demasiado tarde, ya que se ha descubierto el engaño, el indulto para Enrique. De este modo, al final, ella es una víctima de la forma de pensar de la época (que era la suya también), de los presupuestos, que no se cuestionaban, entre belleza y bondad:

¹³⁹ *Ibidem*. P. 128.

¹⁴⁰ Mármol. *Op. cit.* P. 460.

¹⁴¹ Altamirano. *Op. cit.* P. 106.

Clemencia se parecía mucho en esto a su amiga. Adoraba la forma, creía que ella era la revelación clara del alma, el sello que Dios ha puesto para que sea distinguida la belleza moral, y en sus amigas y amigos examinaba primero el tipo y concedía después el afecto. [...] [Las mujeres] Aman lo bello y buscan antes en la materia que en el alma. Hay algo de sensual en su modo de ver las cosas. Particularmente las jóvenes no pueden prescindir de esta singularidad, sólo las viejas escogen primero lo útil y lo anteponen a lo bello. Las jóvenes creen que en lo bello se encierra siempre lo bueno, y a fe que muchas veces tienen razón.¹⁴²

Pero no en esta ocasión, aquí el criterio de las *mujeres jóvenes* demostró ser completamente errado, y al caracterizarlo propio, sobre todo, de jóvenes, el narrador Doctor (¿el autor?) está apuntando hacia lo inmaduro y cándido de esa postura.

Los personajes femeninos de ambas obras comparten ciertos rasgos: la belleza y el origen adinerado; en *Amalia*, Florencia es la hija de unos franceses que viven en Argentina y Amalia es la viuda de un hombre rico y bondadoso que le heredó su fortuna, ambas se identifican con el orden unitario; por otro lado, Clemencia e Isabel pertenecen a familias saludables económicamente y con tendencias liberales. Esto apunta a que precisamente la clase triunfante, el grupo liberal, era una minoría favorecida por las circunstancias, que encabezó las luchas por la emancipación y la organización de las nacientes naciones pero que, de un modo u otro, conservaron la desigualdad entre los favorecidos y el resto, quienes siguieron siendo los mismos que antes. Tal vez a esto se deba el fracaso al que Altamirano señala con su crítica, fracaso que pocos quisieron ver en el XIX y que fue innegable con la llegada de la Revolución mexicana de 1910 y con la de 1890 en Argentina.¹⁴³

Pasemos, por último al desenlace de las vidas de los personajes que hemos venido analizando a lo largo de este trabajo; a diferencia de ellas, no sobreviven los cuatro

¹⁴² *Ibidem*. P. 26.

¹⁴³ Romero. "El liberalismo..." P. 259.

hombres: Fernando muere fusilado; Enrique sobrevive, huye hacia el ejército francés y al final, aparece desfilando en una caballería que no queda claro a cuál bando pertenece.¹⁴⁴

Eduardo muere en manos de los federales, víctima de una emboscada que les tendieron: “Y todos oyeron esta voz, menos Eduardo, cuya alma, en ese instante, se volaba a Dios, y su cabeza caía sobre el seno de su Amalia, que dobló exánime su frente, y quedó tendida en un lecho de sangre junto al cadáver de su esposo, de su Eduardo”;¹⁴⁵ por último, si Daniel muere no queda claro: “¡Y al mismo tiempo el joven, que había recibido otra profunda herida en la cabeza, caía sin voz y sin fuerzas en los brazos de su padre [...]”,¹⁴⁶ y es claro por qué el autor decidió conservar esta ambigüedad: Daniel representaba los anhelos más profundos de la clase letrada en Argentina, la unión de las provincias, la adaptación de una vida afrancesada y el poder de la república centralizado en Buenos Aires; si este joven moría, Mármol hubiera matado sus propios ideales; muere Eduardo para demostrar que la utopía no puede cumplirse felizmente en la ficción, pero es posible en la realidad; como la novela se anuncia histórica y veraz, tal vez, en el lector de la época quedara la duda de si por allí andaba un joven como Daniel Bello, dispuesto a todo por conseguir la civilización de su nación que tuviera la mente fresca e inteligente de éste para derrotar a los federales.

Por otro lado, la muerte de Fernando significa la traición que el pueblo mismo, ya sea liberal, patriota, letrado, ilustrado, o todo lo contrario, hace a los verdaderos héroes patriotas. Fernando es la virtud destrozada por la ambición de los mexicanos, es el indio rechazado por una sociedad que lo cree malo solo por su apariencia física, y su muerte, un llamado para practicar un ciego amor a la nación y a todos sus elementos, por romper los

¹⁴⁴ Aunque podríamos aventurar que al francés.

¹⁴⁵ Mármol. *Op. cit.* P. 833.

¹⁴⁶ *Idem.*

prejuicios que invalidan a las mayorías y dejan el poder en manos de unos cuantos, alegando la legitimidad que les da su condición natural, económica, social o política.

Conclusiones

Hemos intentado hacer un análisis muy apegado al texto de las obras que elegimos como muestra de las literaturas latinoamericanas del siglo XIX, para intentar saciar las inquietudes que nos movieron a la realización de este trabajo. Recapitularemos cada una de ellas en los siguientes párrafos.

La primera era que la construcción de las relaciones amorosas en *Clemencia* y *Amalia* propone modelos para la formación de ciudadanos, nuestra reflexión y análisis nos permitieron descubrir que en el devenir de las relaciones se entrevé cuáles son los valores y los sentimientos que llevarían a los hombres y a las mujeres a ser buenos ciudadanos de los estados nacientes.

En *Amalia*, la protagonista y Florencia inspiran la construcción de un mundo bello que pueda ser habitado felizmente por ellas y sus amantes, éstos son los hombres que deberán estar a la cabeza de la nación y tomar papeles activos en ella. Con esto, Eduardo y Daniel se convierten en los paradigmas de ciudadanos, educados y pertenecientes a clases elevadas, tanto social como económicamente, los que quedan fuera de esta descripción, es decir, la mayoría de la población, debe asociarse en el entendimiento de que ese puñado de elegidos será quienes deban decidir los rumbos de la nación y la repartición de privilegios, sin importar que la lógica que los mueva sea la misma que se repudiaba del régimen colonial.

Por otro lado, en *Clemencia* se solicita una reflexión sobre quiénes son los *buenos ciudadanos* y qué los legitima para ser considerados como tales, hay un reclamo por el quiebre de las estructuras de pensamiento que conllevan ideas equivocadas y marginaciones basadas en prejuicios asentados en los grupos dirigentes y, quizá, en la mayoría de la

comunidad letrada, prejuicios insostenibles que Altamirano se encarga de romper con los juegos de expectativas frustradas que hace con el lector.

La segunda de nuestras inquietudes era que las relaciones amorosas son una clave para entender los procesos de formación del Estado a partir de la creación de nuevos tipos de hombres; y que la figura del ciudadano enamorado es una vía para entender el proceso de conformación de dos Estados nacientes en el siglo XIX, lo cual se comprobó con el análisis comparado de las obras, ya que el amor, como fin o como motor, es el tema principal que mueve a la acción de los personajes y que, a la vez, conmueve los sentimientos del lector. En *Amalia* el amor es el gozne entre la felicidad íntima y la gloria pública, es la razón para construir un paraíso aquí en la tierra para poder vivir el amor feliz, es, en últimas cuentas, argumento fuerte de la justificación del reclamo de poderes de los unitarios liberales. En *Clemencia*, el amor es el sentimiento más sublime que el hombre puede sentir, tanto por una mujer como por una nación; el amor de Valle lo vuelve un héroe que acepta su destino y muere en aras de la felicidad de su amada; en un segundo plano, el amor enaltece a los personajes, pues va siempre unido a la presencia valores como la lealtad, la compasión, la valentía y el honor. Clemencia misma descubre sus errores y su traición hacia ella y hacia sus ideales cuando ama de verdad, cuando descubre su apasionado sentimiento por Fernando Valle.

Creemos que la comparación entre ambas novelas aportó luz a las intenciones e intereses de cada una: *Clemencia* rompe los modelos fuertes de *Amalia* y, lo más importante, destroza la correspondencia entre estética y ética, representado en este caso con los binomios belleza-bondad, fealdad-maldad.

Esto es muy importante porque Altamirano parece estar cuestionando, con este movimiento, la legitimación del grupo que estaba obteniendo el triunfo en México con la

derrota de los franceses, y que era liberal, como aquél que buscaba el poder en Argentina. Este gran pensador mexicano denuncia el olvido y la traición que, desde su postura liberal radical, encuentra en un grupo letrado que atiende a prejuicios sobre la masa que lo benefician pues lo conservan en el mando.

Podría reclamarse una revisión histórica particular para cada nación de las que trabajamos aquí para delinear cuáles fueron las recepciones de las obras literarias y cuáles sus alcances reales; sin embargo, ese objetivo se salía de nuestras manos; aun así logramos llegar a otro puerto, que, desde un principio, pretendíamos tocar con este trabajo: demostrar la existencia de un sentimiento generalizado de la realidad, un sentir común que permeaba a las distintas regiones americanas.

Logramos cuestionar la victoria de los ideales revolucionarios independentistas para intentar entender qué circunstancias fueran necesarias para que hayamos llegado, doscientos años después, a sentir que la nación todavía no termina de cuajarse, que ningún gobierno funciona, que la democracia no es ni representativa ni democrática, que la soberanía del país recae en los pocos cuantos que tienen el poder económico en sus manos.

Aunque mi experiencia vital es mexicana, puedo afirmar sin lugar a dudas que en toda Latinoamérica está ese sentimiento de no haber llegado, de no haber podido alcanzar la libertad y la autonomía, este sentir va de la mano con el desamor que padecemos como naciones hacia el interior y hacia el exterior de nuestras fronteras.

La falta de fe y de esperanza en un futuro mejor para nuestros países es el resultado de un cariño compasivo (que no llega a ser amor), que nos lleva a reclamarnos y regañarnos por los errores históricos, empero, creemos que es la entrega a la ambición de poder y el olvido voluntario de los que han clamado un poco de atención durante la larga noche

americana que son los siglos XIX y XX lo que nos impide hacer sublime nuestro sentimiento.

Los grupos marginados permanecen en la periferia de los derechos y las libertades, aunque hay que reconocer que son cada vez más y mejores los esfuerzos por incluirlos en las decisiones políticas y por entender que nuestra vida cultural es diversa y complicada, que es imposible meterla a un baño de homogeneización.

Con la lectura de *Amalia* y *Clemencia* y con la revisión de sus postulados, queremos señalar que la responsabilidad de las élites culturales rebasa la creación artística, pues queda demostrado que la política tiene un marcado carácter cultural al menos en nuestro continente.

Considero que *Clemencia* puede leerse como un llamado al amor por la nación, entendiendo por este concepto la comunidad imaginada que formamos los mexicanos en conjunto, por desprendernos de la creencia de que las apariencias dicen algo sobre el interior de las personas. Altamirano nos está invitando a reconocer a nuestros compatriotas como iguales sin importar color o clase, y lo hace enseñándonos con un acto de inteligencia y de valentía. La impresión de culpabilidad y de tristeza que deja *Clemencia* a su paso no es por la invasión francesa, sino por el sentimiento de que nuestra nación aún necesita ser trabajada y recreada desde las trincheras más inasibles, nosotros mismos.

Bibliografía

Bibliografía directa:

Altamirano, Ignacio Manuel. *Clemencia*. 28ª edición. Ciudad de México: Editorial Porrúa. 2008. Pp. 3-129.

Mármol, José. *Amalia*, edición de Teodosio Fernández. Madrid: Cátedra. 2000. 835 pp.

Bibliografía indirecta:

Acosta, Yamandú. “El liberalismo. Las ideologías constituyentes. El conflicto entre liberales y conservadores” en *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, editado por Arturo Andrés Roig. Madrid: Trotta. 2000. Pp. 343-362.

Álvarez, Federico, “Romanticismo” en *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina*, director general José Ramón Medina. Caracas: Biblioteca Ayacucho y Monte Ávila Editores Latinoamericana. 1995. Pp. 4197- 4202.

Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana I*. Octava reimpresión. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. 1979. 519 pp.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, traducción de Eduardo L. Suárez. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. 1993. 315 pp.

Argullol, Rafael. *El héroe y el único. El espíritu trágico del romanticismo*. Barcelona: Acantilado. 2008. 479 pp.

Barros, Cristina. “Altamirano: aproximación a una iconografía”. *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*. Editado por Manuel Sol y Alejandro Higashi. Xalapa: Universidad veracruzana. Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias. 1997 (Colección Cuadernos). Pp. 15-20.

- Berlin, Isaiah. *Las raíces del romanticismo*. Conferencias A. W. Mellon en Bellas Artes, 1965. The National Gallery of Art, Washington DC. Edición de Henry Hardy, traducción de Silvana Marí. Segunda edición. Madrid: Taurus, Alfaguara. 2000. 227 pp.
- Bobbio, Norberto. *Liberalismo y democracia*. Traducción de José F. Fernández Santillán. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. 1989. 116 pp.
- Bohórquez, Carmen L. “La tradición republicana. Desde los planes monárquicos hasta la consolidación del ideal y la práctica republicanas” en *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, editado por Arturo Andrés Roig. Madrid: Trotta. 2000. Pp.65-86.
- Bonfil Batalla, Guillermo. “El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial”, aparecido en los *Anales de antropología*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Antropológicas. Volumen 9. 1972. Pp. 105-124.
- Bonfil Batalla, Guillermo. *México profundo: Una civilización negada*. México: Grijalbo, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990. 250 pp.
- Fernández Nadal, Estela María. “El proyecto de unidad continental en el siglo XIX. Realidad y utopía”, en *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, editado por Arturo Andrés Roig. Madrid: Trotta. 2000. Pp.41-64.
- Fernández, Teodosio. “Introducción” en *Amalia*. Madrid: Cátedra. 2000. Pp. 11-62.
- Galí Boadella, Montserrat. *Historias del bello sexo: la introducción del Romanticismo en México*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Estéticas. 2002. 548 pp.

- González, Luis. “El liberalismo triunfante” en el tomo III de *Historia general de México*, obra preparada por el Centro de Estudios Históricos. Ciudad de México: Colegio de México. 1976. Pp. 163- 281.
- Guillén, Claudio. *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada (Ayer y hoy)*. Barcelona: TusQuets. 2005. 499 pp.
- Hale, Charles A. *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. Traducción de Purificación Jiménez. México: Fondo de Cultura Económica. 2002. 447 pp.
- Halperin Donghi, Tulio. “Una nación para el desierto argentino” en *Proyecto y construcción de una nación. (Argentina 1846-1880)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. pp. XI-CII. s.a.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, traducción de Joaquín Díez-Canedo. Primera reimpresión. Bogotá: Fondo de Cultura Económica. 340 pp.
- Higashi, Alejandro y Manuel Sol (editores), *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, Xalapa: Universidad Veracruzana, Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias. 1997. 263 pp.
- Jiménez Ramírez, Liliana. “*Amalia* de José Mármol, y la novela histórica del siglo XIX en América Latina”, tesis para optar por el grado de Licenciada en Estudios Latinoamericanos, elaborada bajo la supervisión de la doctora Liliana Weinberg de Magis. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Filosofía y Letras. 1998. 119 pp.

- Karsen, Sonia. "Una interpretación del fondo histórico de *Amalia*". Actas X de la Asociación Internacional de Hispanistas. Centro Virtual Cervantes. 1989. Pp. 745-754.
- Licón Villapando, Azuvia. "Género y nación. Las imágenes de lo femenino en dos novelas del siglo XIX latinoamericano: *Clemencia y Soledad*, tesis para optar por el grado de licenciado en Estudios Latinoamericanos, asesorada por Begoña Pulido Herráez. Ciudad de México: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México. 2010. 119 pp.
- Mallon, Florencia. *Campesino y nación: la construcción de México y Perú poscoloniales*. Traducción al español de Lilyán de la Vega. Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, El Colegio de San Luis y El Colegio de Michoacán. 2003. 584 pp.
- Mariátegui, José Carlos. "El problema del indio", presentado en el libro *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Prólogo de Aníbal Quijano. Notas y cronología de Elizabeth Garrels. Caracas: Biblioteca Ayacucho. 1970. Pp. 20-32.
- Modern, Rodolfo E. *Historia de la literatura alemana*. Segunda edición. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. 1979. (Breviarios). 370 pp.
- Mondragón Velázquez, José Rafael. "Reflexión y metáfora en la tradición filosófica de Nuestra América. El pensamiento de Nuestra América en el siglo XIX en su dimensión literaria. Ensayo de Historia de las Ideas a partir de la obra de Francisco Bilbao", tesis para optar por el grado de licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas, asesorado por el doctor Federico Álvarez Arregui. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Filosofía y Letras. 2006. 164 pp.

- Muñoz, Rafael F. *Santa Anna. El dictador resplandeciente*. Quinta edición. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. 2003. 277 pp.
- Pérez Tamayo, Ruy. “Bioética y raza”. *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*. Tomo XXXI (2004). Ciudad de México: Academia Mexicana de la Lengua. 2010. Pp. 222-246.
- Pimentel, Luz Aurora, “Sobre el relato. Algunas consideraciones” en *Antología de textos literarios en inglés*, coordinada por Emilia Rébora Togno. Ciudad de México: Facultad de Filosofía y Letras, Dirección General de Asuntos del Personal Académico, Universidad Nacional de México. 2007. Pp. 15-36.
- Quijano, Aníbal. “Colonialidad del poder y la clasificación social” en *Journal of World-System Research. Special issue: Festschrift for Immanuel Wallerstein*. Editado por Giovanni Arrighi y Walter L. Goldfrank. Volumen XI, número 2, verano-otoño. 2000. Pp. 342-386. Consultado en versión PDF.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*, prólogo de Hugo Achuga. Montevideo: Arca. 1998. 126 pp.
- Reina Palazón, José Luis. “Introducción” en *Antología esencial de la poesía alemana*, editada por él mismo. Madrid: Espasa-Calpe. 2004. Pp. 19-85.
- Rodríguez Monegal, Emir. “Menéndez Pelayo y el romanticismo americano” en *Obra selecta*. Selección, prólogo, bibliografía y cronología: Lisa Block de Behar Caracas: Biblioteca Ayacucho. 2003. Pp. 42- 52.
- Roig, Arturo Andrés. “El siglo XIX latinoamericano y las nuevas formas discursivas”, en *El pensamiento latinoamericano en el siglo XIX*. Ciudad de México: Instituto panamericano de geografía e historia. Comisión de historia. 1986. Pp. 127-140.

- Roig, Arturo Andrés. “Presentación” de *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, editado por él mismo. Madrid: Trotta. 2000. Pp. 11-18.
- Romero, José Luis. “El liberalismo latinoamericano”, en *El obstinado rigor. Hacia una historia cultural de América Latina*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. 2002. Pp. 243- 266.
- Romero, José Luis. “El pensamiento conservador latinoamericano en el siglo XIX” en *El obstinado rigor. Hacia una historia cultural de América Latina*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. 2002. Pp.191-242.
- Romero, José Luis. “La independencia de Hispanoamérica y el modelo político norteamericano” en *El obstinado rigor. Hacia una historia cultural de América Latina*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. 2002. Pp. 141-190.
- Rosenberg, Arthur. “¿Democracia social o burguesa?” en *Democracia y socialismo. Aporte a la historia política de los últimos 150 años*. Traducción de Emmanuel Suda. Buenos Aires: Editorial Claridad. 1966. Pp. 43-48.
- Ruiz Ortega, Pilar. “Prólogo”. *Julia o la nueva Eloísa* de Jean-Jacques Rousseau, traducida por ella misma, Madrid: Ediciones Akal, 2007. Pp. 26-32.
- Sabato, Hilda. “La historia intelectual y sus límites”. *Punto de vista. Revista de cultura*. Buenos Aires. Año IX, número 28. Noviembre 1986. Pp. 27-31.
- Salvador Jofré, Álvaro, en *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina*, director general José Ramón Medina. Caracas: Biblioteca Ayacucho y Monte Ávila Editores Latinoamericana. 1995. Pp. 188.

Santana Castillo, Joaquín. “Identidad cultural de un continente: Iberoamérica y la América sajona. Desde la doctrina Monroe hasta la Guerra de Cuba”, en *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, editado por Arturo Andrés Roig. Madrid: Trotta. 2000. Pp. 19-40.

Tutino, John. *De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940*. Ciudad de México: Ediciones Era. 1990. (Colección Problemas de México)

VV. AA. *Diccionario Akal de Filosofía política*. Editado por Philippe Raynaud y Stéphane Rials. Traducción de Mariano Peñalver y Marie-Paule Sarazin. Madrid: Akal ediciones. 1996. 906 pp.

VV. AA. *Diccionario de política*. Bajo la dirección de Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino. Nueva edición enteramente revisada y ampliada. Redactores de la edición en español: José Aricó, Martí Soler y Jorge Tula. Traducción de Raúl Crisafio, Alonso García Miguel Martí, Mariano Martín y Jorge Tula. Decimocuarta edición. Tomo I a-j Ciudad de México: Siglo XXI Editores. 2005. 1698 pp.

Zanetti, Susana. *La dorada garra de la lectura: lectoras y lectores de la novela en América latina*. Rosario: Beatriz Viterbo. 2002. 447 pp.

Zea, Leopoldo. *El pensamiento latinoamericano*. Edición a cargo de Liliana Jiménez Ramírez, con la colaboración de Martha Patricia Reveles Arenas y Carlos Alberto Martínez López, diciembre 2003, edición digital basada en la tercera edición del libro (Barcelona: Ariel, 1976), consultada en <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/zea/pla/indice.htm>, vista por última vez el 3 de abril de 2012 a las 17:00 hrs.